Fray Mocho

Revista Semanal



Nº. 900

Rosette Anday

TEATRO COLON
TEMPORADA OFICIAL 1929

CONCESIONARIO
FAUSTINO DA ROSA

Actualidades Cinematográficas



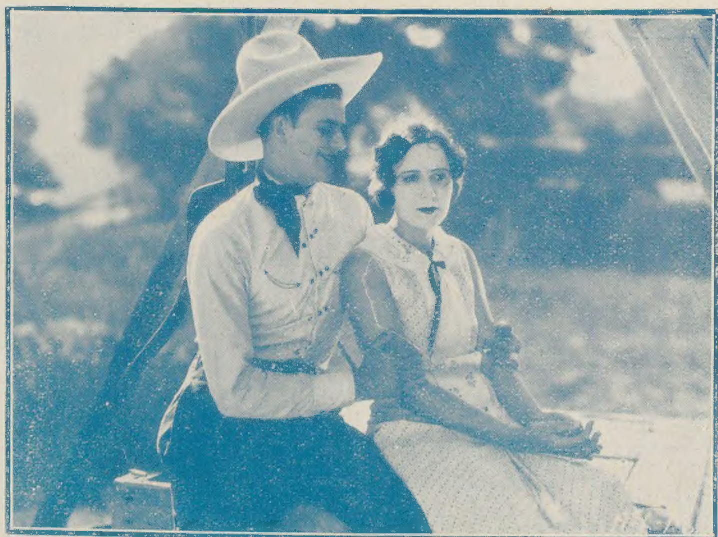
Loretta Young en una escena de "Ríe payaso, ríe" que tiene como protagonista a Lon Chaney, y que la Metro-Goldwyn-Mayer estrenará próximamente.



Louis Wolheim y Phillis Haver en "La dama sospechosa" película que la General estrenará el sábado próximo.



Lupe Velez, la exótica actriz mejicana, que trabaja actualmente en un film de Metro-Goldwyn-Mayer, con su animal favorito



Rex Bell en una escena de "El chico Calamidades", que la Fox estrenará pasado mañana



Laura La Plante en "Escándalo" la notable película Jewell que está exhibiendo la Universal



Jack Pickford y Olive Borden en "Crimen y castigo", que la General estrenará pasado mañana.



Anny Ondra, la bonita artista checoeslovaca, y André Roanne en "La virgen de París", que la New York Film estrenará pasado mañana.

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVIII — Buenos Aies, julio 23 de 1929 — No. 900



SUMARIO

COLABORACION LITERARIA

PAGINAS

Información Gráfica



Leyenda de las tres hermosas princesas

Por Washington Irving

Cierta tarde, subiendo el estrecho barranco poblado de higueras, granados y mirtos que divide la jurisdicción de la fortaleza de Alhambra de la del Generalife, quedé sorprendido ante la poética vista de una torre morisca que se alzaba en el recinto exterior de la Alhambra, encima de las copas de los árboles, y recibía los rojos reflejos del sol poniente.

Un solitario ajimez a gran altura permitía ver el panorama del valle, y cuando estaba mirándolo se asomó una joven con la cabeza adornada de flores. Era, sinduda, alguna persona más distinguida que el vulgo que habita en las viejas torres de la fortaleza, y esta súbita y repentina aparición me hizo recordar las descripciones de las cautivas beldades de los cuentos de hadas. Estas caprichosas inspiraciones crecieron de punto cuando me explicó mi *cicerone* Mateo que aquella era la *Torre de las Infantas,* llamada así — según la tradición — por haber sido la morada de las hijas de los reyes moros. Visité después esta torre, que no se enseña generalmente a los extranjeros, aunque es digna de toda atención, pues su interior es semejante en belleza arquitectónica y delicadeza ornamental a cualquier departamento del Palacio. La elegancia de su salón central, con su fuente de mármol, sus elevados arcos y sus cupulinos primorosamente cincelados, y los arabescos y vaciados en estuco de sus reducidas y bien proporcionadas habitaciones, aunque deterioradas por el tiempo y el abandono, todo concuerda con la historia, que la presenta como la antigua vivienda de la hermosura real.

La viejecita Coquina, que vivía debajo de la escalera de la Alhambra y que asistía a las tertulias nocturnas de doña Antonia, contó una fantástica tradición sobre tres moriscas princesas que estuvieron encerradas cierta vez en esta torre por su padre, que era un tiránico rey de Granada, y que sólo les permitía pasear a caballo de noche por las montañas, prohibiendo, bajo pena de muerte, que ninguno les saliese al camino.

—Todavía — decía la viejecita — se las ve de vez en cuando durante la luna llena, cabalgando en las montañas por sitios solitarios, en palafrenes ricamente enjaezados y resplandecientes de joyas, pero desaparecen cuando se les dirige la palabra.

Pero antes de que relate algo acerca de estas princesas, el lector estará ansioso por saber quién era la hermosa habitante de la torre, la de la cabeza adornada de flores que miraba hacia el valle desde el elevado ajimez. Supe que era una recién casada con el digno ayudante mayor de los inválidos, el cual, aunque bien entrado en años, había tenido el valor de compartir su hogar con una joven y vivaracha andaluza. ¡Quiera Dios que el bueno y anciano caballero haya sido feliz en su elección, y que haya encontrado en la Torre de las Infantas un refugio más seguro que lo fué para la hermosura femenina habitadora de ella en tiempo de los moros, si hemos de dar crédito a la siguiente leyenda:

* * *

En tiempos antiguos reinaba en Granada un príncipe moro llamado Mohamed, al cual sus vasallos le daban el sobrenombre de *El Haygari,* esto es, *El Zurdo.* Se dice que le apellidaron de este modo por ser realmente más ágil en el uso de la mano izquierda que de la derecha; otros afirman que se lo aplicaron porque solía hacer *al revés* todo aquello en que ponía mano; o más claro: porque solía echar a perder todos los asuntos en que se entrometía. Lo cierto es que, ya por desgracia o por falta de tacto, estaba continuamente sufriendo mil contrariedades; tres veces lo destronaron, y en una de ellas pudo escapar milagrosamente al Africa, salvándose de una muerte segura, disfrazado de pescador. Sin embargo, era tan valiente como desatinado, y, aunque zurdo, esgrimía su cimitarra con maravillosa destreza, por lo que consiguió recuperar su trono a fuerza de pelear. Pero en vez de aprender a ser prudente en la adversidad, se hizo obstinado y endureció su brazo izquierdo en sus continuas terquedades. Las calamidades públicas que atrajo sobre sí y sobre su reino pueden conocerse leyendo los anales arábigos de Granada, pues la presente leyenda no trata más que de su vida privada.

Paseando a caballo cierto día, Mohamed, con gran séquito de sus cortesanos, por la falda de Sierra Elvira, tropezó con un piquete de caballería que regresaba de hacer una escaramuza en el país de los cristianos. Conducían una larga fila de mulas cargadas de botín y multitud de cautivos de ambos sexos. Entre las cautivas venía una cuya presencia causó honda sensación en el ánimo del Sultán; era ésta una hermosa joven, ricamente vestida, que iba llorando sobre un pequeño palafrén, sin que bastaran a consolarla las frases que le dirigía una dueña que la acompañaba.

Prendóse el monarca de su hermosura, e interrogado acerca de ella el feje de la fuerza, supo el rey que era la hija del alcaide de una fortaleza fronteriza que habían sorprendido y saqueado durante la excursión. Mohamed pidió la bella cautiva como la parte que le correspondía de aquel botín, y la llevó a su harén de la Alhambra. Se inventaron envano mil diversiones para distraerla y aliviarla de su melancolía; por último, el monarca, cada vez más enamorado de ella, resolvió hacerla su sultana. La joven española rechazó en un principio sus proposiciones, pensando en que al fin era moro, enemigo de su país, y, lo que era peor, ¡que estaba bastante entrado en años!

Viendo Mohamed que su constancia no le servía gran cosa, determinó atraerse a la dueña que venía prisionera con la joven cristiana. Era aquélla andaluza de nacimiento y no se conoce su nombre cristiano: sólo se sabe que en las leyendas moriscas se la denomina *La discreta Kadiga* — ¡y en verdad que era discreta, según resulta de su historia! — Apenas el rey moro se puso al habla con ella, cuando vió su habilidad para persuadir, y le confió el emprender la conquista de su joven señora. Kadiga comenzó su tarea de este modo:

—¡Idos allá!... — decía a su señora. — ¿A qué viene ese llanto y esa tristeza? ¿No es mejor ser sultana de este hermoso palacio adornado de jardines y fuentes, que vivir encerrada en la vieja torre fronteriza de vuestro padre? ¿Qué importa que Mohamed sea infiel? Os casáis con él, no con su religión: y si es un poquito viejo, más pronto os quedaréis viuda y dueña de vuestro albedrío; y, puesto que de todas maneras tenéis que estar en su poder, más vale ser princesa que no esclava. Cuando uno cae en manos de un ladrón, mejor es venderle las mercancías a buen precio que no dar lugar a que las arrebate por fuerza.

Los argumentos de la discreta Kadiga hicieron su efecto. La joven española enjugó sus lágrimas y accedió al fin a ser esposa de Mohamed el Zurdo, adoptando, al parecer, la religión de su real esposo, así como la astuta dueña afectó haberse hecho fervorosa partidaria de la religión mahometana; entonces precisamente fué cuando tomó el nombre arábigo de Kadiga y se le permitió permanecer como persona de confianza al lado de su señora.

Andando el tiempo, el rey moro fué padre de tres hermosísimas princesas, habidas en un mismo parto; y, aunque él hubiera preferido que nacieran varones, se consoló con la idea de que sus tres preciosas niñas eran bastante hermosas.

Siguiendo la costumbre de los califas musúlmanes, convocó a sus astrólogos para consultarles sobre tan fausto suceso. Hecho por los sabios el horóscopo de las tres princesas, dijeron al rey, moviendo la cabeza: "Las hijas, ¡oh, rey!, fueron siempre propiedad poco segura; pero éstas necesitarán mucho más de tu vigilancia cuando estén en edad de casarse. Al llegar ese tiempo, recógelas bajo tus alas y no las confíes a persona alguna."

Mohamed el Zurdo era tenido entre sus cortesanos por un rey sabio, y, a decir verdad, tal se consideraba él mismo. La predicción de los astrólogos no le causó más que una ligera inquietud, y confió en su ingenio para guardar sus hijas y contrariar la fuerza de los hados.

EL CANTARO Y LA ESTRELLA

Vuelve el alma de un viaje misterioso...
dolorosa la ausencia, suspendida
quedó la luz de todo puro gozo
y fué lodo, la fuente que era vida.

Convirtióse el amor, hondo y sereno
en sutil y perverso maleficio,
su bálsamo inmortal, mudó en veneno
y el deseo me hirió como un cilicio.

Dejado fuí de las divinas manos,
como un cántaro viejo ya inservible
que el agua pierde por sus flancos vanos
y sólo guarda en él, polvo insensible.

Pero el alma volvió, ¡dulce viajera!
tal vez más triste, pero siempre bella,
torna el cántaro a ser lo que antes fuera
y en su agua quieta, a reflejar la estrella!

Fernán Félix de AMADOR

El triple nacimiento fué el último trofeo conyugal del monarca, pues la reina no dió a luz más hijos, y murió pocos años después, dejando confiadas sus tiernas niñas al amor y fidelidad de la discreta Kadiga.

Muchos años tenían que pasar para que las princesas llegasen a la edad del peligro: a la edad de casarse. "Es bueno, con todo, precaverse con tiempo", dijo el astuto monarca; y, en su virtud, resolvió encerrarlas en el castillo real de Salobreña. Era éste un suntuoso palacio incrustado en una inexpugnable fortaleza morisca situada en la cima de una montaña, desde la que se dominaba el mar Mediterráneo, sirviendo de regio retiro, donde los monarcas musulmanes encerraban a los parientes que le estorbaban, permitiéndoles, fuera de la libertad, todo género de comodidades y diversiones, en medio de las cuales pasaban sus días en voluptuosa indolencia.

Allí permanecieron las princesas separadas del mundo, pero rodeadas de comodidades y servidas por esclavas que les adivinaban todos sus deseos. Tenían para su recreo deliciosos jardines llenos de las frutas y flores más raras, con arboladas aromáticas y perfumados baños. Por tres lados daban vistas el castillo a un delicioso valle, hermoso y alegre por su rica y variada vegetación, y limitado por las altas montañas de la Alpujarra; y por el otro lado dominaba el ancho y resplandeciente mar.

En esta deliciosa morada, gozando de un clima plácido y bajo un cielo despejado, las tres princesas crecieron con maravillosa hermosura; y aunque todas se educaron del mismo modo, daban ya señales prematuras de su diversidad de carácter. Se llamaban Zayda, Zorayda y Zorahayda, y éste era su orden por edades, pues habían tenido tres minutos de intervalo al nacer.

Zayda, la mayor, era de espíritu intrépido, y siempre se ponía al frente de sus hermanas para todo: lo mismo que hizo al nacer. Era curiosa y preguntona, y amiga de profundizar el porqué de todas las cosas.

Zorayda era apasionada de la belleza, por cuya razón, sin duda, se deleitaba mirando su propia imagen en un espejo o en las cristalinas aguas de una fuente, y tenía delirio por las flores, por las joyas, por todos aquellos adornos que realzaran la hermosura.

En cuanto a Zorahayda, la menor era dulce, tímida y extremadamente sensible, derramando siempre ternura, como se podía apreciar, a primera vista, por las innumerables flores, pájaros y otros animalillos domésticos que cuidaba con el más entrañable cariño. Sus diversiones eran sencillas, mezcladas con meditaciones y ensueños; se sentaba horas enteras en un ajimez, fija la mirada en las brillantes estrellas de una noche de verano o en el mar rielado por la luna; y entonces, la canción de un pescador, débilmente oída desde la playa, o los acordes de una flauta morisca desde alguna barca que cruzaba, eran suficientes para extasiar su ánimo. Sin embargo, bastaba para acobardarla el que se conjurasen los elementos, haciéndola caer desmayada el estampido del trueno.

Así pasaron los años tranquila y dulcemente. La discreta Kadiga, a quien las princesas estaban confiadas, cumplía lealmente su custodia y las servía con perseverante cuidado.

El castillo de Salobreña, como ya se ha dicho, estaba construído en la cúspide de una colina a orillas del Mediterráneo. Una de las murallas exteriores se extendía por la base de una colina hasta llegar a una roca saliente que dominaba el mar, y con una estrecha playa arenosa al pie, bañada por las rizadas olas. La pequeña atalaya que se levantaba sobre esta roca se había convertido en una especie de pabellón, desde cuyos ajimaces, cubiertos con celosías, se podía aspirar la brisa del mar. En aquel sitio pasaban las princesas las calurosas horas del mediodía.

Hallándose en cierta ocasión sentada la curiosa Zayda en una de las ventanas del pabellón, mientras que sus hermanas dormían la siesta recostadas en otomanas, se fijó en una galera que venía costeando a mesurados golpes de remo. Cuando se fué acercando, observó que venía llena de hombres armados. La galera ancló al pie de la torre, y un pelotón de soldados moriscos desembarcó en la estrecha playa conduciendo varios prisioneros cristianos. La curiosa Zayda despertó inmediatamente a sus hermanas y las tres se pusieron a observar cautelosamente por la espesa celosía de la ventana, que las libertaba de ser vistas. Entre los prisioneros venían tres caballeros españoles ricamente vestidos; estaban en la flor de su juventud, y eran de noble presencia; además, la arrogante altivez con que caminaban, aunque cargados de cadenas y rodeados de enemigos, manifestaban la grandeza de sus almas. Las princesas miraban con profundo y anhelante interés; y, si se tiene en cuenta que vivían encerradas en aquel castillo, rodeadas de siervas y no viendo más hombres que los esclavos negros y los rudos pescadores, ¿cómo ha de extrañarnos que produjera una gran emoción en sus corazones la presencia de aquellos tres apuestos caballeros radiantes de juventud y de varonil belleza?



—Ayer vi a Lucas Miguel José.
—Te has equivocado. Es José Miguel Lucas.
—Bueno... pero es que yo le vi de espaldas.

—¿Habrá en la tierra ser más noble que aquel caballero vestido de carmesí? — dijo Zayda, la mayor de las tres hermanas. — ¡Mirad qué arrogante va, como si todos los que le rodean fuesen sus esclavos!

—¡Fijáos en aquel otro, vestido de azul! — exclamó Zorayda. — ¡Qué hermosura! ¡Qué elegancia! ¡Qué porte!

La gentil Zorahayda nada dijo; pero prefirió en su interior al caballero vestido de verde.

Las princesas siguieron observando hasta que perdieron de vista a los prisioneros; entonces, suspirando tristemente, se volvieron mirándose un momento unas a otras, sentándose, meditabundas y pensativas, en sus otomanas.

La discreta Kadiga las encontró en tal actitud. Contáronle ellas lo que habían visto, y aún el apagado corazón de la dueña se sintió también conmovido.

—¡Pobres jóvenes! — exclamó. — ¡Apostaría que su cautiverio deja presa del más profundo dolor el corazón de algunas damas principales de su país! ¡Ah, hijas mías! No tenéis una idea de la vida que hacen estos caballeros en su patria. ¡Qué justas y torneos! ¡Qué respeto a sus damas! ¡Qué modo de enamorar y de dar serenatas!

La curiosidad de Zayda se acrecentó en extremo, y no se cansaba de preguntar ni de oir de los labios de la dueña la animada pintura de los episodios y de sus días juveniles allá en su país. La hermosa Zorayda se reprimía, y se miraba disimuladamente en un espejo cuando la conversación recayó sobre los encantos de las damas españolas; en tanto que Zorahayda ahogaba sus suspiros cuando oía contar lo de las serenatas a la luz de la luna.

Todos los días renovaba sus preguntas la curiosa Zayda, y todos los días repetía sus historias la madura dueña, siendo escuchada por su bello auditorio con profundo interés y entrecortados suspiros.

Al fin, la vieja y astuta cayó en la cuenta del daño que acaso estaba ocasionando: ella se había acostumbrado a tratar a las princesas como niñas, sin considerar que insensiblemente habían ido creciendo, y que tenía ya delante de sí tres hermosísimas jóvenes casaderas. "Ya es tiempo — pensó la dueña — de avisar al rey."

Hallándose sentado cierta mañana Mohamed el Zurdo sobre un amplio diván en uno de los frescos salones de la Alhambra, cuando llegó un esclavo de la fortaleza de Salobreña con un mensaje de la prudente Kadiga felicitándole en el cumpleaños del natalicio de sus hijas. Al mismo tiempo le presentó el esclavo una delicada cestita adornada de flores, y en la cual, sobre pámpanos y hojas de higuera, venían un melocotón, un albaricoque y un prisco, cuya frescura, color y madurez tentaban el apetito. El monarca, versado en el lenguaje oriental de las flores y las frutas, adivinó al punto el significado de esta emblemática ofrenda.

—Ya ha llegado — dijo — el período crítico señalado por los astrólogos; mis hijas están en edad de casarse. ¿Qué haré? Están ocultas a las miradas de los hombres y bajo la custodia de la discreta Kadiga; todo marcha bien; pero no están bajo mi vigi-

lancia, como me previnieron los astrólogos; debo, pues, recogerlas bajo mis alas y no confiarlas a nadie.

Así diciendo, ordenó que prepararan una de las torres de la Alhambra para que les sirviese de vivienda, y partió a la cabeza de sus guardias hacia la fortaleza de Salobreña, para traerlas él mismo en persona.

Habían transcurrido tres años desde que Mohamed había visto por última vez a sus hijas, y no daba crédito a sus ojos contemplando el maravilloso cambio que se había verificado en ellas en tan breve espacio de tiempo; como que en este intervalo habían traspasado las infantas esa asombrosa línea divisoria de la vida de la mujer, que separa a la imperfecta, informe y desimpresionada niña, de la exuberante, ruborosa y pensativa adolescente, que es lo mismo que pasar de los áridos y desiertos *Llanos de la Mancha* a los voluptuosos valles y florecientes montañas de Andalucía.

Zayda era alta y bien formada, de arrogante presencia y ojo perspicaz. Entró majestuosamente e hizo una profunda reverencia a Mohamed, tratándolo más bien como soberano que como padre. Zorayda era de regular estatura, mirada interesante, carácter agradable y sorprendente hermosura, realzada con la perfección de su tocado. Se acercó a su padre sonriendo, besándole la mano, y le saludó con varias estancias de cierto poeta árabe popular, de lo cual quedó contentísimo el monarca. Zorahayda era reservada y tímida, menos esbelta, en verdad, que sus hermanas; pero poseía esa hermosura tierna y suplicante que busca cariño y protección. No tenía condiciones de mando como su hermana la mayor, ni deslumbraba como la segunda, sino que había nacido para alimentar en su pecho el cariño de un amante, para dejarlo anidar en él, y vivir con ello feliz. Se acercó a su padre con paso tímido y casi vacilante, en ademán de tomar su mano para besarla; pero al mirar el rostro de Mohabed, resplandeciendo con la sonrisa paternal, dió rienda suelta a su natural ternura y se arrojó a su cuello amorosamente.

Mohamed el Zurdo contempló a sus hijas con cierta mezcla de orgullo y perplejidad, y mientras se complacía en sus encantos recordaba la predicción de los astrólogos.

—¡Tres hijas! ¡Tres hijas — murmuró repetidas veces, — y las tres casaderas! ¡He aquí una fruta tentadora del jardín de las Hespérides, que necesitan un dragón para guardarlas!

Preparó su regreso a Granada, enviando a la descubierta heraldos y ordenando que nadie transitase por el camino por donde tenían que pasar, y que todas las puertas y ventanas estuviesen cerradas al aproximarse las princesas. Prevenido todo esto, se puso en marcha, escoltado por un escuadrón de caballería de soldados negros y de horrible aspecto, vestidos con una brillante armadura.

Las princesas cabalgaban junto al rey, tapadas con tupidos velos, en hermosos palafrenes blancos con arreos de terciopelo bordados en oro que arrastraban hasta el suelo; los bocados y estribos eran asimismo de oro, y las bridas de seda recamadas de perlas y piedras preciosas. Los palafrenes estaban cubiertos de campanillas de plata, que producían una música muy agradable cuando iban andando. Pero ¡ay del desgraciado mortal que estuviese en el camino cuando se oyese el sonido de estas campanillas! Los guardias tenían orden de darle muerte sin piedad.

Ya se aproximaba la cabalgata a Granada, cuando se vió en uno de los bancos de la ribera del Genil un pequeño grupo de soldados, que conducían un convoy de prisioneros. Ya era demasiado tarde para que se apartaran aquellos hombres del camino; por lo cual se echaron los soldados al suelo con los rostros mirando a la tierra, y ordenaron a los cautivos que hicieran lo mismo. Entre los prisioneros se hallaban aquellos tres apuestos caballeros que las princesas habían visto desde el pabellón. Ya porque no hubieran comprendido la orden o porque fueran demasiado altivos para obedecerla, lo cierto es que permanecieron en pie, contemplando la cabalgata que se aproximaba.

Encendióse el monarca de ira viendo que no se cumplía sus mandatos, y desenvainando sus cimitarra y adelantándose hacia ellos, iba a esgrimirla con su brazo zurdo, golpe que hubiera sido fatal por lo menos para uno de los caballeros, cuando las princesas le rodearon e imploraron piedad para los prisioneros; y hasta la tímida Zorahayda olvidó su reserva y tornóse elocuente en su favor. Mohamed se detuvo con la cimitarra levantada, cuando el capitán de la guardia le dijo arrojándose a sus pies:

—No ejecute vuestra majestad una acción que escandalizaría a todo el reino. Estos son tres bravos y nobles caballeros españoles, que han caído prisioneros en el campo de batalla, batiéndose como leones; son de alto linaje y pueden ser rescatados a buen precio.

—¡Basta! — dijo el rey. — Les perdonaré la vida, pero castigaré su audacia; que los lleven a las Torres Bermejas, y que los entreguen a los trabajos más duros y penosos.

Mohamed estaba cometiendo uno de sus acostumbrados desatinos *zurdos*, pues con el tumulto y agitación de esta borrascosa escena, dió lugar a que se levantaran los velos las tres princesas, dejando a la vista su radiante hermosura; y con prolongar el rey la conferencia, proporcionó ocasión para que la belleza produjera sus estragos. En aquellos tiempos la gente se enamoraba más repentinamente que ahora, como demuestran las antiguas historias; por consiguiente, no debe chocarnos que los corazones de los tres caballeros quedasen completamente cautivados, sobre todo cuando la gratitud se unía a la admiración. Es, sin embagro, bastante singular, aunque no menos cierto, que cada uno de ellos se enamoró precisamente de la joven que respectivamente le correspondía. En cuanto a las princesas, se admiraron más que nunca del noble porte de los cautivos, regocijándose interiormente de cuanto habían oído acerca de su valor y noble linaje.

La regia cabalgata prosiguió su marcha; las tres princesas caminaban pensativas en sus soberbios palafrenes, y de vez en cuando dirigían una mirada furtiva hacia atrás, para ver a los cristianos cautivos, mientras éstos eran conducidos a la prisión que se les había destinado en las Torres Bermejas.

La residencia preparada para las infantas era de lo más escrupuloso y delicado que podía imaginar la fantasía: una torre algo apartada del palacio principal de la Alhambra, aunque comunicaba con él por la muralla que rodeaba la cumbre de la colina. Por un lado daba vistas al interior de la fortaleza, y al pie tenía un pequeño jardín poblado de las flores más peregrinas. Por otro lado dominaba a una honda y abovedada cañada que separaba los terrenos de la Alhambra de los Generalife. El interior de esta torre estaba dividido en pequeños y lindos departamentos, lujosamente decorados en elegante estilo árabe, y rodeando a un vasto salón cuyo techo se elevaba casi hasta lo alto de la torre. Las paredes y arte-

EVANGELICA

Tú repartirás justicia entre tu pueblo, sencillamente sentado a la sombra de una encina, como San Luis. Y tu pueblo — "que sueña prodigios y ansía verlos realizados" y "es harina viviente que anhela ser amasada", — alguna vez terminará por apellidar "el grande" y "el santo" a quien así te sugirió la verdadera grandeza y la verdadera santidad.

* * *

Los pueblos están hechos de tal manera que cuanto mal y cuanto bien se afirme en ellos, ni es calumnia, ni es laudatoria.

* * *

El dolor para los débiles suele ser una puerta que se cierra y para los fuertes una puerta que se abre.

* * *

A veces un gran destino está dormido y viene el dolor y le despierta.

* * *

Que todos tus pasos en la carrera de la notoriedad sean tan personales como el primero que te introdujo en ella.

* * *

No midas el sufrimiento de las personas por las lamentaciones que les origina; hay gente que habla de suicidarse con los motivos más cómicos.

* * *

De diez personas que baten tu llamador, pálidas y llorosas, la cuarta parte se han lavado la cara con vinagre se han untado los ojos con zumo de cebollas; pero que toda lágrima te mueva a su consolación.

* * *

Toda verdad, o belleza, o bondad en marcha, deben ser ciegas y sordas; son ciegas y sordas como una piedra en el aire.

* * *

Los realmente notorios y esclarecidos fabrican a su sabor el ambiente que necesitan y se introducen en el alma de sus contemporáneos como el agua de añil en un pañuelo de batista: si no son así, no son.

* * *

Todo lo que anda aplasta alguna cosa y todo lo que crece desafía al rayo.

* * *

La caña, con ser loca y hueca, nunca dejó de crecer por temor a la tempestad: crece, a pesar del rayo, dentro de sus medios de ascensión.

* * *

El odio excesivo suele ser la ceniza de una admiración excesiva.

* * *

Aquellos que te aman hasta la adulación, que es una vileza, te odiarán hasta la calumnia, que también es otra vileza.

ALMAFUERTE

sonados hallábanse adornados con calados y arabescos que deslumbraban con sus dorados y brillantes pinturas. En el centro del pavimento de mármol había una fuente de alabastro rodeada de flores y hierbas aromáticas, y de la cual brotaba un surtidor de agua que refrescaba todo el edificio, produciendo un sonido arrullador. Alrededor del salón se veían suspendidas algunas jaulas formadas con alambres de oro y plata, y encerrados en ellas pajarillos de preciosísimos plumajes, que despedían gorjeos y trinos armoniosos.

Las princesas se habían mostrado de genio alegre en el castillo de Salobreña, por lo cual el rey esperaba verlas entusiasmadas en la Alhambra. Pero con gran sorpresa suya, empezaron a languidecer y a tornarse melancólicas, no manifestándose nunca satisfechas con nada. No les deleitaba la fragancia de las flores; el canto de los ruiseñores les turbaba el sueño por la noche; y por último, no podían soportar con paciencia el continuo murmullo de la fuente de alabastro desde por la mañana hasta la noche, y desde la noche hasta la mañana.

El rey, que era de carácter vidrioso y tiránico por temperamento, se irritaba por esto los primeros días; pero reflexionó después que sus hijas habían entrado ya en la edad en que el alma de la mujer se ensancha y se aumentan sus deseos. "Ya no son niñas — se dijo; — ya son mujeres formadas, y necesitan objetos que les llamen la atención." Llamó, por lo tanto, a las modistas, los joyeros y los artistas en oro y plata del Zacatín de Granada, y abrumó a las princesas con vestidos de seda, de tisú y brocatos, chales de Cachemira, collares de perlas y diamantes, anillos, brazaletes y con toda clase de objetos preciosos.

A pesar de todo esto, nada dió resultado; las princesas siguieron pálidas y tristes en medio de tanto lujo y suntuosidad, y parecían tres capullos marchitos agostándose en un mismo tallo. El rey no sabía qué hacerse, y como tenía gran confianza en su propia manera de pensar, jamás pedía a nadie consejo. "Los antojos y caprichos de tres doncellas casaderas son en verdad cosa harto suficiente — se decía a sí mismo — para poner en un aprieto al hombre más avisado." Así, pues, por primera vez en su vida, pidió que le iluminaran con un consejo. La persona a quien se dirigió demandándoselo fué la experimentada dueña.

—Kadiga — dijo el rey; — creo que eres una de las mujeres más discretas del mundo entero, y también que me eres fiel; por lo cual te he tenido siempre al lado de mis hijas. Los padres no deben ser reservados con aquellos en quienes depositan su confianza; deseo, por lo tanto, que averigües la secreta enfermedad que se ha apoderado de las princesas, y que descubras los medios de devolverles la salud y la alegría.

Kadiga, en términos explícitos, le prometió obediencia. Ella conocía mejor que las infantas mismas la enfermedad de que adolecían, y encerrándose con ellas, procuró ganar su confianza.

—Mis queridas niñas; ¿qué razón hay para que os mostréis tristes y apesadumbradas en un sitio tan delicioso como éste, y donde tenéis todo cuanto el ama puede desear?

Las princesas miraron melancólicamente en torno del salón, y lanzaron un suspiro.

—¿Qué más queréis? ¿Por ventura quisiérais que os trajera el admirable loro que habla todas las lenguas y que hace las delicias de Granada?

—¡No! ¡No! — exclamó la princesa Zayda. — Ese es un pájaro horrible y vocinglero, que charla sin tener idea de lo que dice; es menester no tener sentido común para soportar tal tabardillo.

—¿Os hago traer un mono del Peñón de Gibraltar para que os divierta con sus gestos?

—¡Un mono! ¡Ah!... — exclamó Zorayda. — ¡La detestable imitación del hombre! Aborrezco a ese asqueroso animal.

—Entonces haré venir al famoso cantor negro Casem, del harén real de Marruecos. Dicen que tiene una voz tan deliciosa como la de una mujer.

—Me aterroriza el mirar los esclavos negros — dijo la dulce Zorahayda; — además, he perdido la afición a la música.

—¡Ay, hija mía! No dirías eso — dijo la anciana maliciosamente — si hubieras oído la música que yo oí anoche a los tres caballeros españoles que tropezamos en nuestro viaje. Pero ¡noramala de mí! ¿Por qué os ponéis, niñas, tan ruborizadas y en tal estado de turbación?

—¡No es nada, no es nada, buena madre! Seguid, os rogamos.

—Pues bien: cuando pasé ayer noche por las Torres Bermejas, vi a los tres caballeros descansando del rudo trabajo del día. ¡Uno de ellos estaba tocando la guitarra tan gallardamente!... mientras los otros cantaban alternando con tal estilo, que los mismos guardias parecían estatuas ú hombres encantados. ¡Alláh me perdone, pero al oír las canciones de mi país natal, me sentí conmovida! ¡Y luego, ver tres jóvenes tan nobles y gentiles cargados de cadenas y en la esclavitud!

Al llegar aquí no pudo contener la buena anciana las lágrimas que le venían a los ojos.

—¿Y no pudiérais, madre, procurarnos el que viésemos a esos nobles caballeros? — preguntó Zayda.

—Yo creo — añadió Zorayda — que un poco de música nos reanimaría extraordinariamente.

La tímida Zorahayda no dijo nada, pero echó los brazos al cuello de Kadiga.

—¡Infeliz de mí! — exclamó la discreta anciana. — ¿Qué estáis diciendo, hijas mías? Vuestro padre nos quitaría la vida a todas si luego lo supiese. Además, aunque estos caballeros son bien educados y nobles, ¿qué importa? Al fin son enemigos de nuestra fe, y no debéis pensar en ellos más que para aborrecerlos.

Hay una admirable intrepidez en los deseos de la mujer, especialmente cuando está en la edad de casarse, que la hace no acobardarse ante los peligros ni las negativas. Las princesas rodearon a la dueña rogándole y suplicándole, y asegurándole por último que su obstinada negativa les desgarraría en corazón.

¿Qué hacer ella? Aunque era, en verdad, la mujer más discreta del mundo entero y la servidora más fiel del rey, con todo, ¿tendría valor para destrozar el corazón de aquellas tres hermosas criaturas por el simple toque de una guitarra? Además, aunque estaba tanto tiempo entre moros y había cambiado de religión, haciendo lo propio que su antigua señora, como fiel servidora suya, al fin era española de nacimiento y tenía el cristianismo en el fondo de su corazón; por lo cual se propuso buscar el modo de dar gusto a las princesas.

Los cautivos cristianos presos en las Torres Bermejas, estaban a cargo de un barbudo renegado de anchas espaldas, llamado Hussein Baba, que tenía fama de ser algo aficionado a que le *untasen el bolsillo*. Fué a verlo privadamente, y deslizándole en la mano una moneda de oro de bastante peso, le dijo:

—Hussein Baba: mis señoritas, las tres princesas que están encerradas en la torre, aburridas y faltas de distracción, quieren oír los primores musicales de los tres caballeros españoles y tener una prueba de su rara habilidad. Estoy segura de que sois bondadoso y no me negaréis un capricho tan inocente.

—¡Cómo! ¿Para que luego pongan mi cabeza a hacer muecas sobre la puerta de mi torre? ¡Ah! No lo dudéis; esa sería la recompensa que me daría el rey si llegara después a enterarse.

—No debéis temer que ocurra tal cosa, pues podemos arreglar el asunto de modo que complazcamos a las pricesas sin que su padre se entere de nada. Bien conocéis la honda cañada que pasa precisamente por el pie de la torre; poned a los tres cristianos para que trabajen allí, y en los intermedios del trabajo dejadlos cantar y tocar, como si fuera para su propio recreo. De esta manera podrán oírlos las princesas desde los ajimeces de la torre, y estad seguro de que se os pagará bien vuestra condescendencia.

La buena anciana concluyó su conferencia apretando la ruda mano del renegado y dejándole en ella otra moneda de oro.

Su elocuencia fué irresistible;

Celebridades mal vestidas

El célebre poeta inglés Tennyson tenía la debilidad por los sombreros viejos. Cuando estrenaba uno lo usaba años y años hasta que se caía a pedazos. Los gabanes también los gastaba mucho tiempo. Esto no quiere decir que Tennyson fuera un hombre sucio. Se lavaba escrupulosamente, pero no había medio de hacerle estrenar ropa; con el calzado le ocurría lo propio. En cierta ocasión, ensalzando la bondad de unas botas que usaba cuando se vestía bien, dijo que las venía usando desde hacía cuarenta años.

Al ser elegido presidente de la República francesa M. Fallieres, se vió sometido a la prueba de ser retratado contra su voluntad. Con lo que no transigió fué con cambiar de corbata. Muy respetuosamente le indicó el fotógrafo la conveniencia de ponerse una corbata de moda, pero el presidente exclamó, muy contrariado: "¡Cómo! ¿Cambiar de corbata? ¿Quitarme ésta que llevo puesta desde hace treinta años? ¡Eso sí que no! Prefiero no retratarme!"

La corbata predilecta de M. Fallières era un lazo muy grande que se sujetaba al cuello con una cinta elástica.

Turner, el gran pintor, usaba la ropa más vieja que podía encontrar, y para trabajar solía ponerse un sombrero muy viejo y un "smoking" pasado de moda, lleno de manchas de pintura. Lo mismo en invierno que en verano, y tanto en casa como en la calle, llevaba siempre una bufanda vieja, por supuesto para ahorrarse el trabajo de gastar cuello.

Carlyle iba siempre tan derrotado como Tennyson, aunque frecuentaba los círculos más aristocráticos, y era venerado por todos los conductores. Uno de ellos que vió a cierto viajero reírse del sabio historiador exclamó, muy molestado: "El sombrero será viejo; pero ya quisiera usted tener la cabeza que lleva dentro".

al día siguiente los tres caballeros fueron llevados a trabajar en el valle, junto a misma Torre de las Infantas; y durante las horas calurosas del mediodía, mientras que sus compañeros de trabajo dormían la siesta a la sombra y los centinelas, amodorrados, daban cabezadas en sus puestos, se sentaron nuestros caballeros sobre la hierba al pie del baluarte y comenzaron a cantar trovas españolas al melodioso son de sus guitarras.

Aunque el valle era profundo y alta la torre, sus voces se elevaban claras y dulcísimas en medio del silencio de aquellas somnolientas horas del estío. Las princesas escuchaban desde el ajimez, y como su aya les había enseñado la lengua castellana, se deleitaban en extremo oyendo las tiernas endechas de sus gallardos trovadores. La juiciosa Kadiga, por el contrario, afectaba estar dada a los mismos diablos.

—¡Alláh nos saque con bien! — exclamó. — ¡Ya están esos señores cantando trovas amorosas dirigidas a vosotras! Habráse visto audacia tal? ¡Voy a ver ahora mismo al capataz de los esclavos para que los apaleen sin compasió

—¡Como! ¿Apalear a tan galantes caballeros porque cantan con tan singular habilidad y dulzura?

Las hermosas princesas se horrorizaban ante semejante cruel idea. La honesta indignación de la buena dueña, al cabo mujer y de condición y genio apacible, se calmó fácilmente. Por otro lado, parecía que la música había producido un efecto benéfico en sus señoritas, pues sus mejillas se iban sonrosando poco a poco, y sus lindos ojos volvían a despedir fúlgida luz radiante. No hizo, por lo tanto, más observaciones sobre las amorosas estrofas de los caballeros.

Cuando concluyeron éstos de cantar, las princesas quedaron silenciosas por un breve momento; pero a seguida Zorayda cogió su laúd, y con voz débil y emocionada entonó un ligero aire africano, cuya letra decía así:

"En su lecho de verdor
crece la rosa escondida,
escuchando complacida
los trinos del ruiseñor."

Desde entonces los caballeros eran traídos casi todos los días a los trabajos de la cañada. El considerado Hussein Baba se fué haciendo cada vez más indulgente, y cada día manifestaba mayor propensión a quedarse dormido en su puesto. Así, pues, se estableció una misteriosa correspondencia entre los caballeros y las enamoradas princesas por medio de romanzas y canciones, ajustadas a los sentimientos de unos y otros en cuanto era posible.

Aunque tímidamente, las princesas llegaron a asomarse al ajimez, burlando la vigilancia de los guardias, y a conversar con sus enamorados caballeros por medio de flores; cuyo simbólico lenguaje era conocido de entrambas partes; aumentando las mismas dificultades de sus correspondencias el deleite inefable de sus amores, el fuego encendido en sus corazones; pues sabido es que el amor se complace en luchar con las resiscias, y que crece con más vigor en el terreno que parece más árido y estéril.

El cambio operado en los rostros, en las miradas y en el carácter de las princesas con esta secreta correspondencia sorprendió y satisfizo al *zurdo* monarca; pero nadie se mostraba de ello tan ufano como la discreta Kadiga, pues lo consideraba todo debido a su exquisito tacto.

Mas he aquí que esta telegráfica correspondencia se interrumpió durante unos días, pues no volvieron a aparecer los caballeros cristianos en el valle. En vano las tres hermosas prisioneras miraban desde lo alto de la torre; en vano asomaban sus gargantas de nieve por el ajimez; en vano cantaban como ruiseñores presos en sus jaulas; sus galantes caballeros no se veían ni contestaban a sus cantos desde la alameda. La discreta Kadiga salió para enterarse de lo que sucedía, y volvió muy en breve con el rostro descompuesto por la turbación.

—¡Ay, niñas mías! — gritó —. ¡Ya preveía yo en lo que vendría a parar todo esto; pero así lo quisistéis vosotras! Ya podéis colgar vuestros laúdes en los sauces, pues los caballeros españoles han sido rescatados por sus familias, y estarán a estas horas en Granada disponiéndose para regresar a su patria.

Las enamoradas infantes se desconsolaron con tan contraria noticia. La bella Zayda se indignó por la descortesía que habían usado con ellas marchándose sin dirigirles siquiera una palabra de despedida. Zorayda se oprimía las manos de desesperación y lloraba, mirándose al espejo; y no bien enjugaba sus lágrimas, cuando se deshacía en nuevo amargo llanto. La gentil Zorahayda se apoyaba en el ajimez gimiendo silenciosamente y regando gota a gota con sus lágrimas las flores de la ladera en donde habían estado sentados tantas y tantas veces los desleales caballeros.

La buena Kadiga hizo cuanto pudo por mitigarles su dolor.

—Consoláos, mis queridas niñas — les decía; — esto os parecerá nada cuando tengáis mi experiencia de las cosas del mundo. Cuando lleguéis a mi edad, ya sabréis perfectamente lo que son los hombres. Juraría que esos caballeros tienen amores con algunas de las beldades españolas de Córdoba o Sevilla, y pronto les estarán dando serenatas bajo sus ventanas, y se olvidarán, ¡ay!, para siempre de sus bellas amantes moriscas de la Alhambra. Sosegáos, por lo tanto, niñas mías, y desechadlos de vuestros corazones.

Empero, estas juiciosas reflexiones de la discreta Kadiga sólo servían para acrecentar la desesperación de las hermosas princesas, las cuales permanecieron inconsolables durante los dos primeros días. En la mañana del tercero, la buena aya entró en sus departamentos mostrándose trémula de indignación.

—¡Quién hubiera creído capaz de tamaña insolencia a ningún ser humano! — exclamó, tan pronto como pudo hallar palabras para expresarse. — Pero me lo tengo muy bien merecido, por haber contribuído a hacer traición a vuestro bondadoso padre. ¡No me habléis jamás, en la vida, de los tales caballeros cristianos!

—Pero ¿qué ha sucedido, mi buena Kadiga? — exclamaron las tres princesas con anhelante ansiedad.

—¿Que qué ha sucedido? Pues que han hecho traición, o lo que es lo mismo, que me han propuesto hacer una traición!... ¡A mí, a la más fiel de todos los vasallos! ¡A mí, la más digna de confianza de cuantas ayas hay en el mundo! Sí, hijas mías; los caballeros españoles se han atrevido a proponerme que os persuada para que huyáis con ellos a Córdoba, donde os harán sus esposas.

Al llegar aquí, la taimada vieja se cubrió el rostro con sus manos y afectó dar rienda suelta a un violento acceso de pena y de indignación. Las tres hermosas princesas tan pronto se ponían rojas como pálidas, temblaban dirigiendo sus ojos al suelo y se miraban de reojo unas a otras sin pronunciar palabras.

Al fin, la mayor de las princesas, que era la que poseía más valor y la que siempre se colocaba a la cabeza de sus hermanas, se aproximó a su querida aya y le dijo poniéndole la mano sobre el hombro:

—Y bien, madre; y si nosotras quisiéramos huir con los caballeros cristianos, ¿sería eso posible?

La buena dueña se contuvo por un momento: pero después, mirándo a la princesa, le respondió:

—¡Posible!... ¡Ya lo creo que es posible! ¿Pues no han sobornado ya los caballeros al renegado capitán de la guardia, Hussein Baba, y concertado con él el plan

DEL SUBURBIO

Muchacha del arrabal
que encintada y primorosa
guardas frescura de rosas
bajo el sonoro percal

y en cuya mirada inquieta
se pinta ese no sé qué
que torturó el alma de
la inolvidable Coseta...

Hoy traigo en mis madrigales
para tus penas consuelo
¡quiero cubrir con el velo
de mi lirismo tus males!

Oyeme bien... La Fortuna
es de unos pocos, no más;
pero la dicha y la paz
de todos, como la Luna...

No te excite el oropel
de la palaciega feria...
¡Es más rica tu miseria
que la riqueza de aquel!

Y no clamen desolados
tus premiosos menesteres
ante el sol de esas mujeres
hechas de seda y bordados

ni haga nacer tus envidias
su falso fulgor de estrellas...
¡Fuiste tú, no fueron ellas,
la inspiradora de Fidias!

Hay mas vida en tu dolor
si dolor hay en tu vida,
que en la lívida y transida
gloria de su resplandor

y vencidos o triunfantes,
más aviva mis ideales
el crugir de tus percales
que el fuego de sus diamantes...

Ama mucho... En el amor
puso Dios lumbre tan pura
que ella aclara la negrura
del alma del pecador...

Ama mucho; y tu pasión
vuelca en el ánfora entera
sabiendo que reverbera
todo El en tu emoción

...y piensa, boca de fresas,
que en las leyendas divinas
son siempre las heroínas
aldeanas y no princesas!

Belisario ROLDAN

de evasión? Pero ¡pensar en engañar a vuestro padre, que ha depositado en mí toda su confianza!...

Y aquí la buena mujer volvía de nuevo a sus aspavientos, a agitarse trémula, a retorcerse las manos...

—Pero nuestro padre nunca ha puesto su confianza en nosotras — replicó la mayor de las princesas; — por el contrario, se ha fiado más bien de llaves y cerrojos, tratándonos como unas miserables cautivas.

—Eso sí es verdad — dijo a su vez la dueña, haciendo otro paréntesis en sus lamentaciones; — ciertamente que os ha tratado de un modo indigno, encerrándoos aquí para que se marchite vuestra hermosura en esta vieja torre, como rosas que se deshojan en un búcaro. Sin embargo, hijas, ¡abandonar vuestro país natal!...

—¿Pues acaso la tierra adonde huiríamos no es la patria de nuestra madre, y donde viviríamos en libertad? ¿Y no sería preferible tener cada una un marido joven y cariñoso, en vez de un padre viejo y severo?

—¡Calla, pues es verdad también todo eso! Y hay que confesar que vuestro padre es bastante tirano; pero entonces — volviendo a sus remilgos, — ¿me váis a dejar aquí abandonada para que sea yo la víctima de su venganza?

—No por cierto, mi buena Kadiga; ¿pues no podéis huir también con nosotras?

—Ciertamente que sí, niña mía; y para decir la verdad, cuando conversó sobre esto conmigo Hussein Baba, me prometió cuidar de mí si quería acompañaros en vuestra fuga; pero de todos modos, ¡pensadlo muy bien, hijas mías! ¿Habéis de tener valor para renunciar a la religión de vuestro padre?

—La religión de Cristo fué la primera profesada por nuestra madre — dijo la princesa mayor; — yo estoy dispuesta a convertirme y segura de que mis hermanas imitarán mi ejemplo.

—¡Tienes razón, hija mía! — exclamó la amorosa dueña rebosando alegría. — Esa fué la religión primitiva de vuestra madre, y se lamentó amargamente en su lecho de muerte de haber abjurado de ella. Yo le prometí entonces cuidar de vuestras almas, y ahora me lleno de júbilo viéndoos en camino de salvación. Sí, hijas del alma, yo también nací cristiana, y he seguido siéndolo dentro de mi corazón, y estoy resuelta a volver a mi antigua fe. He hablado sobre todo esto con Hussein Baba, español de nacimiento y originario de un pueblo no muy distante del mío natal, y se halla el pobre también ansioso de volver a su patria y de reconciliarse con la Iglesia; habiéndole prometido los caballeros que si él y yo estamos dispuestos a ser marido y mujer cuando volvamos al país que nos vió nacer, ellos cuidarán de protegernos.

En una palabra; resultó que la discretísima y astuta dueña había celebrado una entrevista con los caballeros y el renegado, y que habían dejado concertado todo el plan de la huída. La princesa mayor consintió inmediatamente en ello, y su ejemplo, como de ordinario, trazó la línea de conducta de sus hermanas; sin embargo, la menor se mostraba vacilante, pues era de alma tan bella como tímida, y su tierno corazón luchaba entre el cariño filial y su pasión juvenil. La hermana mayor ganó la victoria, como siempre, y entre lágrimas y ahogados suspiros, se comenzó a preparar al punto la evasión.

La escabrosa colina sobre la cual está edificada la Alhambra se halla desde tiempos antiguos minada con pasadizos subterráneos cortados en la roca y que conducen desde la fortaleza a varios sitios de la ciudad y a distantes portillos en las riberas del Dauro y del Genil, construídos en épocas diferentes por los reyes moros, como medios de escapar en las repentinas insurrecciones, o para salir secretamente a particulares aventuras. Muchos de estos subterráneos se encuentran hoy completamente ignorados, y otros en parte cegados con escombros y en parte tapiados, sirviéndonos de monumentos de las celosas precauciones y estratagemas guerreras del gobierno musulmán. Por uno de estos pasadizos concertó Hussein Baba sacar a las infantas hasta una salida más allá de las murallas de la ciudad, donde los caballeros se hallarían preparados con ligeros corceles para huir rápidamente con ellas hasta la frontera.

Llegó la noche designada; la Torre donde moraban las princesas fué cerrada, como de costumbre y la Alhambra yacía en el más profundo silencio. A eso de la media noche, la discreta Kadiga escuchó desde el ajimez al renegado Hussein Baba, que ya estaba debajo y daba la señal. La dueña amarró el cabo de una escala al ajimez y dejó caer ésta al jardín, bajándose luego por ella. Las dos infantas mayores la siguieron con el corazón palpitante; pero cuando llegó su turno a la princesa menor, Zorahayda, titubeó y tembló... Aventuró varias veces el apoyar su delicado y menudo pie en la escala y otras tantas lo retiró, agitándose tanto más su pobre corazón cuanto más vacilaba. Lanzó luego una mirada aflictiva a la habitación tapizada de seda; en ella vivía, es verdad, como el pájaro aprisionado en su jaula, pero al fin allí se encontraba segura; ¿quién podía adivinar los peligros que la rodearían cuando se viera lanzada en el piélago del mundo? Pero luego se le presentó la imagen de su galán amante cristiano, y puso de nuevo su piececito sobre la escala; por último, se acordó otra vez de su padre y lo volvió a retirar. Es imposible describir la lucha que se daba en el turbado corazón de aquella pobre niña, tan enamorada y tierna como tímida e ignorante de las cosas de esta vida.

En vano le rogaban sus hermanas, regañaba la dueña y blasfemaba el renegado debajo del ajimez; la gentil princesa mora continuaba dudosa y titubeaba en el momento crítico de la fuga, tentada por las dulzuras de la falta, pero aterrada por los peligros.

A cada momento era mayor el riesgo de ser descubiertos. Se oyeron pasos lejanos.

—¡Las patruyas vienen haciendo la ronda! — gritó el renegado. — Si nos detenemos un momento más, estamos perdidos. ¡Princesa: descended inmediatamente, o si no, os abandonamos!

La infeliz Zorahayda se sintió presa de una agitación febril, y desatando la escala de cuerda con desesperara resolución, la dejó caer desde el ajimez.

—¡Todo se ha concluído! — exclamó. — ¡No me es posible ya la fuga! ¡Alláh os guíe y os bendiga, amadas hermanas mías!

Las dos infantas mayores se horrorizaron al pensar que la iban a dejar sola, y ya hubieran preferido quedarse; pero la patrulla se acercaba, el renegado estaba furioso y se vieron llevar atropelladamente hasta el pasadizo subterráneo. Anduvieron a tientas por un horrible laberinto cortado en el seno de la montaño. logrando llegar sin ser descubiertos a una puerta de hierro que daba fuera del recinto. Los caballeros españoles estaban aguardándolas disfrazados de soldados moriscos de la guardia que mandaba el renegado.

El amante de Zorahayda se desesperó cuando supo que aquélla había rehusado abandonar la torre; pero no se podía perder tiempo en inútiles lamentos. Las dos princesas fueron colocadas a la grupa con sus amantes, y la discreta Kadiga montó detrás del renegado, partiendo todos aprisa en dirección del Paso de Lope, que conduce por entre montañas a Córdoba.

No se hallaban aún muy lejos, cuando oyeron el ruido de tambores y trompetas en los adarves de la Alhambra.

—¡Nuestra fuga se ha descubierto! — dijo el renegado.

—Tenemos ligeros corceles, la noche es obscura y podemos burlar la persecución — replicaron los caballeros.

Espolearon sus caballos y escaparon a través de la Vega, llegando al pie de Sierra Elvira, que se levanta como un promontorio en medio de la llanura. El renegado se detuvo y escuchó.

—Hasta ahora — dijo — nadie viene en nuestro seguimiento; creo que podremos escapar a las montañas.

Al decir esto brilló una luz intensa en la torre que servía para señales en la Alhambra.

—¡Maldición! — gritó el renegado. — Esa es la señal de ¡alerta! a todos los guardias de los pasos. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Espoleemos con furor, pues no hay



UN AMIGO

—Tú que me has conocido antes, mira cómo me ves ahora: ¡vendiendo anillos para los paraguas!

—¡Cómo siento no gastar paraguas para comprarte un anillo!

tiempo que perder!

Corrían y corrían vertiginosamente, y el choque de las herraduras de sus caballos se repetía de roca en roca, conforme iban atravesando el camino que costeaba la pedregosa Sierra de Elvira; pero el propio tiempo que galopaban vieron que la luz de la Alhambra era contestada en todas direcciones desde las atalayas de las montañas.

—¡Adelante! ¡Adelante! — gritaba el renegado en medio de sus increpaciones y juramentos. — ¡Al puente, al puente, antes que la alarma haya cundido hasta allí!

Doblaron el promontorio de la montaña y llegaron a la vista del famoso Puente de Pinos, que atraviesa una impetuosa corriente, teñida en mil combates famosos con sangre de moros y cristianos. Para mayor tribulación, en la torre del puente se veían numerosas luces y brillar en ella las armaduras de los soldados. El renegado se alzó sobre los estribos y miró a su alrededor por un momento; después, haciendo una señal a las caballeros, se salió del camino, costeando el río hasta cierta distancia, y se metió dentro de sus aguas. Los caballeros previnieron a las atribuladas princesas que se sujetaran bien a ellos. Sentíanse, en verdad, arrastradas a alguna distancia por la rápida corriente, cuyas rugientes olas bramaban a su alrededor; pero las hermosas princesas se afianzaron bien a los caballeros cristianos, e iban sin exhalar una queja. Por último, llegaron salvos a la orilla opuesta, y fueron guiados por el renegado a través de escabrosos y desusados pasos y ásperos barrancos por el interior de las montañas, evitando elpasar por los caminos de costumbre. En una palabra; lograron llegar a la antigua ciudad de Córdoba, donde fué celebrada la vuelta de ellos a su país y al seno de sus amigos con grandes fiestas pues nuestros caballeros pertenecían a las familias más distinguidas. Las hermosas princesas fueron recibidas en el seño de la Iglesia, y después de haber abrazado la santa fe cristiana, se hicieron esposas y vivieron felicísimas.

En nuestra prisa por ayudar a las princesas a atravesar el río y cruzar las montañas, nos hemos olvidado decir qué fué de la discreta Kadiga. Pues se agarró lo mismo que un gato a Hussein Baba, chillando a cada salto y haciendo vomitar sapos y culebras al barbudo renegado; pero cuando éste se dispuso a meter su corcel en el río, su terror no conoció límites.

—No me aprietes con tanta fuerza — le decía Hussein Baba; — agárrate a mi cinturón y nada temas.

Ella se había asido, en efecto, con ambas manos al cinturón de cuero del robusto renegado..., pero cuando se detuvieron los caballeros a tomar aliento en lo alto de las montañas, notaron que había desaparecido la dueña.

—¿Qué ha sido de Kadiga? — gritaron las princesas alarmadas.

—¡Sólo Olláh lo sabe! — contestó el renegado. — Mi cinturón se desató en medio del río, y Kadiga fué arrastrada con él por la corriente. ¡Cúmplase la voluntad de Alláh! Y en verdad que lo siento, porque era un cinturón bordado, de gran precio.

No había tiempo que perder para dolerse de aquella desgracia; con todo, lloraron amargamente las princesas la pérdida de su discreta consejera. Aquella excelente anciana, sin embargo, no perdió en la corriente más que la mitad de sus *siete vidas*, pues un pescador que se hallaba sacando casualmente sus redes a alguna distancia río abajo, la sacó a tierra, quedando asombrado de su milagrosa pesca. Lo que fué después de la discreta Kadiga no lo cuenta la tradición, pero si se sabe que ella acreditó su discreción no poniéndose jamás al alcance de Mohamed el Zurdo.

Tampoco se sabe casi nada acerca de la conducta de aquel sagaz monarca cuando descubrió la evasión de sus hijas, y la mala pasada que le jugó *la más fiel de sus servidoras*. Había sido la única vez en que había pedido consejo; no se sabe que jamás volviera a caer en semejante debilidad. Sin embargo, tuvo buen cuidado de guardar a la hija que le quedaba, a la infeliz que no había tenido ánimos para escaparse. Se cree también como cosa muy cierta que la princesa se arrepintió interiormente de haberse quedado dentro de la torre, cuentan que de vez en cuando se la veía apoyada en el adarve, mirando tristemente las montañas en dirección a Córdoba, y que otras veces se oían los acordes de su laúl acompañándose sentidas canciones, en las cuales se lamentaba de la pérdida de sus hermanas y de su amante, condoliéndose al mismo tiempo de su solitaria existencia. Murió joven y, según el rumor popular, fué sepultada en una bóveda debajo de la torre, dando lugar su fin prematuro a más de una leyenda tradicional.

La barca de mi esperanza

Aquí estás, barca mía, repleta de ilusiones. Dentro de ti puso la alborada los mil cambiantes colores de sus luces; puso al jardín los alegres tonos de sus flores y el aroma de sus corolas, y dentro de ti puso también la noche el rutilar de sus estrellas y los misterios de su sombra.

¿Adónde vas?... Te impulsa mi corazón y te guía mi espíritu.

Cuando tus remos quiebran las superficie agitada de las ondas, tiemblan temerosas de saltar, hecha pedazos. Tu preciosa carga se revuelve dentro, en espasmos de miedo...

Me asomo a tu borda y observo el espejo de las aguas; nada se te ha caído. Miro dentro de ti, y encuentro todavía las luces de la aurora, las galas del jardín y los astros de la noche brillando misteriosos. Todo está dentro. ¡No falta nada!

Sigamos. No temas. Si viene un embate de las olas, pararé su golpe con mis brazos; si te azotan los vientos, opondré mi pecho a su furia destructora; si te arrebatan los arrecifes de la mar, mi ojo avizor sabrá esquivarlos.

¡Sigamos, barca mía!... Junto a la tenue gasa de tu armadura, que es de luces, de perfumes y de misterios, van mis músculos, va mi sangre, va mi vida. Nada temas; tú seguirás incólume. ¡El naufragio no se hizo para ti!

¿Adónde vamos?... No te inquietes; te impulsa mi corazón y te guía mi espíritu. ¡Adelante!... ¡Ya vamos a llegar!... ¡Ya se ve la costa!...

AMADO NERVO

Un rey disoluto

Luis XV de Francia, el autor de una de las frases más acertadas para autojuzgarse, sucedió en la corona de Francia al Rey Sol, el gran monarca.

Era Luis XV "uno de los hombres más hermosos de su tiempo, vivo de espíritu, recto de entendimiento, aunque tímido y débil, tanto por su niñez enfermiza cuanto por haberse criado entre las ceremonias de la corte".

La juventud de este monarca había sido disipada. Diéronle por esposa a María Leszczinka, hija del Rey destronado de Polonia. A pesar de al bondad de María, no logró inspirar amor a Luis, el cual, influenciado por los cortesanos, que querían buscarle una amiga para tener dominado al monarca, cayó en brazos de su favorita la duquesa de Chateauroux.

Cuando ésta murió le sucedió en los reales amores la marquesa de Pompadour, la cual, de hija de un carnicero, logró ascender hasta ocupar la primera posición de Francia.

Era la Pompadour mujer de gran talento y gobernó a su antojo la nación. Cuando consideró que sus atractivos físicos no eran suficientes para retener al Rey, ella misma le proporcionó amigas complacientes y dirigió el placer disoluto del monarca.

El Parque de los Ciervos era un recinto de casitas donde había jóvenes destinadas a los placeres del Rey. Gozaba éste de una especie de derecho de pernada, para el cual se preparaban las jóvenes que se aprovechaban de este sacrificio de pudor para obtener casamientos ventajosos y primacías sociales.

En 100 millones de francos se calcula el gasto que ocasionó el sostenimiento de esta reproducción oriental.

Transcurría su vida sólo para el placer, y de este modo, su desacierto en el gobierno interior eran parejos a sus descalabros en el exterior.

A la corrupción de costumbres, a los errores doctrinarios acompañaba una desastrosa labor diplomática. Sus amantes eran ministros universales; de su palabra pendía, no sólo la administración del país, sino la tranquilidad de las naciones.

Era un hombre al que no importaba que todo se hundiese con tal de que el hundimiento no le arrastrase, y así, en su modo de obrar, tuvo su raigambre la revolución, que dió al traste con la monarquía francesa, quitando la vida a su virtuoso heredero, al que de Delfín fué blanco de las chanzonetas de los corrompidos cortesanos de Luis XV, por su vida virtuosa que contrastaba con la de ellos.

Luis XV tuvo una muerte digna de su vida. En lugar de arrepentirse y dar muestras de comprender los extravíos de la vida, lanzó una sarcástica frase que, desgraciadamente para los suyos, no tardó en tener confirmación.

Habilidades de los médicos

De todos los hombres de distintas profesiones, los que se dedican con preferencia a escribir sobre motivos completamente distintos a los de su profesión son los médicos. Entre muchos, citaremos a los siguientes: Julio Scaliger escribió sobre crítica y poesía; Vignier compuso varios volúmenes de Historia universal; Fabián Niphus se dedicó a las Matemáticas; Marcelino Ficin, que también era sacerdote, se dedicó a traducir a Platón, del griego al latín, y explicó Filosofía; Copérnico trató de Astronomía; el alemán Laznis escribió Historia romana; Felipe Cauriana, médico de la reina Catalina de Médicis, comentó seis libros de Tácito; Cornelio Amalthú puso en latín el catecismo del Concilio de Trento; Spon escribió sus viajes y diversos tratados de erudición, y Mario Cureau, médico de Cámara, puso en prensa varias obras de Física y de moral.

El caballo viejo

—¿Qué piensas, viejo amigo,
así, tan cabizbajo,
en torno de la noria,
y el cuerpo lacereado
por purulentas llagas donde zumban
los implacables tábanos?
¿Qué piensas, viejo amigo,
mustias las crines, y a la luz vendados
tus ojos que no miran
esta espléndida tarde de verano?
Ruedan los cangilones
con sus chirridos agrios,
y el agua cristalina,
va de la noria a los sedientos campos
con un rumor de músicas que alivia
la dura esclavitud de tu trabajo,
y, al borde de la senda
circular de tus pasos,
dorada por el sol, presta su sombra
una hilera gentil de blancos álamos.
Todo es lumbre en los cielos,
y en los prados
todo está en flor; tú solo, triste y viejo,
vas por la vida sin sentir su halago.
¿Qué piensas, viejo amigo,
mustias las crines, y a la luz vendados
tus ojos que no miran
esta espléndida tarde de verano?

—Pienso que yo también, como los hombres,
muero esperando el bien sin alcanzarlo.

Nací bajo ese sol que abrasa y funde
los arenales cálidos;
hijo soy del desierto, donde brillan,
plenos de luz, los horizontes claros,
y entre un grupo feliz de blancas tiendas
y bíblicos rebaños
de una nómada tribu que cruzaba
los yermos abrasados,
libre de yugos, recorrí el camino
de mis primeros años.

Más, cuando vieron que en las duras sendas
se achicaban, firmes, mis sonoros cascos,
y que mi grupa, de lustroso pelo,
tenía, airosa, la amplitud de un arco,
y mi belfo al clarín, y mi galope
la turbulenta rapidez del ábrego,
puesto en la boca, de mascar el freno,
de espuma y sangre amarillento cuajo,
vendido fuí para corcel de guerra,
pasando,
así, de mis libertas horas
a la forzada condición de esclavo.

Pienso que yo también, como los hombres,
muero esperando el bien sin alcanzarlo.

Yo no amaba la guerra, yo quería
los horizontes plácidos
de las blancas auroras, entre el lento
despertar de los rústicos ganados,
mientras despide la fecunda tierra
sus matinales vahos;
y las largas jornadas
bajo el ardiente sol, y luego el árbol
protector de las siestas,
y del rudo pastor el dulce pífano
que vierte, gota a gota, sus cantares
de la tarde serena en el remanso;
y al sentirme vencido por la vida,
y herido el cuerpo de mortal cansancio,
reposar mi vejez en la callada
quietud de los establos,
que aroma la fragancia campesina
del heno madurado.

Y no fué así; porque el destino quiso
que mi cansada vida fuese un largo
caminar por la senda de los odios,
donde la tierra se convierte en fango,
y en tinieblas la luz,
y el bueno en malo,
y en donde en vez del yugo,
noble y feliz, del perezoso arado,
marcó mi cuello la sangrienta huella
del iracundo látigo.

Y aquí me ves, al fin de la jornada,
al giro de esta noria encadenado,
sin poder sosegar, porque las moscas
hieren tenaces en mis lomos flácidos,
y porque el hombre, si detengo un punto,
lleno de angustia, mi cansino paso,
sin piedad al suplicio en que me tienen
las ansias del cansancio,
dice que siga hasta perder la vida,
que con la muerte me vendrá el descanso.

Calló la voz; y a la sangrienta llama
del sol en el ocaso,
luz que alargaba, en prolongado filo,
la sombra de los álamos,
sentí en mi frente gravitar la carga
de un pensamiento amargo,
porque yo, que camino por la vida
sobre un lírico sueño, arrebatado,
temo que un día se me rompan, leves,
las alas en pedazos,
y que el destino me retenga, luego,
a un doloroso giro encadenado,
donde los hombres, al pasar, me digan,
sin piedad de mi llanto,
y sin que el agua, que les pida, acerquen
a mis sedientos labios:
sigue tu giro hasta perder la vida,
que con la muerte te vendrá el descanso.

Fernando LOPEZ MARTIN

La doncella del perrito

Por ANTONIO ZOZAYA

Oh, rebuscadores de penas, buzos del sufrimiento, mineros de angustias! Vuestra psicología es incompleta, porque en vuestras lucubraciones y vuestros análisis, desdeñáis lo aparentemente vulgar. Ofrendáis vuestro númen a las protagonistas de la magnificencia y regateais vuestra compasión a las heroinas del escarnio: ignoráis la grandeza de lo misérrimo, la sublimidad de lo amargamente grotesco, la excelsitud de la forzada sumisión humillante. Así, jamás cantáis la tragicomedia de la mujer y el can.

Yo he visto en vuestros lienzos y he admirado en vuestros poemas muchas veces el grupo simbólico. Unas, los personajes tienen nombres pomposos: la mujer se llama princesa y el perro lebrel. Ella, la mirada abstraída, el gesto displicente, el pensamiento trashumante por praderas de ensueño, extiende su mano transparente y afilada como las de las santas de los vitrales, sobre el servidor de pelo leonado, que hunde manso el hocico entre las patas, o lo alza husmeante como para aspirar los aromas de un verjel de leyenda. Otras veces, la princesa se trueca en apacentadora versallesca y el lebrel en mastín, que alza rectos los puntiagudos pabellones de las orejas perspicaces a los mordentes melodiosos del caramillo. Tal vez precede un galgo de nerviosos remos a la amazona gentil y prócer; acaso el dogo diminuto descansa en la falda crugiente y almohadillada de su dueña, mostrando en sus ojos medio cerrados la anestesia de un perfume acre y sutilísimo. Siempre la mujer es el tema y el can el acorde; ella representa la belleza, el poder, la juventud, el esplendor, el incontestado dominio; el irracional simboliza la naturaleza obediente, sumisa al don espiritual, reverente al augusto soplo que animó la eterna escultura femenina y la colmó de gracia, y la hizo digna de engendrar redentores tras una mística y prodigiosa salutación.

Al pasar calle arriba, sorprende con su brutal y despiadado contraste otro grupo. Nuevamente hallamos reunidos a la mujer y al perro; pero éste es el amo y aquélla la sierva; el can simboliza la riqueza, el bienestar, la fuerza; la hembra del avasallador de los mundos, encarna la miseria, la debilidad y la sumisión. Casi siempre, la infeliz es apenas núbil, en cuyas manos la cadena se estremece con vibración temblante, y en cuyos ojos aturdidos se ve la sensación de rubor aniquilador e inmerecido, la llorosa e implorante vaguedad del miedo estupefacto. Fijar la atención en su aturdimiento nos parece una crueldad; por su parte, la adolescente esquiva las miradas de los transeuntes, su gesto burión, cuando no su risa insultante y chocarrera. En las mejillas encendidas, en las pupilas enturbiadas por el próximo lloro, se retrata la angustia del paria, injuriado, escarnecido, pisoteado y herido en el fango. Y, no obstante dentro de la figurilla doliente hay algo sacrosanto: está la mujer.

¿No es pobre y desvalida? ¿No necesitó abandonar el hogar campesino, cubierto de rastrojos para no ser una carga para los suyos? Una voz idolatrada la dijo: "ve". Y fué resignada a la ciudad aturdidora como un enjambre. "Todo lo sufrirás" — siguió el balbuceo maternal. — Y ella todo lo sufre con el estoicismo del mártir. "Obedece, sé buena, haz cuanto se te mande". Y la niña cumple la recomendación severa como un evangélico mandato. He aquí por qué se trocó en paje de un irracional, sucio y desvergonzado, egoísta como un relajado y torpe epicúreo. Ella no se siente humillada, ¿por qué? La mano pulcra y digna, lo mismo se ennoble llevando la cadena de un perdiguero que las riendas de un carro triunfal. Llevará el perro con igual majestad (la majestad de la Dorotea de Goethe), con que guió en el campo la pacífica junta; con igual dignidad serena (la dignidad de Ruth), con que apacentó las ovejas, con que agavilló las espigas y limpió el establo sin macularse.

Pero las gentes ríen: ríen de las fantasías gorrinas del bruto, de sus actitudes y contorsiones, de sus tirones bruscos a la cadena que arrastra tras sí a la pobre esclava en desesperados esfuerzos, de la curiosidad olfateante de la bestia sensual, que acaba casi siempre en las posiciones más desvergonzadas y cómicas. Los transeuntes ríen a carcajadas, ríen como Falstaff en Windsor, como Gargantúa en Seuillé, como Sancho en Sierra Morena. El espectáculo es delicioso, y la ignorancia y el candor de la niña contribuye a darle un inesperado relieve, que se traduce en una frase obscena o un calificativo de migrante, jamás aplicado a quienes, abusando de su dominio, infligieron a la niña una inmerecida vergüenza y un intolerable suplicio.

Suplicio que, como todo, tiene fin; no se despierta en vano a la vida entre vejaciones y lágrimas. Se fortifica el ánimo; se conoce el mundo y se le desprecia; se adivina que, en la lucha con todos hay armas que esgrimir; burlas que devolver; golpes que parar y puñaladas, que bien pueden ser, para el adversario, de misericordia. Un hermoso día, la niña, trocada en mujer, declara vigorosa y paladinamente que no quiere salir con el perro, y se marcha. Ha comenzado la verdadera vida errante en que se vence o se es vencido, en que se siente atada al cuello para siempre la cadena del can o se experimenta en las manos el temblor férreo con que procuran sacudir sus eslabones los pescuezos ajenos sometidos a servidumbre. Pero el dolor no es motivo de burla: menos puede serlo la victoria, que tiene un sabroso nombre: ¡venganza!

Alguna vez, en el palco de un teatro en noche de gala, o arrellanada sobre los almohadones de un Panhard, o asomando su faz risueña tras los cristales de un *sleeping*, vemos a una mujer cuyo rostro nos es conocido y cuyo recuerdo concreto queremos evocar en vano. ¿Dónde la vimos? ¿Qué asociación de ideas hay entre sus facciones bellísimas, sus joyas deslumbrantes, sus vestiduras opulentas y nuestros paseos de estudiantes a través de las calles henchidas de bullicio? Y, sin saber por qué, en la fisonomía de su acompañante, millonario o aristocrático heredero de altos blasones, o despilfarrador grosero de riquezas, creemos encontrar semejanza con un perro grotesco que vimos no sabemos dónde, librándose a las más bizarras extravagancias, arrastrando tras sí a una muchacha vacilante, sofocada, llorosa, a la cual se enseñó prematuramente a desafiar el ridículo y a manejar cadenas; cadenas que tenían que acabar por ahogarla o que ser para sus verdugos, en lo futuro, un instrumento de expiación.

TU RECUERDO

Tu recuerdo es paloma que se posa
sobre mi corazón...! La noche, canta
una canción de estrellas y de luna
que solo logra descifrar mi alma!
Mi pequeño reloj, marca mil horas
desde la triste en que te fuiste, hermana,
y el tiempo, fué avivando en la maceta
de mi existir, la flor de una esperanza.
Asida del silencio, buen amigo,
me parece que llegas, que la blanca
luz de tus ojos traza un derrotero
de fe, por los caminos de mi alma!
Sólo estoy y te atrae mi pensamiento
cabalgando en las nubes, en la amada
noche, para volverte nuevamente,
cuando abra sus párpados el alba!

Yo recogí tus frases en la noche
y la noche cantó sobre las alas
de mi ilusión y no te soñé lejos...
sino en mi soledad, junto a la blanca
flor de mis sueños, y llené de estrellas
y de luna, mi alma!

Félix B. VISILLAC

Curiosa clasificación

Un periodista americano ha estudiado, durante largo tiempo, la impresión que en la opinión pública produce la noticia de un robo, y el juicio que a la Prensa merece este delito, según su importancia, y ha encontrado que de los ladrones puede hacerse, ateniéndose a dichos datos, una verdadera clasificación.

Según el referido periodista, si un robo pasa de 200.000 dólares, su autor es admirado por el público, que no tendría inconveniente en descubrirse ante él. Si el robo es de unos 100.000 dólares, se califica al autor de "hombre hábil"; si no pasa de 50.000, dícese que procedió en un momento de obcecación o de locura; si es sólo de 20.000, se habla de "una seguridad", o bien de "un desfalco", y si es de unos 5.000 dólares o menos, se trata el caso como "un abuso de confianza".

Los muebles

Por A. Hernández Catá

No recuerdo quién inició la conversación y ahora me parece que debió ser él mismo, porque sólo el deseo de contarnos su historia explica que se hable de locos en el tren, en lugar de hablar de sport o de política. Mi mujer, que estaba a punto de adormecerse sobre los cojines del respaldo, se desveló en cuanto lo oyó hablar, y me ha confesado después, aunque yo no lo creo, que a pesar del aspecto normal del compañero de viaje, tuvo un instante miedo y recordó vagamente anécdotas de robos y crímenes cometidos entre dos estaciones distantes. En fin, sea como fuera, el caso es que, inclinado hacia nosotros, habló durante casi todo el trayecto y nos tuvo, más que interesados, sugestionados. Me parece ver aún su frente muy convexa, con grandes entradas y su cabellera fosca, en torno a la cual revoloteaban lentamente innumerables partículas de polvo que se hacían luminosas en los haces del sol.

—Cuando se conozca el mecanismo del cerebro verá usted cómo mi idea de que toda locura es una superioridad abortada, se comprueba. El pueblo ha condensado esta creencia, hija de su instinto, en un adagio: "Ningún tonto se vuelve loco". Y tiene razón; repare usted que los hombres superficiales mariposean sobre muchas ideas sin ahondar en ninguna, y que en todo descubrimiento, en todo invento, hay algo de manía. Al sabio le es preciso concentrar la atención y aislarse de modo que su inteligencia se proyecte íntegra sobre el problema a resolver. De Newton se ha escrito que iba, a veces, sin darse cuenta, con un pie en la cuneta y otro en la acera. Casi todos los sabios, antes de triunfar, tienen fama de locos... El loco, por lo general, ve una sola idea, ya perfecta, ya defectuosa, y se le obscurece o aclara el resto del mundo. Al sabio le ocurre igual... Sólo que la calidad de su manía es superior. Yo no digo que sea lo mismo, pero sí que el funcionamiento cerebral ofrece en ambos casos tal analogía, que vale la pena de basar sobre ella mi hipótesis... Y esta hipótesis, mejor dicho, esta teoría, no se me ha ocurrido así, de pronto, sino por experiencia personal... porque yo he estado loco o casi loco, y fué a causa de una idea razonable llevada a esa insistencia, a ese exclusivismo que en unos produce el descubrimiento genial y en otros la perturbación de las facultades mentales. ¿Qué cómo fué la cosa? Hará próximamente unos dos años y solo me duró quince días.

Cruzábamos por un puente de hierro, y el estrépito dominó su voz. Yo aproveché la pausa para tranquilizar a mi mujer con una mirada. La rapidez de la marcha daba la ilusión de que los surcos de tierra labrantía se curvaban a nuestro paso y de que las montañas, a lo lejos, cambiaban lentamente de sitio. Nuestro compañero continuó:

—Yo preparaba mi doctorado y acababa de pasar una enfermedad de la que salí débil. El estudio por una parte, y por otra algunos excesos debieron influir. El caso es que un día, en el baño, noté que estaba muy delgado, y tuve de pronto miedo de morirme. Esta idea, que era razonable, ¿verdad?, me hizo en seguida tomar precauciones excesivas. Compré reconstituyentes, busqué en las páginas de muchos periódicos los anuncios más increíbles, y cegándome para una cosa qué no hubiera dejado de advertir en circunstancias normales, llevaba medicinas y más medicinas a la mesa de la casa de huéspedes, sin reparar en los guiños y en los codazos que sin duda se dieron mis compañeros más de una vez burlándose de mí. Yo había sido siempre descuidado con ese descuido que dan la juventud y la robustez, y por eso mi cambio debió de llamarles más la atención. Me daba grandes caminatas, tomaba duchas, me acostaba temprano y ajustaba mi vida a los preceptos de la más incómoda higiene; no daba la mano sin guantes, por temor a cualquier contagio; llegué a sufrir la sed por no beber en vasos anónimos, y a veces en la calle, un vehículo distante aún, me obligaba a dar un salto para esquivarlo, como si me fuera a atropellar. Compré un termómetro, un botiquín, tomé todas las precauciones y, sin embargo, la idea, en lugar de debilitarse o de estacionarse siquiera, se iba fortificando, iba poseyendo con ese exclusivis- iba poseyendo con ees exclusivismo que constituye, al fin, la manía. Ver un entierro me ponía tan nervioso, que los adivinaba desde lejos y daba grandes rodeos para rehuirlos. No tardé en conocer dónde estaban casi todas las funerarias, y si me veía obligado a pasar por delante de una con algún amigo, cerraba los ojos. Porque esta tortura, este acaparamiento por la idea y el temor de la muerte, me dejaban apto para la vida cotidiana, como si por automatismo los antiguos resortes permitieran al cuerpo no descubrir el secreto que detrás de la frente corroía la razón poco a poco. Yo no me explico cómo al oirme hablar, al verme sonreir, mis amigos no advertían el esfuerzo que me costaba. El pensamiento era ya tan tenaz que soñaba con él; todas las luces eran para mí blandones, todas las zanjas de la calle sepulturas, todos los coches carros fúnebres; los días nublados me parecían días a propósito para morirse, y los días de sol me traían también, por contraste, la visión de la muerte. A veces, me agarraba a una baranda, al brazo de un amigo, a un invisible sostén a la vida que mi mano buscaba crispada en el aire. Las plazas me daban una sensación de vacío o de torbellino, más bien. ¡Me tenía que morir! ¡Me tenía que morir! Al dolor pasivo y resignado de desaparecer, sucedió un sentimiento de protesta y de ira: yo hubiera querido morirme en un cataclismo general, convencido, después de pensar mucho, de que era imposible engañar a la muerte; pensaba con agrado en un choque interplanetario, y desde mi ventana, por las noches, miraba con simpatía a las grandes estrellas que parpadeaban dulcemente en el cielo y que de un enorme topetazo podrían concluir con todo; entonces pasaba horas y horas pensando en mis parientes, en mis amigos, en los conocidos que morirían si una de aquellas estrellas se decidiera... Moriría mi madre y la patrona, moriría Julio Noesé, tan orgulloso de ser pasante de García Nieto, que moriría igualmente sin llegar a ser ministro; moriría aquel señor de barba cana que iba todas las tardes en el mismo tranvía que yo y se bajaba frente a la Biblioteca Nacional; moriría la señorita que bailaba en el Circo sobre los lomos de un caballo, y moriría también el caballo... Lo que me ponía furioso era la idea de morirme yo solo, de que me llevaran por las calles dentro de una caja entre la indiferencia de la gente, y de que a los dos días, evaporadas unas cuantas lágrimas y absorbidos por las preocupaciones perentorias unos cuantos recuerdos quedase todo como si yo no hubiera pasado por el mundo. Creo que si entonces un poder omnímodo hubiera puesto en mi mano una inmensa hoz con que segar de un golpe toda la Humanidad, habría sido asesino... Lo he sido casi, porque más de una vez, ferozmente, he hecho el movimiento de segar, así, de un tajo solo.. ¡rás! Me complacía matando moscas, pisando hormigas, destruyendo pequeños objetos, viendo mustiarse las flores, y no era por un goce abstracto del mal, sino para convencerme a mí mismo de que aquellas cosas morían antes que yo. Lo primero que leía en los periódicos eran las esquelas de defunción, y un absurdo sentimiento de gratitud hacia los que ya se habían muerto me hacía aprender sus nombres de memoria.

Una detención brusca del tren que nos hizo cabecear, originó otra pausa. Bordeábamos un talud, y abajo, en la vasta planicie, ya

EL ARBOL DE LA SOLEDAD

La caravana vino de un país ignorado y se perdió en el viaje, por un desierto obscuro. Rendida de cansancio, vió levantarse en el horizonte, un árbol inmenso, y fué hasta él, para descansar a su sombra. Y los viajeros se durmieron, y soñaron con lagos azules y praderas verdes. Y mientras soñaban, el árbol extendía sus ramas negras.

Aquellos que se despertaban, sentíanse desorientados; pues no brillaba ni una estrella; y en un desierto nocturno, sin un astro, es muy fácil perderse. El árbol era tan enorme que ocultaba el cielo y obscurecía la tierra. Soplaba un viento terrible, como un destino... Los hombres no se oían bajo el rumor del ramaje; y así es que no lograban entenderse. La confunsión los fatigaba, la contrariedad los enfurecía; combatían por nada; y como el odio llenaba sus corazones, no había en ellos, lugar para el amor. Y puesto que sin amor no hay esperanza, perdieron la fe.

Y el árbol era inmenso, mientras tanto, seguía extendiendo sus ramas negras...

La sombra era de tal modo intensa, que los hombres ya no se conocían, aunque se hallaban muy próximos.

Hubieran podido darse la mano, ayudarse, quererse, ante aquella noche sin término. Pero creíanse aislados; y cada uno pensaba mal de los demás, que lo habían dejado solo.

No se respetó más que la fuerza, que era siempre injusta, porque no temía; y la debilidad para defenderse, buscó los sitios protegidos.

Y el árbol inmenso, mientras tanto, seguía extendiendo sus ramas negras...

Los que iban a morir, no imaginaban una dicha que no habían visto nunca. Aun antes de separarse, ya estaban separados por la sombra de sus vidas.

Y esta es la historia de las almas, en el desierto del mundo, bajo el árbol de la soledad...

Pedro Miguel OBLIGADO

rios pueblecitos parecían rebaños. Sin atreverme a mirarla directamente, vi reflejarse en el cristal las pupilas dilatadas de mi mujer. Cuando la marcha se volvió a acelerar, ella y yo, con tácito propósito de cortar, por falta de atención, la historia, miramos el paisaje, viendo pasar a regulares intervalos los postes, que más parecían entorpecer que sostener a los cinco hilos vibrantes y casi sonoros del telégrafo. El silencio y la quietud de nuestro compañero nos obligó, también por miedo tácito, a volver las cabezas y lo encontramos en la misma actitud, esperándonos para proseguir:

—Una tarde, fuí con varios amigos a visitar una almoneda de muebles, y allí fué donde mi "idea", que hasta entonces había sido una idea razonable, exacerbada si se quiere, pero razonable, tomó el aspecto monstruoso que caracteriza la locura. Ibamos entre una doble fila de bargueños, de mesas, de consolas, de aparadores, cuando por invitación de quien enseñaba los muebles nos detuvimos ante un armario normando. Me parece verlo todavía: era un armario enorme venerable; en el centro de las dos piezas de roble que formaban sus puertas, sendos motivos ornamentales tallados en relieve, daban una idea de fortaleza y de prosapia; las bisagras se prolongaban en rameados nervios de cobre incrustándose en las puertas para sostenerlas mejor; ninguna de las molduras, ninguna de las cornisas era encolada todo macizo con sus patas un poco divergentes del mueble, estaba ante nosotros erguido, inconmovible, con un indudable gesto de superioridad y de ironía que quizás no hubiese advertido si el maldito hombre de la exposición no nos dice: "Miren que mueble: tiene lo menos siglo y medio y vivirá más que nuestros hijos; un mueble como este es inmortal y puede mirarnos por encima del hombro." Salimos; pero yo llevaba la idea en el cerebro, como se llevan en el cuerpo los gérmenes de una enfermedad mucho antes de que se manifieste. Toda la tarde la pasé haciendo esfuerzos para olvidarme de aquel armario; estuve invitado a cenar y no sé siquiera lo que comí. Veía dentro del plato las dos rosetas talladas en las puertas y el adorno de lechuga y de huevo de un pescado, se ennegreció de pronto a mi vista, se desfiguró, y tomó el aspecto de la cornisa... Yo hablaba, respondía a las preguntas, alterné en las conversaciones, y, sin duda, nada dije anormal cuando nadie se sorprendió: pero de lo que sí estoy seguro es de que no pensé en nada de cuanto dije, de que fuí sólo una boca que habla, porque mi actividad entera se empleaba en condensar y sacar corolarios múltiples a esta idea, ramificándola ya en imágenes, ya en consecuencias, ya en ejemplos: "Todas las obras del hombre son como los hijos del pelícano, que se alimentan de las entrañas del padre, las cosas tienen una actitud de mofa cruel para los hombres y los ven pasar entre crujidos de sarcasmo; ¡aquel armario nos miraba de una manera!..." Al salir, como tenía miedo a que la gente notase las angustias de mi pensamiento, me dirigí a mi casa; pero antes, para contrarrestar mi obsesión, entré en una librería y compré una de esas novelas que las gentes llaman muy entretenidas. Me acosté y me puse a leer... a intentar leer. Creo que era la historia de un policía de talento muy extraordinario, que resultaba estúpido que se resignase a tal oficio... Aunque su talento no debía ser tan grande cuando no veía lo que veía yo entre los renglones: innumerables imágenes del armario normando que me miraban con sus dos rosetas de talla y me sonreían con la risa de cobre de sus goznes, diciéndome: "¡Cuando tú ya no seas nada, ni siquiera polvo, yo estaré aquí, aquí y me abriré a la luz y a la primavera, y guardaré las ropas íntimas de alguna mujer que será hermosa, que se hará vieja y que también se irá a podrir en la tierra igual que tú, mientras yo me quedo!" En un arranque repentino, dejé el libro y me volví para soplar la luz; pero en la pared vi mi sombra en una silueta rígida, yacente; me vi muerto como he de estar un día, y al mismo tiempo todos los muebles de la habitación—la mesa de noche, el lavabo, las sillas— empezaron a gritarme odiosamente: "Nosotros no necesitamos ser fuertes como el armario para vivir más que tú, pobre hombre; afánate, lucha, que nosotros te hemos de ver como te has visto ahora, muerto, muerto, muerto... ¡Ja, ja, ja!" Y se reían. Entonces yo sentí el frenesí de los criminales; me levanté, fuí a la cocina, cogí el hacha, y volviendo de puntillas a la alcoba, para sorprenderlos mejor, me puse a asesinar los muebles. El hacha hendía cuerpos, cortaba venas, rajaba, airada, corazones— porque los muebles tiene corazón—y a cada golpe yo gritaba también, para acallar sus gritos. Ni uno quedó con vida; cuando entraron los compañeros de la casa y lograron sujetarme, ya estaban muertos todos... Me llevaron al manicomio, donde estuve seis meses, y ya estoy curado. Pero, no obstante, creo más que nunca que, en principio, mi idea era razonable y hubiera sido bella, ya que no útil como la de un sabio, de no haberla llevado al paroxismo. Seguramente, para descubrir o inventar hay que pensar con aquella intensidad dolorosa que pensaba yo, olvidando durante seis meses el resto de la vida. Por eso estoy convencido de que cuando se estudie el funcionamiento del cerebro...

Sin poderme contener, le pregunté:

—Y de aquella idea, como usted dice, ¿no le queda nada? ¿Cuando luego ha visto usted un mueble muy sólido, este vagón, pongo por caso..

—Nada— me interrumpió—; es decir, nada violento... Además es que ya no me fijo, que mi atención, igual que la de casi todas las personas, está dispersa; pero si alguien me lo hace notar, como usted ahora, no puedo evitar que se me crispen un poco las manos y se me llene el alma de melancolía. Y es que la vida es hermosa, ¿verdad?

Un silbido trémulo rasgó el aire. Mi mujer había ido subiendo la mano poco a poco, hasta colocarla junto al timbre de alarma. Cerca de la vía un toro alzó gallardamente la cabeza, en actitud de reto.

PRIMAVERA

Mi vesino, el quintero,
y'hase algún tiempito
que, con un serrucho y una podadera,
pasaba los días podando los árboles tuitos.

Los gajitos secos; las ramas podridas;
los nidos de bichos qu'estaban en eyos,
nada s'escapaba de su mano güena;
tuito dib'al suelo.

Quedaron, ansina, limpitos.
Y áhura, que ya estamos en la Primavera,
la esperansa viste con su traje verde
a tuitas las plantas de la quinta ésta.

Y en un largo sueño perfumáo y lindo,
yeno de promesas de frutas desiadas,
se tapan de flores,
blancas o rosadas..

¡Y nosotros!..
¿And'estará el podador
que arranque las cosas fieras
qu'en la quinta de la vida v'ájuntando el corasón?

¡Con tanto malo en el cuerpo! ¡Con tanto daño en el alma!
¡Con tanto gajo podrido, y con tanta rama seca!
¡No debalde hay tantos, ¡tántos!
corasones, que no tienen primavera!

Guillermo CUADRI

Agricultura indígena

El trabajo de los campos ocupaba lugar preferente en la vida de los pueblos aborígenes de América. Las leyes que obligaban a cada jefe de familia a cultivar su campo, lo mismo en Méjico que en el Perú, tenían por fin asegurar la producción de maíz, el cual formaba la base de la alimentación.

En los quechúas, el cultivo se establecía preferentemente en los valles en los flancos de las montañas, lo que exigía la construcción de muros de contención de piedra.

La tierra es preparaba por medio de un arado especial de madera, especie de palanca que llevaba dos travesaños: uno para el pie y otro para las manos.

Los terrones se deshacían, por medio de mazos de piedra o de bronce.

En el Perú todo tomaba caracteres reglamentarios y se utilizaban los ricos depósitos de guano, que los pájaros marinos, desde hacía muchos años, habían depositado.

Se transportaban todos los años por medio de balsas y se distribuía por funcionarios encargados del reparto.

Los quechúas establecían una rotación en los campos dejando reposar la tierra durante varios años.

El mismo inca daba la señal para la siembra del maíz. Además, se cultivaba la patata, la batata, la chirimoya.

En Méjico además de estas plantas, se cultivaba la vainilla, el tabaco, etc.

Los prácticos agrícolas eran rutinarios, pero ya comprendían la importancia del abonado y de la limpia y desmenuramiento de las tierras.

EL NOVELISTA

Por Vicente Blasco Ibáñez

Cuando anunciaron a sir Horacio Watson la llegada de su hijo, estaba ante la mesa de trabajo examinando un papel. Este papel era un contrato firmado el día anterior en Londres con Walker Collins y Compañía, gran agencia literaria encargada de dar alimento a las primeras publicaciones del Reino Unido y sus colonias.

Un *trust* se había formado para monopolizar y explotar la imaginación del novelista, como si fuese una mina de combustible, una caída de agua o una línea de navegación. Las historias inventadas por él tenían un auditorio de ciento sesenta millones de seres. Su nombre era buscado en revistas y diarios por la solterona inglesa que vive en su *cottage* entre gatos y perros, por el estudiante, más dado a las regatas que a los libros, por la dama que se aburre en una avenida rica de Nuevo York, por el ganadero del Canadá, el minero del Cabo, el oficial de guarnición en la India, el colono de Australia y Nueva Zelanda, y hasta por los hombres perdidos, como ermitaños del trabajo, en un atolón de coral de las soledades del Pacífico. Al contar las aventuras de los exploradores de océanos y desiertos, los hijos de los Pares habían abandonado el regalo de sus palacios para convertirse en vagabundos de la navegación o de las selvas. Luego hizo estremecer a millones de seres con el relato de crímenes misteriosos, cada vez más intrincados y obscuros en el curso de los capítulos, hasta que en la última página se hacía la luz inesperadamente con una solución siempre distinta de todas las que el lector se había forjado en sus febriles cavilaciones. El antiguo caballero andante lo había resucitado, dándole la forma del detective astuto, sabio y fuerte. Y sus héroes corrían el mundo, rodeados del noble ambiente que acompaña a los defensores de la inocencia.

Ahora acababa de declararse la guerra, y el director de la casa Walker Collins y Compañía había ido a su encuentro, con la precipitación del buen industrial que husmea un cambio de moda y procura asegurarse el monopolio de las nuevas materias. De su pequeña maleta de hombre de negocios extrajo telegramas de Chicago y Melbourne, papeles firmados en la City, una documentación en regla que le acreditaba como embajador plenipotenciario de todos los príncipes soberanos del papel impreso en los diversos pueblos que hablan inglés. El discurso con que acompañó esta presentación de credenciales fué breve.

—Sir: el detective está en quiebra y el soldado en alza. En la plaza es grande la demanda de historias de guerra. Todos piden el mismo artículo; ¿puede usted servirlo? He preferido dirigirme a usted antes que a otros productores.

La discusión sobre el precio fué breve y rápida; un encuentro de monosílabos, un choque de cifras, sonoro como golpeteo de espadas. Al final, Walker Collins y Compañía extendió su manaza abierta con un gesto de invitación. "¿Top...?" El grande hombre abandonó su diestra gloriosa: "Top". Y el negocio quedó hecho.

El día antes, sir Horacio Watson había abandonado su lujosa residencia de campo para ir a Londres, llevando una pequeña maleta de mano, igual a la que usan los escribientes de notario para guardar sus papeles; una bolsa de cuero amarillo, obscurecida por el tiempo; un recuerdo de sus años de miseria que no quería abandonar, tal vez por la atracción que ejerce todo lo que evoca la perdida juventud. Su interior, que había guardado en otras épocas pedazos de pan y plebeyos embutidos, entre cuadernos de versos y novelas rechazadas por los editores, tenía ahora más nobles usos. Del castillo al centro de Londres llevaba en sus raros y solemnes viajes varios paquetes de hojas de papel cubiertas de renglones. Perdida en la cornisa de la red destinada a los equipajes, se bambo-

leaba pretenciosamente, siguiendo los movimientos del vagón, para que las otras maletas, más ostentosas y brillantes, se convenciesen de su importancia. ¿Qué contenían todas ellas? Ropas finas y objetos de tocador de las damas elegantes que ocupaban los sillones, papeles de negocios de los graves caballeros.

—Yo parezco pequeña y soy grande como el mundo —cantaba entre el *ric-ric* de maderas y ruedas.— Voy a desdoblarme hasta lo infinito. Ahora soy uno, el mes próximo seré cien mil, dentro de un año medio millón. Pobre y fea como una larva de papel escrito, voy a estallar en inmenso enjambre de moriposas de papel impreso que volarán por ciudades y campos, se extenderán sobre los mares, invadirán países lejanos, islas cubiertas de selvas, tierras dormidas bajo la nieve... Nadie adivina mi importancia. Soy como mi dueño, ese escritor bajito y membrudo, con la cara rojiza y algo arrugada, el bigote cano y recortado, que fuma abajo su pipa, leyendo un periódico. Sus compañeros de viaje le toman tal vez por un Mayor del ejército de la India, y se equivocan. Mi amo es sir Horacio Watson; el novelista Watson, famoso en toda la tierra.

Al volver de estos viajes, con el vientre algo fláccido, la maletilla callaba, procurando pasar inadvertida, con a prudencia que inspira el peligro. En su interior dormían ocultos — entre varios encargos hechos por la segunda señora Watson — fajos de papeles salidos de las prensas del Banco de Londres, documentos que atestiguaban un reciente depósito de dinero hecho por el novelista, cuadernos de cheques en los que no había más que trazar dos líneas y un garabato para que al momento surgiese un manantial sonoro de libras esterlinas.

El último viaje había sido algo molesto para su orgullo. En vano se agitó, queriendo convencer de su importancia a los equipajes que la oprimían con sus flancos de cuero barnizado.

—Vamos a Londres, donde nos espera Walker Collins y Compañía para que nos dignemos aceptar unos cuantos millones. Mi amo, con las historias que se saca de la cabeza, va a ganar más dinero que sir Jellicoe, que manda la flota; más que sir French, que dirige el Cuerpo expedicionario; más que sir Edward Grey, que desenreda las madejas diplomáticas en el *Foreing Office*.

Nadie la escuchó. En la cornisa de la pared, la ordenada formación de maletas y sacos se mostraba meditabunda y taciturna, lo mismo que la doble fila de personas sentadas abajo. Todos pensaban en la guerra. Y en medio del silencio volvió de Londres al castillo, llevando en su interior el más extraordinario de los documentos.

A la mañana siguiente, el novelista quiso releer este papel, con la pipa en la boca y la camisa arremangada sobre los nervudos brazos, facha en la que no se hubiese atrevido a arrostrar, por nada del mundo, la presencia de la joven lady Watson, intransigente en materias de corrección y buen aspecto.

Todo lo de Inglaterra es grande. Nelson tiene su columna en *Trafalgar Square;* Wellington su león en el campo de Waterloo; Horacio Watson tenía su contrato ante los ojos, con unas cifras estupendas que le hacían rodar por la escalera de su memoria hasta detenerse en los últimos peldaños, o sea en su juventud. Las primeras novelas las había cedido gratuítamente a un editor en quiebra, después de grandes esfuerzos para que se atreviese a probar fortuna con su nombre. Luego había cobrado por volumen; después por capítulos, y a continuación de su primer éxito, hizo los contratos a razón de una cantidad por página. Una gran revista de Londres, para asegurarse su colaboración, le pagó varios chelines por línea. Empezaba la era del detective triunfante. Años después, un *magazine* de los Estados Unidos venció a todos sus rivales con una proposición hecha por cable. Sus novelas serían pagadas en adelante a tantos chelines... por palabra. Y los otros editores, para no quedarse atrás, aceptaron el sistema. Ahora tenía ante sus ojos este contrato, que eran el triunfo definitivo de su vida. Imposible ir más allá: le pagaban a un chelín por letra cuantas historias maravillosas quisiera inventar sobre la guerra. Y su imaginación, dejando a un lado las ficciones novelescas, hacía cálculos positivos.

La guerra, según lord Kitchener, podía durar cinco años, y él se sentía con fuerzas para atender todos los compromisos de su clientela. Hizo números mentalmente. Este período representaba medio millón de libras esterlinas: dos millones y medio de francos por año. *¡All rigth!* Había que ponerse a inventar inmediatamente astucias inéditas, máquinas prodigiosas, relatos que satisfaciesen la necesidad que sienten los humanos de algo maravilloso cuando el dolor y el peligro les hacen retroceder a la infancia.

Su egoísmo apreció la guerra como un invento de la guerra, deseosa de favorecerle, una vez más. Iban a sufrir muchos los pueblos; pero él, hombre excepcional, quedaría al margen del cataclismo, viéndolo a distancia, como el pintor ve a su modelo. Estaba muy alto para que le alcanzacen las salpicaduras de la desgracia.

Inglaterra, que instituye un "poeta laureado" para hacer olvidar la obscuridad en que tuvo a Shakespeare, y concede títulos de nobleza a los novelistas modernos, después de no haber dado nada a Dickens, le había conferido el título de *baronet*. La primera señora Watson se marchó de la vida asustada y encorvada por el repentino chaparrón de dinero y honores. ¡Pobre figura pálida y tímida!... Su glorioso marido la veía aún escribiendo en un cuadernito, mientras al otro lado de la mesa trazaba él sus primeras novelas, en el ambiente frío de la miseria. La infeliz pugnaba por armonizar las líneas desiguales, como un poeta que pelea con los versos. "Tanto de carbón"... "Tanto de pan". Y nunca conseguía que rimasen perfectamente los limitados ingresos con las necesidades de la vida y las exigencias de los acreedores. Luego había arrastrado su viudez por los salones, donde su fama creciente y su título de *sir* acabaron por trastornar la imaginación de la novena hija de un obispo anglicano. El novelista convirtió en lady Watson a este ser fino y frágil, separado de él por una distancia de veinte años. Así como otras mujeres poseen el don de las lágrimas, ella disponía del rubor, y una oleada pudorosa arrebolaba a voluntad su rostro de niña, dando nuevo atractivo a los ojos azules y cándidos. Sus ocho hermanas iban por el mundo repartiendo Biblias y regalando piezas de lienzo a los salvajes para que pusiesen un telón a sus vergüenzas. Ella era una pagana, adoradora de la vida, dispuesta siempre a pasar el Estrecho, a ir a París y otras ciudades de pasiones desordenadas. Por las noches, Watson tenía que ponerse de frac para comer a solas con lady, sufriendo el tormento de privarse de su pipa. Pero al verla aparecer en lo alto de la escalera del *hall*, con dos enormes flores en las sienes, vestida como una sacerdotisa egipcia, pequeña, grácil y con remilgos infantiles, a pesar de sus treinta años, reconocía que la vida es hermosa y guarda interminables satisfacciones.

Además, tenía su castillo, su parque enorme, dos automóviles Roll-Royce, la marca más cara del mundo, caballos y perros alojados con mayor comodidad que las mujeres y los niños que vagan por la noche en Londres, depósitos en los Bancos, acciones de Empresas en los cinco continentes, su pluma, que era una mina inagotable... y sobre todo esto, tenía a su hijo Heriberto, único rastro que había dejado la primera señora Watson de su paso por la tierra.

El novelista se acordó de que este hijo acababa de llegar inesperadamente al castillo, y bajándose las mangas de la camisa, dió orden a un criado ceremonioso y vestido de frac para que fuese en su busca.

* * *

Cada vez que en un Museo contemplaba una estatua de varoniles y armoniosas formas, se decía con orgullo: "Es igual a Heriberto." El impudor tranquilo de los *sports* le había permitido apreciar muchas veces la desnudez atlética de su hijo como la mejor de sus obras.

Al verle entrar en el despacho admiró una vez más su energía serena, majestuosa y reposada de estudiante acostumbrado al cultivo muscular, a los juegos de lucha, al culto de la fuerza física. La juventud universitaria alemana se acuchilla el rostro en los duelos de Heidelberg, sin más objeto que el de afearse con ostentosas cicatrices. Los ingleses de Oxford y de Cambridge luchan en las regatas de Henley, remo en mano, como los héroes de Atenas, ansiando realizar en sus cuerpos la armonía de la fuerza y la belleza buscada por los artistas griegos.

No sentía la menor duda acerca del porvenir de su hijo. Era rico, era noble, gracias a él, que había hecho la peor parte del camino llevándole en hombros. No tenía más que dejarse empujar par la fortu-

JUNTO A LA CUNA

Dormid... Por vuestras frentes cruzan azules sueños,
un ángel blanco guarda vuestras almas inciertas;
al mecer vuestra cuna pienso en esos pequeños
que duermen en los quicios de las calles desiertas.

Y tengo mucho miedo a morir; mi cariño
es escudo que guarda vuestra infancia florida,
que no hay cosa más triste que los ojos de un niño
que se entera tan pronto del dolor de la vida.

Dormid... Hasta el nevado candor de vuestra cuna
como un lirio de plata, llega un rayo de luna...
Dormid mientras yo mezco vuestra cuna a compás

y sollozo pensando en la pobre hermanita
que se fué toda blanca, en la blanca cajita
una tarde muy triste, para siempre jamás...

Emilio CARRERE

na. Se estaba preparando para ser hombre político; se casaría cuando quisiera, con una millonaria del otro lado del Atlántico, hija de un rey de cualquier artículo de comer o de arder. Los casamientos con príncipes empiezan a no ser originales para las infantas del *dollar*: es de más novedad comprar un apellido célebre. Este mocetón iba a conocer ampliamente todas las grandezas que él sólo había entrevisto como fatigado explorador.

El padre y el hijo se mostraban siempre parcos en palabras. Pasaban largos ratos silenciosos, mirándose fijamente, y una lucecita blanca y danzante era la que hablaba por ellos en sus pupilas, con cariñosas inflexiones.

Los ojos del novelista adivinaron algo grave en los ojos de Heriberto. Tuvo el presentimiento de que una nueva fuerza iba a pesar en sus destinos. Se estrecharon las manos con ruda sacudida. "Te escucho", dijo el padre.

Y él habló con frialdad, como si contase una historia ajena y poco interesante. En la mañana anterior, al volver con varios amigos de un asalto de *boxe* sensacional, una procesión de mujeres les había cortado el paso, en el centro de Londres. Eran sufragistas; viejas damas de fervor agresivo y ojos iracundos; jóvenes melancólicas y de salud frágil que miraban como ovejas rabiosas. Dos bombos y varios pífanos sonaban incesantemente, y a su compás avanzaba la columna con la envidiable firmeza que proporciona la ignorancia del ridículo. Grandes tiras de lienzo entre dos palos ostentaban inscripciones: "¡Los hombres a la guerra!"

Una muchacha anémica y rubia, con impermeable viejo y los dedos usados — costurera o dactilógrafa, — se había detenido ante el grupo de elegantes. "¡Unos *gentlemans* tan fuertes y hermosos!... ¿Por qué no estaban en el ejército? ¡Si ella fuese hombre!"...

Se habían ruborizado ante estos ojos de admiración y de reproche, lo mismo que cuando hacían algo incorrecto al jugar, raqueta en mano, con una *miss*. Y después de consultarse con la mirada, se encaminaron al centro de reclutamiento más inmediato... Ya eran soldados.

El novelista vaciló sobre los pies. Esto, un leve estremecimiento de sus mejillas y el separar rudamente la pipa de sus labios, fueron los únicos signos de su emoción.

—¿Y has puesto tu firma? — preguntó intentando afirmar la voz.

—*Yes.*

—¿Y has jurado sobre los libros santos?

—*Yes.*

Dió unos cuantos pasos, sin saber lo que hacía. Indudablemente una nube acababa de pasar ante el castillo. Todo lo vió obscuro. Luego se dió cuenta de que estaba en un sillón, y su hijo, sentado enfrente de él, sonreía, con la rara sonrisa de los acontecimientos extraordinarios: intentaba animar a sir Horacio con el mismo entusiasmo que le había inflamado doce horas antes.

Su padre se preparaba a escribir hermosas historias de la guerra. El iba a hacerlas, a vivirlas.

Y el grande hombre, en todo aquel día y en los días siguientes pasados en Londres para despedir al voluntario, tuvo la vaga sospecha de que su hijo se consideraba superior a él.

* * *

La Agencia Walker Collins y Compañía empezó a inquietarse. Iban transcurridas varias semanas sin que el eminente autor diese señales de existencia, como si no le importase cobrar sus papeles a peso de diamante. En vano sonaba el teléfono, en vano el agente tomaba el tren para visitar el castillo.

¡Escribir!... Sir Horacio no había hecho otra cosa en su vida, relatando con ardorosa facilidad las aventuras de los seres engendrados en su cerebro. Pero ahora la novela era de verdad; ahora, uno de los héroes que arrostraban peligros y vivían acechados por la muerte, era su hijo.

Se encerraba en el estudio, arremangándose los brazos como un obrero atlético y encendía pipa tras pipa. Todo inútil. "No puedo" — murmuraba ante las páginas en blanco. Al tomar la pluma le parecía que iba a realizar una vivisección, a hacer experiencias en la carne de su hijo. Además, le faltaba entusiasmo. ¿De qué servía él, fantaseador a tanto la palabra? El mundo necesitaba ahora a otros hombres. El verdadero artista era Heriberto. ¡La acción!... Esto era lo hermoso.

Un día la maleta gloriosa emprendió el viaje a Londres. La casa Walker Collins y Compañía sonrió beatíficamente por la boca de su director, al ver un paquete de papel en las nobles manos del novelista. Luego torció el gesto. Era un estudio sobre la guerra; un cálculo de esperanzas e inducciones.

—Sir: eso es para los técnicos, para los corresponsales anónimos que firman "Un testigo ocular." El mundo espera otra cosa de usted.

Y volvió a acosarle durante unas semanas, con el feroz impudor del empresario que no repara en las emociones y sentimientos del artista sometido a su explotación. Al fin la Agencia recibió por segunda vez la visita del bolso de cuero. Ahora contenía una novela, una verdadera novela de incertidumbre y de lágrimas, que turbó muchos sueños y oprimió muchos pechos. Miles de madres gimieron con más desesperación al ver reflejadas en el papel sus propias angustias.

—No es esto — clamó Walker Collins y Compañía paseando a solas por su escritorio. — Las revistas se quejan. Todas las demandas en plaza son de energía, de relatos duros y brutales que fortifiquen el espíritu.

Y con la audacia del hombre práctico, capaz de soplar buenas ideas a un artista, visitó a sir Horacio en su castillo.

—Maestro: ¿si resucitásemos a Peter Carter?... ¿Si le hiciésemos marchar a la guerra como soldado...?

Peter Carter era el detective imaginario que había hecho la fortuna y la gloria de Watson. Este miró de pies a cabeza a su interlocutor, como si acabase de proponerle algo indecente.

—Se ha vuelto loco — clamó Walker al salir del castilo. — Le voy a poner pleito.

Pero una última esperanza le hizo insistir. Vigiló la vida del novelista por medio de sus criados, afirmándose cada vez más en la creencia de que tenía perturbadas las facultades mentales. Pasaba el día esperando la llegada de los periódicos para leerlos con avidez; iba tres veces por semana a Londres para visitar las redacciones mejor enteradas de los sucesos; se había ofrecido, con toda su gloria, para marchar a Francia como simple corresponsal de guerra.

Lady Watson iba abandonando sus gracias y mimos infantiles. Sentía cierto miedo ante el mutismo y las miradas inquietas de su ilustre esposo.

Una mañana Walker Collins y Compañía recibió por teléfono la orden de presentarse en el castillo. Tal vez acababa de nacer la novela tan esperada durante un año. El grande hombre no le recibió en mangas de camisa, como otras veces. Iba vestido de negro y tenía la pipa fría y olvidada sobre la mesa: un motivo de inquietud. Lady Watson rondaba por las inmediaciones del estudio, con un descuido de traje y de peinado nunca visto en ella, otro motivo de inquietud.

—Señor — dijo el novelista mirando al suelo, como si no viese al recién llegado. — Nuestro contrato queda roto... Estoy dispuesto a pagar la indemnización que se me exija.

Walker protestó, amenazando con cifras fantásticas para vencer esta resolución.

—Es inútil. No quiero escribir más mentiras. ¡Ay, la vida! ¡Qué novelas las de la realidad!...

La voz pálida y monótona del grande hombre impresionó al agente. Se fijó por primera vez en su rápido aviejamiento. Habían pasado veinte años sobre él desde la última entrevista. Sus ojos inquietos, de un temblor acuoso, iban hacia la mesa, con atracción irresistible. El agente siguió esta mirada... Un papel; un breve despacho telegráfico:

"Teniente Watson, muerto."

El curso del Rhin

Contados ríos en el mundo gozarán del prestigio de que goza el río Rhin, el poético río de las leyendas alemanas, que ve reflejarse en sus aguas tanto castillo, tanta edificación de los tiempos idos. El Rhin, en la edad media, era la gran vía comercial del centro de Europa y por ella subían los productos de las tierras lejanas. Quien tenía un castillo en sus riberas era un señor de importancia, seguro de que su poder sería omnipotente. Regía a su capricho, y todas las embarcaciones que por el río cruzaban, habían de pagar los tributos que a ellos se les antojaba.

Todos los castillos y edificios históricos del Rhin, que datan en su mayoría de los siglos XIII y XIV, tienen su leyenda.

Algunos de estos castillos se encontraban solitarios; en cambio otros se agrupaban como comunidad para apoyarse en las luchas tan comunes en aquellos tiempos.

El señor de Mauclair

Por Armando Silvestre

Cierta noche de invierno, fría y tormentosa, en una cabaña construída al abrigo de una colina, a medio kilómetro del camino que va da Saverdum a Pamiers, habitado únicamente por pastores, y que pertenecía a Juan Pibrac, se velaba contando historias al amor de la lumbre. El abuelo Marcel que era el más anciano del país, sentado en la única butaca, contaba la historia del señor de Mauclair Tirano, cuyo nombre se oía con terror en toda la comarca y del que el arruinado castillo se veía aún sobre una roca.

Durante la guerra de los albiguenses, que dejó en ella profundas huellas el señor de Mauclair al que Simón de Moufort profesa singular estimación, se había mostrado cruel hasta la exageración y defensor encarnizado de un dogma; se había hecho absolver de antemano para realizar sin escrúpulos de conciencia las mayores atrocidades. A la cabeza de sus hombres de armas se había lanzado sobre las comarcas vecinas matando, violando e incendiando, tratando de herejes a cuantos no le hacían entrega de sus bienes.

Después de haber agotado la serie de crímenes del señor de Mauclair, el narrador llegó a la parte sobrenatural de esta aventura.

A pesar de que hacía siglos que Mauclair había muerto, se había aparecido muchas veces después, habiendo sido reconocido por su traje, la cicatriz y el blasón que llevaba en su coraza; generalmente sucedía esto cuando reinaba mal tiempo, y él mismo, siendo niño, lo había visto durante una tempestad entre dos saúcos; pero con todo era raro que hiciese su aparición en el campo; lo más a menudo se le veía en la puerta de las casas con su legendario traje, y se le veía reír, produciendo terror su risa. El soldado Jerónimo preguntó con voz ligeramente conmovida lo que hacían en aquel caso, a lo que contestó Marcel que los más cobardes habían huído saltando por las ventanas, y los más valientes habían disparado sobre él y se había disipado como el humo.

En aquel momento se apagó el fuego; la habitación quedó sumida en la obscuridad. La tempestad sonaba furiosamente, y abriéndose bruscamente la puerta apareció en ella el señor de Mauclair, como si estuviera esperando el momento de entrar. Era imposible ya reconocerlo a la luz de un pálido rayo de luna; llevaba el casco con pluma negra; tenía la cicatriz en la frente, y en su coraza se veían grabadas sus armas.

El terror que su aparición causó fué espantoso: las mujeres cayeron de rodillas, invocando a la Virgen; los hombres se escondieron en los rincones, y al ver esta escena el infame se echó a reír a carcajadas de un modo insolente. El soldado Jerónimo no se pudo contener, y rápido como el rayo cogió una escopeta que estaba codgada en un rincón, le apuntó y disparó; pero no se desvaneció, como dijera el viejo Marcel, y se oyó, por el contrario un grito terrible, viéndose en tierra el antiguo caballero, que intentaba en vano levantarse y lanzaba suspiros angustiosos, quedando como muerto.

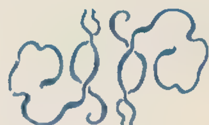
Entretanto, por el camino que va de Saverdun a Pamiers, y muy cerca de la casa de Juan Pibrac, rodaba un carruaje, en el que cabía muy cómodamente una familia y el cual iba tirado por dos briosos caballos de los Pirineos. En él iba la hermosa condesa de Santa Aldegonda, que, casada hacía sólo tres meses, reía locamente escuchando a su primo M. de Randal, que iba vestido de capitán da Caballería ligera de la épca de Luis XV, y la misma condesa llevaba un traje estilo Médicis que sentaba divinamente a su belleza, de líneas severas, pero de fisonomía movible y sonriente..., y este hecho ocurría porque era Carnaval e iban por el camino de Santa Aldegonda a la propiedad del vecino conde de Saverdun, que daba un baile de trajes en su castillo en honor del marqués de Azema, y al que asistían todos los nobles de las cercanías.

El señor de Santa Aldegonda, siempre burlón y enamorado de su joven esposa, había ideado reconstituir con este motivo el traje legendario del señor de Mauclair, del que no había olvidado ningún detalle.

El cochero había dudado del camino que habían de seguir en una bifurcación, y contento de poder estirarse las piernas había bajado el conde del carruaje para ir a pedir él mismo informes a la casa más próxima, que era la de Juan Pibrac. Ya es conocido el resto; la muerte fué causada de un modo involuntario, y gracias a las influencias se echó tierra al asunto y el conde apareció muerto en su cama por la ruptura de una aneurisma.

Dos años después, la hermosa condesa contraía matrimonio con el señor de Randal.

Conmemoración del 14 de Julio





Presidido por el embajador de Francia, señor Luis Jorge Clinchant y auspiciado por el Comité de Sociedades Francesas, realizóse el banquete popular con que la colectividad francesa, residente en la capital federal conmemoró el aniversario de la toma de la Bastilla. — Una instantánea de la cabecera de la mesa.



El embajador de Francia rodeado de un grupo de damas y caballeros que concurrieron a la recepción efectuada en los salones de la embajada, con motivo de la mencionada efemérides francesa



Una vista parcial de la concurrencia que asistió al baile organizado por la colectividad francesa y llevado a efecto en los salones de "Les Enfants de Beranger", en celebración del 14 de julio.



Vida forense

Doctor Julio A. Pérez Colman, distinguido jurisconsulto que después de desempeñar con marcado acierto durante siete años la fiscalía en el juzgado federal de Paraná, acaba de ser nombrado defensor de incapaces, ausentes y pobres en la capital federal.



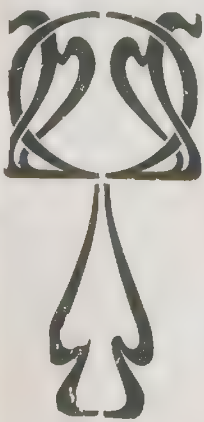
El Rotary Club realizó su sesión quincenal

El Rotary Club, llevó a efecto, en el Plaza Hotel, su reunión quincenal, a la cual asistió, como huésped de honor, el comandante Rodolfo A. O'Neill, jefe de la expedición llegada a bordo del hidroavión "Washington", procedente de Nueva York. — Vista de los miembros de la mencionada institución que concurrieron al acto.

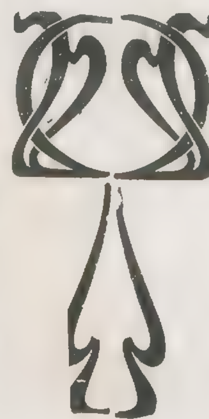




Demostración al teniente coronel Risso Patrón







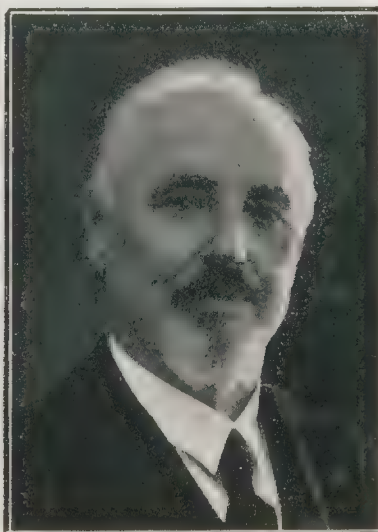
Con motivo de su reciente ascenso el teniente coronel don Publio Risso Patrón fué objeto de una afectuosa demostración consistente en un banquete organizado en su honor y servido en los salones de la confitería del Aguila. — Ofreció el acto el doctor Carlos Lamarque, a quien contestó el obsequiado. También hizo uso de la palabra el señor Atilio Larco. — La cabecera de la mesa.

Banquete al señor García



Un grupo de comerciantes, industriales y amigos del señor Adolfo A. García, gerente del Banco Popular Argentino, Sección Liniers, ofreció a dicho señor un banquete, con motivo de su reciente ascenso. — Vista parcial de los comensales que asistieron al acto, rodeando al obsequiado.

Bibliografía



Señor Emilio Coutaret, autor de la novela "Las Malvinas restituídas", recientemente aparecida.

Necrología



Señorita Amalia E. Clusellas, presidenta de la Cruz Roja, Sección Palermo recientemente fallecida.

Llegada del hidroavión "WASHINGTON"



El hidroavión "Washington", momentos después de acuatizar en nuestro puerto, terminando así, en brillante forma, el vuelo Nueva York-Buenos Aires.





El embajador de los Estados Unidos Mr. Robert Wood Bliss, saludando al piloto coronel Ralph A. O'Neill y a los demás tripulantes del "Washington", al pisar tierra argentina.





El coronel O'Neill acompañado de su esposa, de la señorita J. Gallbraith del piloto Cloukey y del ingeniero Leslie, los cuales hicieron la travesía Nueva York-Buenos Aires, a bordo del "Washigton".

Precoz guitarrista





Rodolfo G. Ferrero, precoz guitarrista que, por su dominio del difícil instrumento, se perfila como un notable cultor del mismo.



Norberto Eduardo Soñis

GENTE MENUDA



Carlos Ricardo Elleret





Hijitos del doctor Chamorro

AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)



Dib. de *P. Rojas*

(*Continuación*)

La noche a que me refiero dormí muy poco. Todo el hormiguero andaba de acá para allá, reinando grande excitación entre las masas. Sin duda que se estaban organizando los regimientos que debían formar la vanguardia, y que queríase estuviesen dispuestos para entrar en campaña desde el amanecer.

Muy temprano aún, Meg acudió a mi lado.

—Nuestros batallones van a ponerse en marcha, me dijo al penetrar en mi habitación. Se han mandado exploradores para vigilar los movimientos del enemigo.

—¿Creéis que éste está al tanto de la expedición que contra él se prepara?

—Sí por cierto. Las contrarias tienen sus espías que les enteran de todo lo que aquí pasa.

—¿De cuántos combatientes se compone vuestro ejédcito expedicionario?

—De dos mil. Pero, una vez en el bosque el ejército se despedirá; solo la mitad marchará contra el enemigo, y la otra mitad quedará de reserva.

—¿A qué cuerpo pertenecéis, querida Meg?

—A ninguno; yo no me muevo de casa. Las de mi edad no están en activo servicio.

En aquel momento llegaron algunas hormigas que hablaron en voz baja a Meg.

—Acabo de recibir, me dijo mi amiga, el encargo de participaros que mis hermanas verían con gusto que formaseis parte de la expedición.

—¿Para tomar el mando?... proferí mordiéndome la lengua.

Meg me miró estupefacta. Como un atolondrado acababa de poner en evidencias mi secretas esperanzas.

—No, replicó; quieren que las acompañeis para tocar alguna pieza durante la marcha.

—¡Ah!

—Me parece que no podeis negaros a lo que se os pide. Se cuenta con vos para animar a los combatientes.

—¿Tendré que llegar hasta el campo de batalla?

—No estaría de más; pero debo advertiros que sois libre de tomar o no tomar parte en la lucha. Mientras dure ésta podreis mantenerse a retaguardia.

—Siendo así, nada tengo que objetar.

De afuera llamaron a Meg. Fuése, y poco después volvió a mi lado, diciendo: Se os espera: el ejército va a ponerse en marcha.

—Os advierto que todavía estoy en ayunas.

—¡Andad, andad! Ya almozareis al primer alto que se llega. Perded cuidado; mis hermanas os tratarán mejor de lo que pensais.

Precedido de Meg me encaminé hacia una de las puertas de salida. Mentiría si dijera que en aquellos momentos mis ideas eran risueñas. La perspectiva de encontrarme metido en el berenjenal que se estaba preparando, no me halagaba poco ni mucho: verdad que no estaba obligado a tomar parte activa en el combate; más como forzosamente debía mantenerme junto a los combatientes, corría el riesgo de verme arrollado por algún cuerpo enemigo que podía hacerme prisionero y luego inmolarme a sus iras.

Cuando estuvimos en el campo llamóme extraordinariamente la atención del espectáculo que ofrecía los alrededores del hormiguero. Las hormigas, en número considerable, estaban apiñadas aguardando que se diese la señal de partir.

Al verme, todas sellaron los labios, fijándose en mí todos los ojos. Era evidente que sabían el papel que en el ejército iba a desempeñar.

Con toda gravedad escalé la cima de la cúpula, y después de meditar algunos instantes para ponerme en situación,decidí empezar mi papel despertando los sentimientos patrióticos de mi auditorio, exaltar luego su valor, animarle contra el enemigo, terminando con una sonata bélica. Tratábase de traducir esto por medio de gamas cromáticas y de gorjeos, cosa que consideraba fácil, pues asegúrase que la música expresa maravillosamente los sentimientos del ánimo, y que en circunstancias dadas reemplaza con ventaja a la palabra.

Parece que mi canto estuvo a la altura del asunto y que expresó cuanto acabé de decir, pues las hormigas, sin excepción, quedaron muy entusiasmadas. Lanzando el "do" de pecho final, resonaron algunos gritos de: ¡Viva el grillo! gritos que nadie interrumpió. Esto hacía augurar perfectamente para el porvenir.

Bien meditado, la guerra que íbamos a emprender podía adelantar mis asuntos: solo se trataba, pues, de vivir alerta y aprovechar la ocasión si se presentaba; y aún si era necesario, buscarla y producirla haciéndola redundar en mi favor; asirla por los cabellos, más que la pinten calva, y no dejarla. Hé aquí mi programa; si quería servir bien mis intereses, no debía desviarme un ápice de él.

* * *

Amonestóseme para que me pusiera al frente del ejército, lo que hice sin titubear, resuelto a aflojar el paso y a dejar, bajo cualquier pretexto, que el ejército desfilara y me tomara la delantera apenas divisásemos al enemigo. Para esto tenía mis motivos, pues consideraba un deber no exponer inconsideradamente a los azares de los combates mi existencia tal vez destinada a llevar a cabo grandes cosas.

Camino andando y entonando una marcha bélica, me hacía estas reflecciones. Formadas en cuatro columnas las hormigas, seguíame silenciosas.

Poco tardamos en llegar al linde del bosque, donde hicimos alto para tomar un bocado. Casi todas las hormigas habían tenido la previsión de llevar, entre sus mandíbulas, algunas provisiones de boca. Meg no se olvidó de su amigo el grillo, pues se me presentaron algunos soldados con un grueso terrón de azúcar a mí destinado, terrón que a duras penas podían arrastrar. Mentalmente agradecí la atención a mi vieja compañera, e hice honor a aquel manjar, lo confieso.

Mientras me regalaba con el azúcar, no perdía una palabra de cuanto se decía en torno mío.

Lo que más llamó mi atención fué el siguiente diálogo, hab[illegible] entre una hormiga vieja y una joven recluta. La primera era una de las que en tiempo atrás tomaron parte en la expedición contra las hormigas negras, y hablaba con la autoridad que dan los años y la experiencia.

—Cree, recluta,— y no lo digo en son de censura contra los jefes,— que este negocio ha empezado mal, y mucho me temo que las resultas sean peores. Ayer tu dudabas de que hoy, al despuntar el alba, íbamos a entrar en campaña:ya ves que te equivocaste. Vamos a empeñarnos en una guerra sin estar preparados, sin contar con aliado alguno, cuando tan fácil hubiera sido procurarnos el auxilio de las hormigas amazonas: luego, partimos a la buena de Dios sin saber cuándo, donde ni cómo encontraremos al enemigo. Las directoras dicen que poseen un plan excelente: apostaría una de mis patas contra no importa qué, que lo mismo han formado un plan de campaña que yo. Tambien dicen que han mandado algunos exploradores a la descubierta. ¿Los han visto partir, eh? Yo a nadie he visto, y esto que toda la santa noche [illegible]ve rondando por el hormiguero. Apostaría otra pata que la noche pasada, confiando una en otra las que nos han metido en tal belén, nada hicieron.

—¿De modo, tía Gibs, que, según vos, no vamos a colarnos directamente en el hormiguero del enemigo?

—¡Colarnos en el hormiguero del enemigo! ¿Acaso te figuras, ¡oh guerrero bisoño! que las contrarias se dejarán zurriagar sólo para que tú te cubras de gloria? Tenemos que habérnoslas con una república muy poderosa, y fuerza será que obremos maravillas si queremos adornar nuestras sienes con los lauros de la victoria. ¡Cuánto nos costó derrotar a las hormigas negras! Pues bien, las que ahora pretendemos humillar son más fuertes, infinitamente más fuertes que aquellas.

—Todo lo veis con tintes oscuros, ¡vieja miedosa! ¿Y nada pesa en la balanza nuestro valor probado?

—¡Ah! ¡ah! Sin duda que el valor es cosa buena, pero ¿para qué sirve cuándo se emplea mal? Repito que las directoras de esta expedición no saben lo que se pescan.

—Pura aprensión, achaques de la vejez. Estoy seguro de que si os hubiesen confiado el mando, no dudaríais del éxito de la empresa.

—He aquí retratada la juventud: presunción, poco respeto a los años y formando siempre castillos en el aire. Ya lo verás, ya lo verás.

—Cierto que sí. Observad que tranquilidad reina en el bosque: no se ve ningún enemigo. Apostaría que vamos a sorprenderle y que caeremos encima de los rivales como un alud, cuando menos lo piensen.



—¡Ah! ¿eso crees, amigo recluta?

—En el ejército todos opinan como yo.

—Por esto me lamento. Mucho me temo que las sorprendidas seamos nosotras; y hasta creo que no ha de pasarse mucho tiempo sin que se confirmen mis presentimientos.

—¡El diablo cargue con vos profeta de desdichas! Ahí teneis los exploradores que ya están de vuelta. ¡Y decíais que no se había mandado ninguno!

En un abrir y cerrar de ojos circuló por todo el ejército la noticia de que los exploradores habían recorrido el bosque sin encontrar a nadie sospechoso. Verdad que divisaron un pequeño destacamento del enemigo, pero al parecer se hallaba allí casualmente, y al ver a las nuestras se había retirado más de prisa.

La tía Gibs movió la cabeza como si dudara; pero habiéndose en el acto dado orden para proseguir la interrumpida marcha, no pude oir las palabras que profirió después.

Sucedió lo que Meg me había dicho: de las cuatro columnas que formaban el ejército, dos se detuvieron a la entrada del bosque. Las otras dos, compuestas de unos mil combatientes, mantuviéronse emboscadas.

Por aquel lado formaban el bosque árboles diversos, si bien dominaba la haya. El suelo, inculto o salpicado de musgo, ofrecía pocos obstáculos para la marcha; así fué que avanzamos rápidamente. Yo me mantenía a la cabeza del cuerpo de ejército y entre las dos divisiones, tocando la marcha bélica que había entonado al partir. Paulatinamente fuí acortando el paso, arreglándome de modo que quedase rezagado del frente de las columnas. El silencio que reinaba en torno nuestro no había sido turbado,y solo mis notas estridentes eran repetidas por el lejano eco del bosque.

Largo rato estuvimos andando sin que se divisara el enemigo en parte alguna. ¿Acaso tendría razón la joven recluta? decía yo para mi sayo. ¿Chochearía la tía Gibs? Empezaba a temerlo.

De repente nos encontramos en una hondonada, continuación probablemente de la que otras veces he mentado. Era bastante ancha y con escarpas a cada lado. Para salvarla requeríase en primer término bajar por el declive que teníamos a nuestros pies, y luego escalar el del lado apuesto. Este parecía bastante empinado, presentando su cima un reborde igual al que pocos días antes me había servido para guarecerme durante la borrasca: del otro lado no se veía enemigo alguno. La tía Gibs, que en aquel momento se encontraba a mi lado, propuso a sus compañeras encaramarse a un árbol para explorar el terreno; pero todo el mundo se le rió en las narices y por lo tanto no se atrevió a insistir.

Bajaron las dos columnas de hormigas, cual un doble torrente, por la primera pendiente, y en un momento fué invadida la hondonada.

Yo me había detenido en la cresta del declive, de suerte que dominaba la hondonada, la que me proponía atravesar cuando el grueso del ejército estuviese al otro lado.

Inmediatamente las hormigas treparon por la segunda cuesta, no tardando en encontrarse todo el ejército a espaldas del reborde que hace poco mencioné.

Aquella especie de muralla cortada apico no constituía un obstáculo para los hormigas, de suerte que pronto la hubieron escalado; pero llegadas al punto más alto, viéronse detenidas por la maleza, cuyas raíces, colgando en el vacío, formaban una barrera insuperable, aun tratándose de insectos tan ágiles e inteligentes como mis compañeras.

Produjose cierta confusión en las filas, causada por el precipitado descenso de las que, habiendo sido las primeras en subir, reconocieron la imposibilidad de pasar por aquel sitio.

Desde la atalaya donde me había instalado veíase sin embargo una a modo de sesgadura en el impracticable reborde; por esta sesgadura era fácil llegar hasta la meseta, sólo que no habían de pasar muchos combatientes a la vez.

Disponíame a indicar este desfiladero a las nuestras, cuando algunas se fijaron en él, y colándose por allí llamaron a las otras.

Entonces se detuvo el grueso del ejército, y una hilera de hormigas, parecidas a negro cordón, penetró en la sesgadura. Al cabo de media hora había, si no me equivoco, de cuatrocientas a quinientas, es decir, poco menos de la mitad del efectivo total.

Hubo un alto; luego se produjo una especie de remolino, y al poco rato ví que las hormigas próximas a la meseta rodaban sobre las que iban detrás.

¿Cuál era la causa de semejante incidente? Poco tardé en saberla.

Mientras las compañías más inmediatas a la sesgadura corrían para darse cuenta de la irrupción, en un santiámen vi cubrirse de hormigas el montecillo lleno de maleza que tenía en frente, las cuales empezaron a batirse, rodando agunas hasta la meseta inferior donde se mantenía inmóvil el resto del ejército.

(*Continuará*)

DE SAN JUAN. - Don Gerardo A. Coltella ha sido designado Oficial Mayor del Ministerio de Gobierno e Instrucción Pública



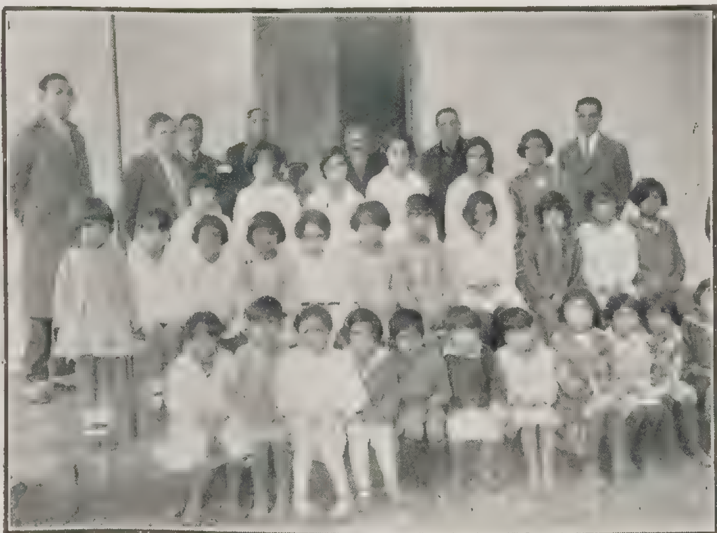
La cabecera de la mesa en el banquete que fué servido en honor del señor Gerardo A. Coltella, con motivo de haber sido recientemente nombrado Oficial Mayor del Ministerio de Gobierno e Instrucción Publica.

Gerardo A. Coltella, joven y activo funcionario de la Intervención en San Juan, acaba de ser ascendido del cargo de Jefe del Boletín Oficial que venía desempeñando con plausible eficacia, a otro que exigirá indudablemente la consagración absoluta de las condiciones relevantes que puso al servicio de aquel: a Oficial Mayor del Ministerio de Gobierno e Instrucción Pública. Su designación es por muchos motivos un acto de justicia, pero particularmente asegura en dicho alto puesto la acción inteligente de un meritorio ciudadano que a lo largo de toda su carrera administrativa ha sabido destacarse por su propio esfuerzo. De ahí la inmejorable impresión producida por su nombramiento en las esferas de la Intervención y en el pueblo sanjuanino, y que se puso de manifiesto en la demostración de que fué objeto en los últimos días.



Vista parcial de los comensales que asistieron al banquete ofrecido al señor Coltella, acto que se realizó en los salones del Hotel de la Castellana, de San Juan.

DE CORRIENTES



El gobernador de la provincia de Corrientes, doctor Benjamín S. González, rodeado de los alumnos de la escuela "Victorio Torrent", de San Lorenzo, después de la inauguración oficial de dicho establecimiento docente.



Vista exterior del nuevo edificio de la escuela "Victorio Torrent", recientemente inaugurado en San Lorenzo por el gobernador de la Provincia de Corrientes.

Fots. E. Ingimbert.

CACERIA DEL ZORRO



Organizada por el Club Hípico Alemán en honor del Club Hípico Argentino y de la Asociación Deportiva del Comercio, realizose en San Isidro la cuadragésima primera cacería del zorro realizada por la primera de las instituciones nombradas. — Vista parcial de los jinetes que actuaron en la mencionada excursión cinegética.



Señorita de Salomón



Señor Schlottmann director de la cacería.



Señor Carlos Moll, zorro que no fué atrapado.



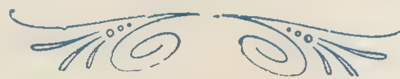
Señor Uhlitzsch y su esposa.





Señor Intendente:

VELANDO POR LA SALUD PUBLICA, EL SEÑOR CANTILO DEMOSTRO UNA VEZ MAS, SU DEDICACION A LOS INTERESES DE LA COMUNA. — ¿EN QUE QUEDO LA SOLUCION DEL PROBLEMA DEL TRAFICO?



POR LA SALUD PUBLICA

El Intendente Municipal adoptó severas medidas de higienización de los locales y vehículos de transporte público, como asimismo de los lugares de trabajo múltiple en los cuales se concentran las personas, a fin de poner un dique prudencial al avance constante de la "grippe", epidemia, que, aunque se presentó con caracteres benignos, no por eso dejó de revestir considerable importancia.

No necesitaríamos, desde luego, realzar el aspecto loable de esta resolución que con tanta oportunidad ha impartido el señor José Luis Cantilo. En general, cuanto se haga por poner a la población urbana a cubierto de cualquiera contingencia grave para su salud no debe merecer sino elogios. Nunca será excesiva la previsión en tal sentido. Principalmente teniendo en cuenta el aspecto álgido que en anteriores temporadas adquirió la "grippe" a punto de convertirse en una terrible y desoladora amenaza colectiva, es tanto más digna de aplauso la medida a que nos venimos refiriendo. Pero ella ofrece una faz interesante, que, naturalmente obliga a considerar la resolución del Intendente Municipal en su verdadera importancia.

Se trata de una resolución adoptada con fines permanentes y originada después de una serie de consultas con los peritos de salubridad, es decir, que no es una mera y episodica circunstancia su actual aplición, sino que responde a una idea práctica y constante que, fundada como lo está en la experiencia científica, asegurará para siempre la defensa de la salud pública en invierno, dentro de los medios humanos y de los recursos de que dispone la Comuna. En anteriores comentarios y refiriéndonos particularmente a la salud pública dijimos la necesidad que había de centralizar en autoridades competentes y activas la dirección de higiene de la Capital Federal, de modo que la labor de previsión y profilaxis pública respondiera a un plan y un criterio uniforme.

En cierto modo, la ingerencia directa del Intendente Municipal en el asunto responde a nuestro propósito. En manos de la más alta autoridad de la Comuna y de acuerdo con los antecedentes de aplicación e inteligencia que caracterizan al señor José Luis Cantilo en el desempeño de su cargo, es indiscutible que la salud pública está en lo sucesivo guarecida de contrastes epidémicos como los ocurridos en los últimos tiempos.

De tal modo, las autoridades de la Comuna prueban una vez más el criterio amplio y de desinteresado patriotismo con que vienen contemplando los problemas fundamentales de la masa ciudadana.



HAY QUE VOLVER A CONSIDERAR EL PERMANENTE PROBLEMA DEL TRAFICO

¿En qué quedó la solución del problema del tráfico? He ahí una pregunta que se formula el grueso de la población ciudadana frente al diario congestionamiento del tráfico urbano que tantos y tan cuantiosos intereses perjudica. Parece que el fracaso en la aplicación del último proyecto sancionado por el Concejo Deliberante fracasó, que, según es notorio, se debió a una huelga de chauffeurs desarrollada al amparo de las contemplaciones de las autoridades comunales, ha infundido a estas un desaliento que se manifiesta en la absoluta falta de iniciativas prácticas para la solución del problema.

En efecto, de entonces acá hemos visto complicarse e ir en aumento la vastedad del conflicto urbano, sin que de parte de las autoridades comunales surgiera ninguna iniciativa tendiente a resolverlo. ¿Es qué los chauffeurs se han erigido en árbitros de la situación? ¿Es qué se teme un nuevo conflicto como el anterior, que malogre el ensayo de la solución que quiera darse prácticamente al problema? No se concibe en modo alguno la debilidad de la autoridad comunal, cuyo principio ha quedado seriamente lesionado en aquella circunstancia. Entendemos que si no hay solución posible sin regularizar la marcha del tráfico por determinadas arterias céntricas — lo cual disponíase en el proyecto aludido — corresponde ir directamente al grano, prescindiendo de vagos temores de huelga.

En último caso, la Municipalidad tendría en sus manos los recursos naturales de represalias contra los enemigos de su autoridad, retirándoles la libreta de profesional. Lo cierto es que el problema del tráfico debe resolverse de alguna manera — no se resolverá por sí solo — y los chauffeurs no pueden hacer prevalecer sus intereses particulares sobre los intereses generales de la población y sobre la autoridad de los poderes constituídos.

No admitirlo así es dar pie a la prepotencia de un gremio limitado, muy respetable, por cierto, cuando se conduce dentro del orden natural de las cosas, y favorecer situaciones que, como en el caso de los contribuyentes que defraudan a la Municipalidad con el favor o la indiferencia de la Justicia, pueden tornarse realmente peligrosas para la Comuna.

La solución del problema del tráfico debe ser, pues, preocupación de la Intendencia y del Concejo Deliberante.

El tráfico y el tránsito urbano se hacen acentuadamente difíciles por momentos constituyendo el movimiento céntrico un problema de vital importancia colectiva, y es claro, repetimos, que ello no puede ni debe ser propuesto en beneficio de los intereses exclusivos de un gremio que, por otra parte, abusa de su fuerza material para imponerse. La Municipalidad, hemos dicho, tiene en sus manos los recursos necesarios para hacer primar su autoridad.



LA SOMBRA

Por Filiberto Burgos Jiménez

En los aledaños de la villa, Pedro había construído su cabaña a la sombra de un árbol gigantesco, cuya inclinada ramazón simulaba su cansancio de viejo guardián del paraje.

Allí buscó la paz para su vida de hombre de rudas faenas, y allí quiso que la canción de los pájaros en las mañanas cristalinas, y la visión de la montaña próxima, y el suave rumor del céfiro hiciesen siempre placentera la sonrisa de su hija Marta, flor de virtud para la que brillaba, magnífico, el sol de los veinte años.

Se dijera que el árbol hacíase poca cuenta de si cercana o distante vendría la Primavera. Mecía con leve movimiento sus vastas ramas, cuando aquella muchacha de los ojos de claro mirar, bella y armoniosa, iba a sentarse juto a él para dar aliño a sus cabellos rubios, o para tender la mano en cuyo hueco sonrosado las torcazas picoteaban el grano con delicia.

El fiero "Dick", membrudo mastín de la cabaña, sabía bien cuál era su misión cuando el amo marchábase al trabajo; y Marta le tenía siempre cerca, alegre y nervioso, dispuesto a dar el salto y usar los temibles dientes, ya contra un tigre, ya contra algún otro perro irreverente o quizás contra un hombre.

Pedro era feliz cuando tornaba al hogar, a la hora del crepúsculo, y salíale al encuentro su rubio tesoro, su linda muñeca viviente que le colmaba de caricias.

Momentos después, a las puertas de la cabaña, en compañía de su hija, olvidaba Pedro sus horas de escasa tregua en el fatigante laboreo de la mina, allá en las galerías donde los rudos brazos manejan el azadón que remueve la tierra obscura. Y meditaba largamente, y su sonrisa revelaba sus presentimientos... Marta sería dichosa. ¿Por qué no pensar ya en la fiesta de sus bodas? Algún día el príncipe iba a llegar en busca de ella, para llevársela a su mansión pintoresca, con risueños balcones cercanos a un jardín, lleno de rosas blancas y rosas rojas.

* * *

Una tarde en que Marta canturreaba un viajo son lugareño, llegó Pedro a la cabaña con aire taciturno. Inútilmente hubiese intentado ocultar el pesar que le ensombrecía el gesto.

Marta no tardó en saber lo ocurrido. Los obreros de la mina pedían aumento en el exiguo salario; pero no daba el patrón señales de querer transigir; y, como consecuencia, el Consejo de los descontentos había declarado la huelga.

La ausencia de mil brazos iba a dejar, desde la mañana siguiente, un velo de silencios interminables en las tortuosas galerías subterráneas. Y nadie podía predecir si esa quietud en la mina y las angustias de muchos, acaso se prolongarían por una o varias semanas.

Pareció afligirse Marta por todo lo que acababa de escuchar; pero se repuso pronto, y una encantadora sonrisa precedió a su respuesta:

—No desesperes, padre. Tenemos algunos ahorros, y, además, yo trabajaré para ayudarte a esperar que las cosas se resuelvan...

Pedro besó a su hija con la mayor ternura. Entró en la estancia, a pasos lentos, y en tanto Marta acudió a preparar la cena, él se puso a reflexionar acerca de los días futuros.

* * *

Bien pronto, la situación de los obreros comenzó a ser aflictiva. El tiempo pasaba, y con él alejábanse las esperanzas de un fácil arreglo. Faltaban brazos en la mina, el capital podía resistir, pero en los hogares humildes acechaba ya el fantasma de la miseria, con su risa trágica. ¿Qué hacer? Las quejas producirían desfavorable efecto, ante las arengas de los exaltados, que querían, a toda costa, proseguir la lucha hasta lo último.

De la casa de Marta huyó la paz de repente, como paloma asustadiza. Ella cumplió la promesa que hiciera, de ayudar a su padre, y halló trabajo en un taller del pueblo. Era Pedro el culpable; pues el hombre se dió a la bebida, trocando su sosegada vida de antes por la del empedernido trasnochador. Las palabras bondadosas y las lágrimas de su hija, no influyeron en su ánimo para hacerle variar de conducta.

Algo satánico hay en la atracción de la taberna, y hacia ella iba el infeliz, a vociferar y gestear en los lamentables sainetes de los ebrios. Volvía al hogar ya de madrugada. Entraba, después de abrir las puertas con estruendo, sin importársele el sobresalto de Marta.

Más de una vez, por el abierto postigo, asomaba la luna su redonda cara curiosa, para iluminar débilmente el cuadro: En un extremo del aposento, sin acostarse, Pedro discutía con seres imaginarios, y amenazaba con incendiar la mina dentro de pocas horas. En el lecho vecino, una mujer, temerosa, musitaba un rezo.

La luna sentía gran disgusto por lo que miraba.

* * *

Era en la taberna en el ambiente turbulento donde se respira olor a tabaco barato, y en donde las notas de un piano sin alma se confunden con los ecos de las risas y las voces ásperas.

Aquel hombre que desde su sitio de botellas y toneles lo contempla todo, ¿es Sileno, que preside con su grotesca mueca en la faz encendida? No. Es el tabernero, tipo desconfiado, con su panza a modo de odre repleta, y a quien importa lo mismo una puñalada sangrienta que una suspirante canción de amores.

Aquella tarde Pedro llegó acompañado de seis camaradas, que como él vestían la modesta blusa, y que ahora congregábanse para pasar las horas de forzosa holganza. Venían de la asamblea, donde se habló de la huelga y de lo que aún quedaba por hacer para que se escucharan las justas demandas.

Allá, la tosca mesa, las copas, la algazara, el insensible vuelo del tiempo... Tenían ánimo de discutir, y apuraban sin medida el líquido que hace arder el cerebro y presta creciente brío a las palabras. Insistían unos en que era preciso continuar la huelga, porque tal era el papel de los fuertes; en tanto exclamaban otros que nada se podía ya, cuando ha-

bía la queja de los amados seres mordidos por el hambre.

Aumentaba el desorden. Encarándose con los últimos, Pedro daba continuos puñetazos en la mesa hasta que alguien le gritó:

—¡Se puede resistir, por mucho tiempo cuando se cuenta, como tú, con una hija hermosa [illegible] con un galán rico para ella!.

En un ímpetu vesánico, apoderóse Pedro de una silla, y, esgrimiéndola contra quien acababa de ofenderlo, estuvo a punto de abrirle el cráneo; pero la [illegible]vención de los demás obreros evitó la tragedia.

El más viejo de los del grupo tomó entonces del brazo al padre de Marta, y casi a la fuerza lo condujo hacia un rincón de la taberna. Le hizo sentarse.

—Hay que tener calma, camarada — le dijo. — Nuestro amigo ha sido violento; pero te prevengo que debes buscar en sus palabras el fondo de la triste verdad. Es necesario que cuides tu casa; que vigiles a tu hija... La gente murmura; y es que por las noches, cuando han sonado ya las diez, un hombre se acerca a las puertas de tu cabaña, cauteloso como una sombra. Alguien, que le ha visto el rostro, asegura que es el dueño de un taller del pueblo.

Después, Pedro se encontraba solo. Había dejado de beber, y de bruces en una mesa, se entregó a sombrías reflexiones. En verdad, causaba lástima su aspecto de vencido. Por fin se puso de pie y salió a la calle, y tomó, precipitadamente, el camino de su casa.

Cuando llegó a la cabaña, encontró despierta a su hija, que se sorprendió de verle entrar a una hora que no era la de costumbre. Pedro aparentaba aire tranquilo. Descolgó el rifle, y mientras examinaba el arma, dijo a Marta:

—Tendré que dejarte por unos días. Me marcho de cacería con mis amigos; mañana, hacia los bosques lejanos. Cierto es, hija, que escasean las liebres; pero, a falta de ellas, cazaremos panteras, jabalíes o demonios...

Marta temblaba.

* * *

Después de cuatro días, Marta sufría inquietud sin límites por la ausencia de Pedro. En vano interrogaba a los amigos de su padre. Uno solo le había visto, muy de mañana, rifle al hombro, por la polvosa y larga carretera que se extiende más allá de la montaña, hasta internarse atrevidamente en los huraños recintos del bosque.

La noche trajo a Marta extraños [illegible] y [illegible] salir, sin saber con qué rumbo, en busca del ausente.

Desde la entrada de la cabaña ella contempló el pueblo distante, con sus mortecinas luces blancas, del otro lado, la montaña [illegible] [illegible] arriba, las blancas estrellas, indiferentes.

Le faltó valor para aventurarse por los tenebrosos caminos solita[illegible]

Penetró en la estancia, donde una lámpara esparcía vacilante claridad, y se tendió en el lecho sin desvestirse, y permaneció atenta [illegible] más leve ruido. Cerca, el perro [illegible] observaba con ojos compasivos y pensaba acaso que, en [illegible] situación, era deber de un [illegible] acompañante, pasarse la noche en vela.

Las ramas del árbol, al mecerse y rozar la techumbre, producían vagos rumores, a veces como de pisadas.

Pasaron algunas horas. De pronto escuchóse un silbido prolongado — dijérase una señal, cuyos agudos ecos fueron a perderse entre las invisibles túnicas que arrastra el viento. Luego resonó un disparo de arma de fuego, seguido de un lamento y del ruido de un cuerpo que cae pesadamente a tierra...

Aulló el perro. Marta se incorporó, llena de angustia; y en esos momentos abrióse bruscamente la puerta de la cabaña y apareció Pedro, con gesto terrible, sosteniendo el rifle en una mano.

Marta se precipitó hacia él, cuando corría fríamente los cerrojos.

—Padre — le dijo temblorosa. — alguien se queja y necesita auxilio. ¡Déjame ver, déjame ir!...

El hombre la rechazó con violencia, respondiéndole:

—¡Es la sombra; la maldita sombra que rondaba por allí, y que ha caído para no levantarse más! ¡Se callarán las lenguas que me insultan, y mañana tú llorarás tu falta y yo estaré en una celda estrecha, comiendo el pan honrado y duro de la cárcel!

Marta imploró aún:

—¡Déjame salir, padre! ¡Compadécete!

—¡Te anuncié que iba a cazar panteras o demonios! — rugió Pedro. — Alguien se muere [illegible] [illegible] de nosotros, y tú [illegible] quién es él y no ignoras que [illegible] ¡Mejor [illegible] [illegible]arte!

[illegible] su actitud ante la puerta era [illegible] resuelta, tan amenazadora, que Marta fué a desplomarse en el lecho, sollozante y vencida.

Pedro colgó el rifle a la pared y apagó la luz de la lámpara. Y el silencio se hizo al [illegible] silencio imponente, pavoroso, infinito, como el que pudiese haber en el hueco de una conciencia culpable.

Afuera, el viento húmedo, la noche dormida, el misterio.

La luna asomó su redonda cara curiosa por el abierto postigo de la cabaña, para iluminar débilmente la escena de un hombre que, con los brazos cruzados sobre el pecho, va de un extremo a otro, solemne, y pensativo, y una mujer acongojada que musita un rezo... Pero, esta vez, la luna tenía cara de espanto.

EL PODER DEL LLANTO

I

Dió el cielo a la mujer miles de encantos
y además de ser tantos
son éstos de un póder irresistible:
además de lo bueno y lo sensible
une al pudor, en cuya frente pura
todos beben su copa de locura,
el dejo celestial de sus acentos,
y unos ojos que ven los pensamientos.

II

Leyendo esto, el gran Lope recordaba
nuestra insigne escritora, y replicaba:
"¿Y a qué olvidar nuestro mayor encanto?
Para ablandar lo duro del destino,
ha dado Dios a la mujer el llanto,
que es lo que hay en lo humano de divino".

Ramón de CAMPOAMOR



El árbol de plata

El árbol de plata, "Leucadendron argenteum", R. Brown, una planta de adorno siempre verde, del Cabo de Buena Esperanza, forma con aproximadamente 1100 parientes cercanos suyos, una sola gran familia. Sería de suponer que este considerable grupo de plantas merecería un detallado capítulo de libros y estudios de botánica; pero no es así. Apenas si hallamos en ellos una rápida mención de esta numerosa familia. ¿Por qué será eso? Porque quitando aquellos que se interesan científicamente por la botánica, los demás solo se preocupan por el valor material estético de una planta. [illegible] cuanto se trata de este último, surge, invariablemente, la misma pregunta: ¿es de fácil cultivo y mucha ornamentación?

Aunque la familia del "árbol de plata" responde muy [illegible]riamente a todas estas exigencias, se ha visto relegada a jardines botánicos e invernaderos. Antiguamente debieron ocupar un lugar muy distinto, pues los viejos tratados sobre jardines y botánica se ocupan mucho más detalladamente de estas plantas "curiosas" recomendando su cultivo y encomiando con palabras entusiastas su maravillosa belleza.

Ya el solo nombre da que pensar y nos hace fijarnos en la fina observación de los botánicos de antaño. Se les llama "Proteaceae". Debemos este nombre a Linneo. Pero por muy significativo que sea, como hoy día ya no estamos tan al tanto de la mitología, necesita una aclaración. Proteo, dios marino, había recibido de su padre, Neptuno el don de la profecía. Con frecuencia se negaba a hablar, y para librarse entonces de los que le acosaban a preguntas cambiaba continuamente de forma. En tiempos de Linneo debía estar todo el mundo al tanto de quién era este dios, pues al exclamar el famoso naturalista sueco, asombrado por las muchas transformaciones del árbol de plata: "Esta planta es un verdadero Proteo", fué bautizada con el nombre de Protea.

El maravilloso brillo de raso que luce la planta en su patria, desaparece cuando es cultivada en otras tierras. El árbol de plata cambia de aspecto. En la serie "Hakea" es donde más claramente lo percibimos. En Australia del Este, su país natal, ha reducido sus hojas merced a la sequía y al sol abrasador, en agujas. Las plantas cultivadas en otras latitudes vuelven a desarrollar sus hojas. También varían, según el sitio en que se desarrollan, las demás características de estas plantas. Si, por ejemplo, las hemos trasplantado a un lugar seco, en seguida notaremos que aparecen en ellas las particularidades que exige el clima existente; cómo la capa felpuda que cubre las hojas para impedir la rápida evaporación. Estos y otros datos parecidos nos hacen los "proteaceae" botánicamente interesantes. Watson escribe que las flores en forma de alcachofa de la protea están de tal modo cuajadas de miel, que los boers no las llaman sino "Gotas de miel". Aprovechan esta miel para fabricar azúcar. Sin duda fué el bonito aspecto de las flores el que indujo al conocido botánico Hooker a considerarlas como plantas de porvenir para in[illegible]

El mayor descubrimiento

El invento del aeroplano y de la radio han sido considerados como maravillosos y útiles; pero analizando el fondo histórico de donde han salido esas maravillas históricas, ninguna de ellas hubiese sido posible sin los siglos de trabajos científicos que precedieron a esos inventos, sin la obra comenzada en el siglo XVI por Copérnico, seguida por Kepler y Galileo, cuyos descubrimientos hicieron ver por vez primera a la humanidad, a la naturaleza y a Dios; no con caprichosos sofismas, sino como otro mundo regido por una ley en el cual todo se podía conocer.

Este primer descubrimiento, hecho en los alrededores del año 1580, fué el descubrimiento más grande de todos los tiempos, porque antes de pensar en las aplicaciones de la enseñanza así adquiridas, el horizonte filosófico y religioso de la raza humana fué completamente modificado. Fué una revolución espiritual e intelectual, más que material; porque desterró el ideal monástico que había incitado a miles de seres a retraerse en sí mismos, negándose a llevar una vida útil al Mundo. Fué esta comprobación la que inspiró al hombre el deseo de conocer al Universo que habitaba para hacer una vida más racional. Esta inspiración fué seguida de dos siglos de pura ciencia, aplicada al desarrollo de las matemáticas y de la mecánica celeste, que permitieron comprender el movimiento de los cuerpos en el espacio.

Este conocimiento de interés abstracto fué, sin embargo, la base indispensable de la mecánica terrestre y del desenvolvimiento industrial que siguió casi inmediatamente al siglo XIX.

Las leyes de la fuerza y del movimiento, cuyo conocimiento era esencial para fabricar toda clase de máquinas, fué completamente desconocido del mundo antiguo hasta la época de Galileo.

La construcción del avión ha sido posible gracias al progreso en la fabricación de motores de combustible interno, habiendo sido éstos construídos por la aplicación de una de las leyes de la termodinámica, establecida después de cien años de estudios de la máquina de vapor, y ésta no habría nacido sin dos siglos de rebuscas concernientes a la mecánica celeste. ¿Y habría sido descubierta ésta sin la aplicación de las leyes de Galileo y Newton sobre la fuerza y el movimiento? Esta interpretación nos demuestra la verdadera relación entre la ciencia y la industria.

Respecto a la radio, cuya importancia económica es formidable, si la imaginación no puede retroceder a trescientos años, podrá uno por lo menos recordar hechos de hace diez y ocho años. Fué en 1910 cuando toda la estructura del arte de la radio fué definitivamente establecida gracias a las investigaciones efectuadas en los laboratorios científicos veinte años antes de soñar nadie en la aplicación industrial de descargas (electrolumínicas) en el vacío absoluto.

Lo mismo ocurre en todas las ramas del progreso humano. Sería difícil citar una sola excepción. He recibido unos tubos de muestra conteniendo cada uno un elemento del aire, azogue, oxígeno, hidrógeno. Parece útil mencionar que al principio de este siglo esos elementos gaseosos no tenían ningún valor ni industrial ni comercial. En cambio, ahora el valor de las fábricas y del material creados para el aprovechamiento de ese gas pasa de 300 millones de dólares.



—¿Qué ruido es ese que se oye en la Tierra?
—El que producen los que discuten si es verdad o mentira la asueroterapia.

La cadena de descubrimientos que dió ese resultado prodigioso se remonta a esa ciencia denominada inútil: la astronomía.

Pero para qué retroceder si hoy día no hay hombre inteligente que dude que nuestra prosperidad material nace del desenvolvimiento de la ciencia.

Pasteur era sólo un entusiasta sabio cuando escribía: "En nuestro siglo, la ciencia es el alma de la prosperidad de las naciones y la fuente de todo progreso."

Indudablemente las pesadas discusiones políticas parecen nuestro guía; pero son vanas apariencias. Lo que nos conduce con certeza adelante son los descubrimientos científicos y sus aplicaciones.

H. G. Wells hablaba neciamente cuando decía: "Cuando se escriba la Historia Intelectual de nuestros días, no habrá nada tan sorprendente como el abismo entre las magníficas y fructuosas investigaciones que se persiguen y el [illegible] general de otros sectores instruídos. No voy a decir que los hombres de ciencia sean de una clase distinta del resto de los mortales, mas en su esfera de actividad trabajan y piensan con una intensidad, integridad, largueza audacia, paciencia y profundidad, que ponen su obra fuera de la comparación de otras de la humanidad. En este camino, el ingenio humano ha alcanzado nuevas cualidades, más elevadas, de una veracidad, de un desprendimiento, de un vigor de crítica, que tiende a extenderse y debe eventualmente extenderse a todas las ocupaciones del hombre.

Quisiera haceros ver, aunque sea una extravagancia, lo que debía pasar dentro del espíritu de esos autores cuando escribían así, y creo conseguirlo haciendo una analogía entre la vida de la humanidad en general y la del hombre como individuo.

¿Qué sabemos de la duración de la vida de la humanidad? Hace cien años ignorábamos todo. Desde entonces se han hecho descubrimientos científicos, generalmente considerados sin importancia, pero que cambiaron fundamentalmente nuestras ideas sobre la naturaleza y de nuestra relación con ella.

Sabemos que nuestro mundo existía probablemente en su estado geológico actual (temperatura, etc.) hace más de un millar de años, y nuestra raza puede contar ocuparlo otros tantos años. Además, el ser humano no existía en su forma actual hasta hace veinte mil años, probablemente cincuenta mil; de todos modos un tiempo ínfimo comparado con el porvenir que le queda.

Esto me hace discutir brevemente sobre la oposición que se manifiesta contra el progreso de la ciencia hasta por personas [illegible] gentes. Aseguran que el arte y la belleza son incompatibles con la ciencia. El temor del saber es muy antiguo. ¿Pero quién quiere volver al tiempo primitivo? ¿No está cada adelanto lleno de belleza y de alegría?

Nuestro deber es el de crear, [illegible] parar, belleza y alegría, antes que volver los ojos lacrimosos hacia el pasado, y entrever las vías del progreso. La verdadera cuestión no es el saber si la ciencia es buena para nosotros, materialmente o artísticamente, porque la ciencia no es más que el conocimiento, y el conocimiento es siempre útil. La única verdad es saber que la pura ciencia y las ciencias aplicadas continuarán progresando y ser estimuladas, porque, como decía Pasteur: "Eso es lo que únicamente nos guía hacia adelante."

N. N.

La "sonda eco"

El vapor pesquero "Loughrigg", de la matrícula de Fleetwood ha realizado experiencias de un nuevo invento aplicable a las operaciones de pesca, conocido con el nombre de "Sonda Eco", y que puede utilizarse para el descubrimiento de bancos de pesca situados a profundidades considerables.

El patrón del "Loughrigg", capitán John Holmes, ha manifestado haber encontrado en el nuevo invento un notable auxiliar para mantener la comunicación con los bancos de pescados y seguir sus movimientos. El instrumento registra la profundidad del agua hasta un máximum de 720 metros, e indica los cambios que se operan en este sentido, a razón de 60 metros por minuto.

El capitán Holmes ha dicho lo siguiente:

"He podido averiguar la situación de los bancos de pesca a trescientos metros de profundidad y, por medio de la "Sonda Eco", he mantenido las redes a este nivel y conservar el contacto con el pescado. Por el procedimiento antiguo de sondaje, estas operaciones no podían llevarse a cabo cuando el vapor arrastraba las redes.

La "Sonda Eco" — terminó diciendo — no sirve actualmente para descubrir la pesca; pero una vez localizada ésta, permite mantener la red al nivel debido, en lugar de tantear en aguas más o menos profundas, con peligro de perder el hallazgo."

Entre búfalos

(Memorias de un naturalista)

Curiosas son las Memorias de Bill Morrigon, el naturalista escocés, respecto a ciertas especies de animales. En ellas, en forma amena de relato, se dan detalles curiosos.

Hablando de los búfalos, dice dicho naturalista:

"Cuando yo visité los bosques de la Montaña Azul, llevaba el propósito de fotografiar a los búfalos, lo que pude lograr a costa de grandes dificultades. Después de hacerlo, se nos presentó la parte más difícil, la de separar los hijos de sus madres, las hembras que habíamos seleccionado para los experidentos.

Los diferentes corrales donde se encontraban los búfalos estaban próximos los unos a los otros, y con un rápido abrir y cerrar de puertas, pronto tuvimos a las madres reunidas.

Esta separación no evitó la excitación de que estaban poseídos los ejemplares jóvenes. Estos retrocedían, en tanto que las madres, al oír los gemidos de los hijos, arremetían contra la pared, divisoria, queriendo juntarse con ellos.

La labor siguiente a realizar era la de recoger las crías y ponerlas dentro de los locales preparados. Para lograrlo, yo tenía una buena idea, que consistía en sacar los terneros, uno a uno, bajo una compuerta, e introducirlos en el departamento situado al final de una especie de canal. Pero fracasé en mi propósito. Aquéllos retrocedían asustados.

Entonces decidimos cogerlos con la mano. Eramos cinco para conseguirlo. Cada vez que nos proponíamos capturar a uno de aquellos animales, éstos corrían desenfrenadamente, y eran a modo de proyectiles vivientes: tal era la velocidad a que cruzaban ante nosotros.

A duras penas pudimos capturar a cuatro, y con ellos partimos camino de nuestra casa. Buscamos al momento dos vacas para que nos abastecieran de la leche necesaria para criar a aquellos búfalos huérfanos.

Una vez instalados, practicamos una abertura y por ella lanzamos los reflejos de una linterna. Cuando los búfalos veían proyectarse su sombra sobre la pared, las tomaban por probables enemigos y se arrojaban sobre ellas furiosos.

No podía, no, manejar a estos pequeños huéspedes, y entonces recordé que los ciervos, cuando se les coloca en la oscuridad, no luchan ni esquivan, sino que permiten que se les maneje sin resistencia. Y pensé que esto mismo podría suceder con los búfalos. Fué quitada la luz y entré en el recinto; al momento uno de ellos me encontró, y a poco yo no tuve noción de lo que me sucedía; parecía que de todas partes acudían a toparme. Tuve que retirarme fracasado.

Mi compañero, rogó le entregase dos de ellos para devolvérselos a sus madres. Así lo hizo, y entonces yo llamé a uno de mis criados para dar a los otros dos búfalos su primera comida. Cada uno de nosotros nos proveímos de una botella de leche, con cuello de goma, a modo de los biberones de los niños.

Dirigí mi botella hacia el búfalo más cercano, pero al momento aquélla estaba hecha mil pedazos. Habíamos fracasado nuevamente.

Pero pudimos conseguir nuestro intento y logramos cada uno coger a un búfalo, y atándole de modo que no pudiera menearse, les obligamos a apurar el contenido de las botellas. A las siete de la tarde fué repetida la maniobra, pero a las diez, cuando les íbamos a suministrar la última comida del día, uno de los búfalos se dirigió hacia mí, cogió la goma de la botella y empezó a succionar la leche, como si hubiera sido un cordero. Desde este instante el problema de la alimentación de nuestros jóvenes huéspedes estuvo resuelto.

Cuando les fué familiar el uso de la botella, se les puso la leche en un recipiente como los que se utilizan para que el ganado abreve. Una noche, en tanto que bebían, yo arrojé sobre la cabeza de uno de ellos una collera, a la que iba adaptada una cuerda. Al pronto, empezó a dar sacudidas, como perro al que por primera vez se le pone collar, pero no tardó en calmarse. Los primeros días que yo le conducía no quería nada más que andar; después empezó a trotar y comprobé que trabajaban mejor juntos que separados.

Cuando tuvieron diez semanas se les puso un yugo, que resistieron al principio, y se les fué habituando al transporte llevando pesos ligeros, linos o piedras de poco peso que se les colocaba bien sobre la grupa.

A los cinco meses eran unos ejemplares fuertes que podían substituir a los bueyes en las faenas campestres y conducir un coche de poco peso. Se les construyeron unos arneses especiales y tuve el orgullo de que los que yo dispuse fueron muy semejantes a los que, para evitar accidentes, diseñó después *The American Bison Society*.

Y me hicieron representar un gran papel. Constantemente aparecían labrando los campos, en los paseos públicos tirando de mi cochecito. Trabajaban y galopaban ante la asombrada multitud, que no tardó en convencerse de lo útil que esta clase de ganado podía ser con una domesticación acertada. En Wonester se exhibían con frecuencia y el pueblo de Wonester, encantado, se aprestó a dar su dinero para levantar la *American Bison Society*. En cualquier lugar que los presentase obtenían un éxito.

Su última presentación en público fué en un gran concurso en Watewille, Maine. Contaban entonces dos años de edad y habían vencido en cuantos concursos tomaron parte.

Yo quedé convencido de que el búfalo es un animal admirable, cuya alimentación y cría debía fomentarse, y de lo que con ellos puede lograrse dan testimonio las fotografías que tomé entonces.

* * *

Existe en el monasterio de Isanowa, en Mandalvia, una variedad de búfalos blancos que los monjes de dicho monasterio cuidan con gran esmero, por lo rara que es esta especie y lo escaso de los ejemplares a ella pertenecientes.

Cuando nace uno de estos animales se hacen grandes fiestas en todo el país y los monjes obsequian a las gentes con donativos y convites.

Probablemente, este regocijo y el respeto que a estos animales se les tiene, radicará en ciertas prácticas supersticiosas que tienen ciertas religiones. Así los siameses adoran al elefante blanco y no deja de ser curiosa la veneración que hacia los animales de color blanco guardan los pueblos que practican religiones primitivas, cuyo culto fetichista no ha cambiado en el transcurso de los tiempos. El búfalo blanco no es privativo de esa parte de Moldavia, sino que en otros lugares del sur de Europa también existen búfalos de ese color.

* * *

En épocas pasadas ha sido costumbre en algunas regiones de Italia, en particular en las cercanías de las lagunas Pontinas, celebrar corridas de búfalos.

El búfalo es animal que se excita fácilmente, y sus acometidas son peligrosas.

UN EMPRESARIO

Marcos Latuile, empresario del teatro de las Fantasías Andinas es un tipo admirable. Ninguno de sus artistas ha logrado de él el menor adelanto de dinero, y en cuanto a sus acreedores, han tenido que cobrar el importe de sus facturas revólver en mano. Sus socios han perdido ya toda esperanza de ver llegar la hora del reparto de beneficios. Sólo un perfecto conocimiento de las mallas del Código le permiten seguir explotando su teatro.

Días pasados, el actor Labize, agotada su paciencia, intentó una brusca ofensiva. Entró de repente en el despacho del empresario y audazmente pidió una cantidad a cuenta de sus sueldos devengados.

—Hace tres meses que no cobro—gimió.— En el restaurante ya no me fían, y no encuentro quien me haga un traje a crédito. Necesito dinero; no mucho. Con 300 francos podría salir adelante.

— ¡Trescientos francos! —respondió Latuile—. ¿Se burla usted?

Y señalando impasible la caja, prosigui:

—La caja está vacía.

—Está bien. Entonces deme usted solamente cien francos.

—¡Quién los tuviera!

—Cincuenta. ¿No? Un luis.

—¿De dónde lo saco?

—Pues deme diez francos para almorzar hoy.

—¡Diez francos! ¡Usted se ha empeñado en arruinarme! Ya hablaremos el mes que viene.

Entonces ocurrió algo que al mismo Héctor Latuile le sorprendió. El desdichado Labize sacó de su boca un soberbio puente y lo dejó fríamente sobre la mesa.

—Puesto que me niega usted hasta el dinero para comer, aquí tiene esto. ¿Para qué lo quiero? Me quedo con un solo diente, que utilizaré contra usted.

Y sin saludar salió dignamente, dejando a Latuile un poco sorprendido.

Al día siguiente, el actor, que había dado en otra parte un sablazo que le prometía un suculento almuerzo, entraba de nuevo en el despacho de Latuile.

—Sin rencor—le dijo—. Olvidamos lo de ayer. Vengo a buscar el depósito que le dejé.

—¿Ya?—dijo Marcos Latuile sonriendo—. Amigo mío, no creí que vendría usted tan pronto a pedir su puente; y como estaba montado en oro lo he llevado al Monte de Piedad. ¡Como tenía que pagar a los tramoyistas!

José DE BERIS

La gloria de la felicidad

Por Panchita SPOSITO DE GARCIA

—No nos entendemos Ricardo...

—Pues, entenderme a mí es lo más sencillo del mundo. Yo soy como un libro de lectura elemental, cualquiera que tenga simples nociones de la vida puede leerme en todas mis páginas. Letra grande, frases fáciles.

—Muy bien, seré ya la complicada.

—No Isabel, no hay complicaciones. Tu ambición es legítima. Aspiras a la gloria, lo que es una cosa muy justa, muy en caja del más perfecto equilibrio.

—¡Y tú, encambio!...

—Déjamelo decir a mí. — Yo, en cambio, no tengo aspiraciones en el eco de la multitud. — Creo en la gloria de un hogar confortable; tú cada día superándote como la reina de ese hogar, hijos lindos, sanos; amigos, pocos y buenos; nada de complicaciones. Es decir, la aproximación de la felicidad, ya que el premio gordo no es posible en la lotería de la vida.

—Pues, yo he de ser artista y triunfaré!...

—Sí, Isabel!...

—Y tú, vendrás conmigo, triunfarás, pues te sobra talento. Haremos una pareja envidiable...

—No, Isabel...

* * *

Ella era una chica de dieciocho años, morocha, esbelta, llenos de luz sus grandes ojos. Le sobraba talento y disposiciones para el teatro. Disposiciones que dormían cuando Ricardo la conoció, un año antes, cuando comenzaron su noviazgo. Un primer papel, en una comedia de aficionados, fué la chispa.

A pesar de la fría oposición de Ricardo, que resolvió indeclinablemente romper su compromiso, ella entró en el teatro.

—El primer día de tu presentación en un escenario, será el último de nuestro noviazgo. Desde entonces seré tu amigo, tu mejor amigo. Nada más, mi novia habrá muerto.

—Báh!... respondió Isabel, convencida de que ningún hombre joven puede sustraerse a la influencia de una gloriosa artista.

Se equivocó Isabel. Ricardo se había hecho una firmísima concepción de la vida, tal como se la había trazado a su novia. Sintió la desilusión del encanto roto, pero no lo impresionó la actriz, ni aún en el apogeo de sus triunfos, que fueron rápidos y de fondo. Su nombre conquistó en seguida la aureola de la fama. Ricardo lloró mucho, para adentro, a su novia perdida, pero se sintió siempre un extraño frente a la mujer en las tablas. Por su parte, Isabel, embriagaba de gloria, fué alejando la imagen del que consideraba un terco sin idealidad. Sin embargo no tuvo amores de ningún género. Su arte y el aplauso la absorbían por entero.

Empero, un día, sin saber porqué sintió como la nostalgia de su antiguo novio. Lo mandó buscar.

—¿Cómo es que no vienes nunca al teatro a verme trabajar? — le interrogó.

—Mi mucho trabajo — respondió él. — Me canso demasiado durante el día, y cuando tengo una noche despejada, en verdad prefiero la música...

Isabel quedó perpleja. Aquel sufragio que le faltaba la mortificó, con el valor de una obsesión. Por primera vez trabajó con desgano, el público correspondió, con frialdad, a su abandono. La crítica revisteril juzgó al día siguiente, que debía de estar enferma. Alguno, más severo o más envenenado, le dió, lo que en la jerga teatral se llama: "un palo".

Con sorpresa advirtió Isabel que no la emocionaba esta primer falta en su carrera. Pensándolo bien notó que la gloria la empalagaba. Sintió el fastidio de su fácil triunfo. Palmas, alhajas, flores, elogios, empezó a resultarle indiferente. Fuera del éxito material, no hallaba estímulo. Esa misma facilidad de ganar dinero no la compensaba. No era dueña de sus horas. Carecía, hasta de descanso. Atada por un contrato largo le era imposible tomarse unas vacaciones, que le hubieran permitido darse cuenta de su verdadera situación moral.

Creyó en un surmenage. Consultó médicos, que la hallaron bien, recetándole algún tónico nervioso por cumplimiento profesional. Al fin comprendió su mal. No tenía vocación. Sólo la ambición la había movido, y hoy ésta se orientaba hacia la felicidad que ni la riqueza ni la gloria pudieron darle. La imagen de Ricardo, se le presentó con mayor fuerza. Cediendo a su orgullo, creyendo estar segura de ser aceptada con entusiasmo llamó otra vez a Ricardo.

—He resuelto dejar el teatro.

—¿Por qué? — interrogó Ricardo muy sorprendido.

—Porque comprendí, aunque un poco tarde, que tú tienes razón. Tengo gloria, pero no soy feliz...

—¿Y qué piensas hacer para conquistar esa felicidad?

—¡Y tú me lo preguntas? — respondió ella adoptando una actitud mimosa y acariciante, pero la de Ricardo la dejo helada.

Este había extendido el brazo como para rechazarla. Obstinado miraba el suelo rehuyendo la mirada luminosa de su ex novia.

—Perdona, Isabel... No puedo arrancarme de mi papel de "el mejor amigo". Tú mataste al amante rendido y apasionado. La imagen que yo me había forjado sobre mi vida se ha roto. Es tarde...

—¡Dudarías tú de mi honestidad? — clamó ella, como herida por una idea que hacía sangrar su orgullo.

—Sería capaz de matar al que dudara de ella — respondió con vehemencia Ricardo.

—¡Entonces, qué? ¿Es posible que tu amor se haya desvanecido?...

—No solamente mi amor, Isabel, sino también mi optimismo. No solamente ya no te quiero para esposa, sino que me ha entrado la desesperanza de hallar otra, que llene el cuadro de mi ilusión. Te quería mucho, Isabel. No te imaginas el destrozo que hiciste de mi vida.

—No creo en ese cariño que no ha podido resistir tan insignificante prueba.

—No fué insignificante. Jamás volveré a encontrar a mi Isabel, sencilla, modesta. Eres ahora una mujer tocada por la gloria... y este rival acabaría siempre por derrotar al marido... al marido como yo lo entiendo y quiero serlo.

Isabel abatió su cabeza y lloró.

Montevideo.

Cambiar de tarea es una forma de descansar

Interesantes experimentos sobre los resultados de los diferentes métodos de trabajo han sido realizados por industriales americanos.

Una pequeña fatiga requiere, para que el organismo recobre toda su capacidad laborativa, un corto período de reposo; un doble grado de fatiga requiere más del doble grado de reposo.

La experiencia ha sido hecha con muchachas que doblan pañuelos.

Normalmente, no tienen más descanso que el que les proporciona el corto intervalo en que renuevan las provisión de piezas por doblar y entregan las piezas dobladas.

Puestras las muchachas en las mejores condiciones de trabajo, fué dividida la hora de labor en diez partes de seis minutos cada una.

La obrera, en las primeras cuatro partes de la hora así dividida, es decir, hasta el minuto veinticuatro, trabajó cinco minutos y reposó uno, quedando en buenas condiciones para reanudar el trabajo siempre sentada.

Durante los siguientes doce minutos la muchacha trabajó en pie cinco minutos y reposó uno.

Durante los siguientes diez y ocho minutos trabajó con el mismo ritmo, ya sentada, ya en pie, como le agradase.

El último período de seis minutos fué reposo menos en las dos horas que precedían al almuerzo y la salida, en que todo descanso estaba suprimido.

El resultado de las experiencias americanas ha sido este: que con tal cambio de rutina las muchachas dieron un rendimiento "triple", llegando al fin de la jornada mucho menos cansada.

Millonarios ingleses

Según las estadísticas, existen en Inglaterra 562 millonarios.

Se entiende por millonario al que disfruta anualmente de una renta de 50.000 libras esterlinas por lo menos. Un 38 por 100 de los 562 poseen más de 100.000 libras de renta annal.

La casa maldita

Viajábamos una vez a través de las regiones desiertas por donde el carro triunfal de Su Majestad el Café pasara otrora empujado por el Negro, cuando las nubes, que cubrían el cielo casi por completo, comenzaron a tornarse más negras y compactas.

Señal infalible de lluvia.

—No hay duda — dije a mi compañero. — ¡Tenemos lluvia! Debemos resguardarnos cuanto antes, que el agua es de temer por estos rumbos.

Miramos a nuestro alrededor. Mis ojos se perdían sin divisar en lontananza ni una choza de paja.

—¿Y ahora? — preguntó desorientado mi compañero, el marino Jonás, que todo lo fiaba a mi experiencia.

—[illegible] galopar. Detrás de aquel espigón hay una "fazenda" en ruinas, que aunque dicen que está maldita es el único oasis posible en esta emergencia. Es "la casa del infierno", según el decir de los labradores.

—Pues vámonos al infierno, ya que el cielo nos amenaza — contestó Jonás espoleando a su caballo y siguiéndome por un atajo.

—¿Tienes valor? — le grité—. Mira que es una casa maldita!

—Bendigo el encuentro! Hace años que trato de tropezar con una sin que me haya sido posible encontrar nada que valga la pena. ¿Cadenas que se arrastran?

—De labios de un negro viejo, que fué esclavo del difunto capitán Alejo, fundador de la "fazenda", he oído cosas estremecedoras.

—Estremecedoras para tí que a mí, bien los sabes, sólo me hacen [illegible] gemecer las corrientes de aire — [illegible] Jonás con su flema [illegible].

—Te creo, pero apresúrate que el diluvio no va a tardar.

Ennegrecióse el cielo. Fulguró un relámpago, seguido de un trueno formidable que fué a perderse a lo lejos. Las primeras gotas empezaron a caer sobre la tierra reseca.

—¡Espolea! ¡Espolea!

En pocos minutos atravesamos el espigón, detrás del cual surgió, medio escondida entre los matorrales, la casa maldita. Las gotas de agua se habían convertido ya en una lluvia [illegible] las [illegible] de los animales chocaron contra las piedras de la explanada. Seguimos hasta un cobertizo, donde nos apeamos, sofocados, [illegible] a salvo de la mojadura.

Y [illegible] se desencadenó [illegible]samente, tal como debió ser el [illegible] bíblico del diluvio universal.

Examiné nuestro refugio. Un cobertizo para carros y ganado, medio derruído. Los puntales que servían de sostén al muro estaban al descubierto; los frecuentes chubascos habían horadado el suelo.

Más allá, a poca distancia del cobertizo, se erguía la casa grande apenas perceptible a través de la cortina de agua.

La lluvia seguía cayendo. Y la tormenta despertaba ecos por los cerros del llano.

Mi amigo generalmente tan tranquilo y alegre, comenzaba a exasperarse:

—¡Qué tiempo maldito! ¡Ya no podré almorzar mañana en Vassouras, como quería!

—Lluvia de tormenta no dura una hora — le consolé.

—Sí; pero ¿nos será posible llegar hoy a la pulpería de Alonso?

Consulté mi reloj.

—¡Cinco y media! Es tarde. En vez de Alonso tendremos que quedarnos con Alejo. Y dormir con las brujas y con el alma del capitán infernal.

—Gracias a eso — filosofó el impenitente Jonás—. Por lo menos, tendremos algo que contar mañana.

El temporal duró media hora: luego, los relámpagos fueron espaciándose y los truenos tableteaban muy lejos de allí. A pesar de la proximidad de la noche, disponíamos todavía de una hora de luz para explorar el terreno.

—Ha de vivir cerca de aquí algún negro—dije yo—. No existe "fazenda" abandonada sin ningún esclavo viejo.

— Cabalgamos de nuevo y nos pusimos a recorrer los contornos.

—¡Acertaste, amigo! — exclamó de repente, Jonás, divisando un ranchito levantado a unos doscientos pasos de distancia.

Hacia allá nos dirigimos, y ya cerca de la casa gritamos:

—¡Ah, de la casa!

Se abrió la puerta apareciendo un negro viejo de cabellos grises. ¡Con qué alegría lo saludamos!

—¡Viva al padre Adán!

—¡Alabado sea Cristo! — respondió.

Era de los legítimos.

—Así sea — dije yo—. La lluvia ha interrumpido nuestro viaje. El amigo Adán ha de...

—Benito, para servir a los blancos.

—El amigo Benito ha de hospedarnos por esta noche.

—En buena hora—dijo Jonás —pues tengo el estómago vacío.

El excelente negro sonrió, dejando al descubierto su blanquísima dentadura.

—Pueden apearse — respondió—. Casa de pobre, pero de buen corazón. En cuanto a comer, comidita de negro viejo ya saben...

Nos apeamos alegremente.

Desarreamos las bestias y después de soltarlas, penetramos en la casita, que era demasiado pequeña para albergar a los tres.

—Amigo Benito, aquí no cabemos tantos. Lo mejor será acomodarnos en la casa grande, que esto no es casa de bicho viviente, es nido de...

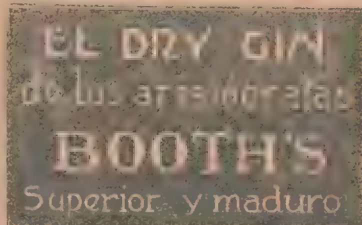
—¿Los blancos quieren dormir en la casa maldita? — exclamó asombrado el negro—. No se lo aconsejo, no. Ya hizo alguien eso; pero luego se arrepintió...

—Nosotros también nos arrepentiremos, pero mañana, después de haber dormido.

Y como el negro abriese la boca para insistir, Jonás agregó:

—¡Tú no sabes lo que es valor, Benito! ¿Está abierta la casa?

—La puerta del medio está cerrada y los goznes enmohecidos,



pero podrán abrirla a fuerza de hombros.

—¿Hace mucho que está abandonada?

—¡Quince años! Desde que murió el último hijo del capitán Alejo quedó así... Nido de murciélagos...

—¿Y por qué la abandonaron?

—Locuras de mozo. Para mí, castigo de Dios. Los hijos pagan a veces las ruindades de los padres, y el capitán Alejo. ¡Dios me perdone!, fué malo, malo, muy malo...

II

Mientras el negro hablaba, caminábamos los tres hacia la casa maldita.

Era el caserón clásico de las antiguas "fazendas" negreras. Erguíase sobre cimientos de piedra hasta la mitad; la parte superior, de madera. En donde faltaba el revoque, veíanse los puntales carcomidos. Las ventanas y las puertas eran ojivales.

En los intersticios de la piedra amontonábanse las sabandijas, y en las sombras avecillas raquíticas. En un ángulo crecía una añosa higuera, enlazando las piedras con su terrible red tentacular.

La puerta de entrada tenía una ancha escalera, con tramos y baranda desportillados.

Mirando aquello me sentí invadido por el pesar que siempre causa la contemplación de las ruinas, y parece que en Jonás la sensación fué idéntica pues lo vi tornarse serio y mirar tristemente a la casa, como quien recuerda algo. Había perdido el buen humor y el espíritu chancero de hacía poco. No hablaba.

—Ya lo hemos visto todo — dije yo—. Volvamos ahora, que no nos queda mucho tiempo.

Volvimos.

Y viendo que Jonás seguía inmóvil contemplando la casa, le grité:

—¡Muévete poeta! ¡No contemples tanto las ruínas! Mira que saco vacío no se pone de pie, y mañana tenemos que "tragarnos" diez leguas.

Me respondió con un gesto vago, y se quedó en el mismo sitio, sin mover un pie.

Me alejé del meditabundo y entré en la cabaña del negro que, encendiendo la luz—un candil de aceite,— fué a buscar unas raíces asadas de mandioca. Las puso sobre un tronco que hacía las veces de mesa, y dijo:

—Es todo lo que puedo ofrecerle. Esto y este trozo de ternera

INVIERNO

Algo aulla en el camino
Con afán desesperado;
Huye el rebaño asustado,
Se refugia el campesino.

Allá en el monte vecino
Los árboles ha tronchado
El invierno que ha llegado
Como puñal asesino.

En nuestro hogar, a la lumbre,
Reanudamos la costumbre
De añorar cosas de amores,

Mientras duermes a la hijita
Y por fuera el viento imita
Del ronco mar los furores.

Vicente BOVE

alumada.

—¿Y te parece poco, Benito? —le dije, hincando los dientes en la deliciosa raíz.—Dios te bendiga y te de en el cielo un mandiocal inmenso plantado por los ángeles.

Se había hecho de noche.

¡Qué soledad, qué espesura de tinieblas en un lugar tan desierto! En aquellos momentos comprendí perfectamente el origen tenebroso del miedo...

Acababa la frugal refacción, dije al negro:

—Ahora, amigo, agarremos estas frazadas y el mandil y traslademonos a la casa grande. Dormirás allá con nosotros: nos servirás de pararrayos. ¿Comprendes?

Contento de sernos útil, el negro tomó las frazadas y me dió el candil. Y allá nos fuimos, en la obscuridad de la noche, chapoteando a través de los charcos de agua y los matorrales mojados.

Encontré a Jonás en el mismo lugar en que lo había dejado, frente a la casa, inmóvil y absorto.

—¿Estás loco, hombre? — le dije. — ¿Tú, que estabas muerto de hambre, quedarte sin comer, y permanecer ahí como si estuvieras hipnotizado frente a una serpiente de cascabel?

Jonás me miró de un modo extraño y se concretó a decirme:

—Déjame.

Quedé asombrado, desorientado completamente por su inexplicable actitud. Muy preocupado, ascendí por la musgosa escalera del caserón.

La puerta estaba cerrada, pero a fuerza de empujones conseguí abrirla lo necesario para dar paso a un hombre. Apenas entramos, bandadas de murciélagos, ofuscados por la luz, revolotearon sobre nuestras cabezas.

El vestíbulo concordaba con el resto de la "fazenda". Paredes agrietadas, rastros de goteras, vagos vestigios de empapelado. Pocos muebles: dos sillas Luis XV, de asientos rotos, una mesa central del mismo estilo, con el mármol ennegrecido por el guano de los murciélagos... En el techo, el artesonado, parcialmente desprendido, dejaba ver concavidades obscuras.

Lúgubre, lúgubre...

—Vamos a lo que nos interesa. ¿No habrá un cuarto mejor que éste para hospedarse?

—Como haber, hay — tartamudeó el negro —. Pero es la habitación del capitán... ¿Tendría valor?...

—¡Aun [illegible] te has convencido, Benito!

—El cuarto está aquí, a la derecha.

Allí me dirigí. Era una habitación amplia y en mejor estado que el vestíbulo. Ornábanla dos viejos sillones de paja, además de varias sillas rotas. En la pared había un retrato con marco oblongo y flores doradas. Limpié el polvo acumulándolo en el vidrio y ví que era un daguerrotipo algo horroso, que representaba la imagen de una mujer.

Benito, percatándose de mi curiosidad, me dijo:

—Es el retrato de la hija mayor del capitán Alejo, de la señorita Isabel, una joven que fué tan desgraciada...

Contemplé largamente aquella antigualla venerable, vestida a la moda de la época.

Colgué nuevamente el daguerrotipo y salí al cobertizo en busca de mi compañero. ¡Ya era demasiado! Después de no comer, quedarse allí, al relente...

Lo llamé. Ni con un "déjame" me respondió esta vez.



—¿Qué se la dice a la tiita cuando te da un peso por el día de tu santo?
—Que es poco.

Su actitud me impresionó seriamente.

—¡Si habrá perdido la razón!

Torturado por esta idea, fuí a llamar a Benito para que me ayudara a buscarlo.

Tuvimos suerte. Lo encontramos en seguida, donde lo habíamos dejado, frente a la casa inmóvil y mudo.

Levanté la luz a la altura de su rostro. ¡Qué extraña expresión tenía! No parecía el mismo, no "era" el mismo. Me dió la impresión de que sus músculos estaban rígidos, como tras el último esfuerzo en una lucha suprema, con todas las fibras crispadas en una resistencia feroz. Lo sacudí con violencia.

—¡Jonás! ¡Jonás!

Inútil: era un cuerpo separado del alma. ¡Era un hombre "fuera de sí mismo"! Asombrado por el fenómeno concentré todas mis energías y ayudado por el negro, lo arrastramos hacia la casa.

Al penetrar en el vestíbulo, Jonás se estremeció, se detuvo, y dirigió los ojos hacia la puerta del cuarto del capitán Alejo. Sus labios temblaban. Percibí que articulaba palabras inconexas.

Precipitóse luego al cuarto, y, al ver el daguerrotipo de Isabel, lo agarró con frenesí, lo besó y prorrumpió en un llanto convulso. En seguida, como exhausto después de una gran lucha, se dejó caer, postrado, en un sillón, sin [illegible] una palabra más.

Inútilmente lo interpelé, buscando la clave del enigma. Jonás seguía como alucinado...

Le tomé el pulso: normal. La temperatura: buena. Pero parecía un cuerpo muerto.

Me quedé a su lado cerca de una hora, pensando en mil cosas. Por último, viéndolo tranquilo, fuí a buscar al negro.

—Cuéntame lo que sepas de esta "fazenda" — le dije.— Tal vez así...

Mi idea era la de colegir por las palabras del negro algo que explicara la misteriosa crisis de mi compañero.

III

Las nubes cubrían enteramente el cielo y los relámpagos volvieron a fulgurar, constantes, acompañados de sordos truenos. Y para que nada faltase al horror del cuadro arreció el ventarrón, que aullaba, con lamento tétrico, entre los árboles.

Cerré la ventana. Aun así por entre las rendijas silbaba furiosamente el vendaval, como queriendo arrancar con su violencia la falleba que rechinaba.

Benito habló con voz baja, temiendo despertar al enfermo. Me contó cómo había ido él a parar allí, comprado por el propio capitán Alejo. Me habló de la formación de la "fazenda" y la crueldad del [illegible].

—Era malo, más malo que el demonio. Atormentaba a la gente por el placer de verla sufrir. Al principio no era así, pero fué empeorando con el tiempo. En el caso de Liduina... La Liduina era una linda mulata criada en la "fazenda". Muy vivaracha, siendo todavía muy pequeña pasó de la cabaña a la casa grande, para servir de doncella a la niña Isabel... Esto sucedió — dijo meditando,— hace sesenta años, mucho antes de la guerra del Paraguay... La mulata protegió los amores de su ama con un joven portugués, y fué entonces...

Crugió el sillón donde dormía Jonás. Miré. Mi compañero estaba sentado, presa de convulsiones. Sus ojos fijabánse en algo invisible para mí. Sus manos crispadas rasguñaban la paja del sillón.

Lo sacudí.

—Jonás, Jonás, ¿qué te pasa?

Me miró con aire desvariado, sin ver, con la retina muerta.

—¡Jonás, habla!

Trató de pronunciar una palabra. Sus labios temblaban en la tentativa de articular un nombre. Por fin, con voz jadeante, dijo:

—Isabel...

Pero aquella no era la voz de Jonás; era una voz desconocida. Tuve la plena confirmación de que un "yo" ajeno había tomado por asalto el cuerpo vacío, y que hablaba por su boca y pensaba con su cerebro. No era Jonás, positivamente, quien estaba allí. ¡Era "otro"!...

Benito, a mi lado, miraba aquello, sin comprender, y yo con un horroroso estado de sobreexcitación, me sentí a pocos pasos del pánico. Si el eco de los truenos y el ulular del viento no hubieran anunciado allí fuera un horror tal vez mayor, es posible que no hubiera resistido al deseo de huir de la casa maldita como un criminal. Pero en ella, por lo menos había luz, aquel humilde candil de aceite, más precioso para mí en aquellos momentos que todos [illegible]

[illegible]

horas de la noche, la luz empezó a palidecer. Me estremecí y me puse de pie, cuando la voz del negro murmuró la frase que yo más temía en aquellos momentos:

—El aceite se acaba...

—¿Pero, hay más en la casa?

—No era el resto.

—Todo...

Los truenos [illegible] a lo lejos horrísonos, y no cesaba [illegible] del viento entre los árboles. Parecía como si la naturaleza se

empeñara en poner a prueba la resistencia de mis nervios. De pronto, tembló la luz del candil. Refulgió en un claror final y se extinguió.

Tinieblas. Tinieblas absolutas...

Corrí a la ventana. La abrí. Las mismas tinieblas fuera... Me sentí ciego... Busqué un sillón al tanteo, y caí de bruces sobre él.

. . . .

A la madrugada, Jonás comenzó a hablar, titubeando, como quien recuerda. Pero no era Jonás el que hablaba, era el "otro".

¡Qué escena!

Aun tengo grabadas a buril en el cerebro todas las palabras de aquella misteriosa confidencia, proferidas como en un íncubo en el silencio de las tinieblas profundas. Mil años que viviera no serían suficientes para apagar de mis oídos el timbre macabro de aquella voz de misterio. No reproduzco sus palabras tal como él las pronunció. Me sería imposible, además de que resultarían incoherentes para el lector. El "otro" hablaba como si estuviera pensando en voz alta, como si recordara. He aquí lo que dijo:

IV

Mi nombre era Fernando. Hijo de padres anónimos, navegaba en el mar de la vida como sobre la superficie de las olas, sólo ante las acechanzas de la miseria, sin cariño de familia, sin amigos, sin ningún apoyo en el mundo.

Fascinado por las maravillas que del Brasil contaban los marineros, decidí emigrar hacia lo que para mi imaginación era un Eldorado. Alimentando sueños de oro, llegué al puerto de Lisboa; pasé mi primer día en el muelle, mirando los navíos surtos en el puerto. Había uno que se disponía a levar anclas rumbo a la Colonia; era la carabela "Santa Teresa". Me hice amigo de varios marineros que paseaban por el muelle, y conseguí por su intermedio que me aceptaran como grumete en la "Santa Teresa".

Hicimos escala en Africa para recoger negros de Angola, que parecían fardos de cuero fresco llenos de carne viva. Desembarcado en Río, tuve ocasión de verlos aún en Vallongo, semidesnudos, expuestos a la venta como reses. Los compradores llegaban y los adquirían después de justipreciar su resistencia.

En aquella tarea conocí al capitán Alejo. Era un hombre fuerte de facciones duras, de mirada fría...

El capitán notó mi presencia, me hizo varias preguntas y, finalmente, me ofreció un puesto en su "fazenda".

Acepté, y, en compañía del lote de negros que había adquirido, hice el viaje por el interior de un país que me era completamente desconocido.

Llegamos. La "fazenda", formada hacía poco estaba en su apogeo. Era riquísima en cañaverales, ganado y café.

Me asignaron trabajos leves, compatibles con mi edad y con mi poca experiencia de la tierra. Y, progresando gradualmente, seguí allí hasta cumplir los veinte años.

La familia del capitán vivía en la ciudad. Los hijos venían todos los años, alegrando la "fazenda" con sus locas travesuras. Las hijas que estaban en el colegio, sólo fueron una vez con su madre, doña Teodora. Y ello fué mi perdición..

Eran dos: Inés, la menor, e Isabel, hermosas y elegantes criaturas, de juventud esplendorosa Yo las veía de lejos, como nobles figuras de romance, inaccesibles, y recuerdo el efecto que en aquel desierto casi salvaje producían las ricas jóvenes siempre vestidas a la moda de la corte. Eran las princesitas de un cuento de hadas, y sólo provocaban un sentimiento: adoración:

Un día...

Aquel despeñadero — ¡aun oigo el remoto susrro! — era el bañadero natural de la "fazenda". Escondido en una gruta, como joya de vivo cristal en un rústico engarce de fronda formaba un lugar apartado, grato al pudor de los bañistas.

Un día.. recuerdo bien — era domingo y yo había salido a cazar pájaros, — seguí el lindero de la propiedad, persiguiendo a las avecillas.

Un hornero de cabeza bermeja pasó sobre mí. Erré el tiro, pero, empeñado en su caza, lo perseguí. Saltando de un lado a otro, llegué a la gruta del despeñadero, donde, en la rama de un árbol, pude ver a mi presa y tirar.

Cayó la avecilla a lo lejos y yó salté por entre las ramas para cogerla. En aquel momento ví a través de la fronda la cuenca de piedra adonde caía el agua.

Quedé inmóvil. Dos ninfas desnudas brincaban en la espuma.

Las reconocí. Eran Isabel y Liduina, su mucama predilecta, de la misma edad

Lo inesperado de la visión ofuscóme el cerebro. ¿Quién es insensible a la belleza de una mujer en flor, vista en su nívea desnudez y en un cuadro agreste como aquél?

Isabel me deslumbró. Un cuerpo escultural, en ese período en que florecen todas las promesas de la pubertad; sentí ante su imagen la explosión súbita de los instintos...

Inmóvil como una estatua estuve como un éxtasis todo el tiempo que duró el baño. Y aun tengo grabada la escena en mi cerebro. La gracia con que ella, la cabeza erguida, presentaba su blanco pecho al agua... Los grititos nerviosos cuando las ondas rosaban su epidérmis... Sus inmersiones de sirena en la cuenca de piedra y la emergencia de su cuerpo aljofarado de espuma...

Duró unos minutos el baño fatal. Luego se vistieron y se fueron juntas, alegres como mariposas al sol.

Impresión de sueño... Aguas de cristal rumoroso; frondas orvalladas, suspendidas sobre la linfa como para escuchar su murmullo; rayo de sol matutino filtrado por entre las ramas, pintando en oro refulgente la desnudez infantil de las náyades...

¿Quién puede olvidar un cuadro semejante?

Aquella impresión me mató. Nos mató...

. . . .

Salí de allí trastornado.

Ya no era el humilde servidor de la "fazenda", contento con su suerte. Era un hombre blanco y libre que deseaba a una mujer hermosa.

Sólo un pensamiento ocupaba constantemente mi cerebro: Isabel. Un sólo deseo: verla. Un sólo objetivo en mi mente: poseerla.

Pero, a pesar de ser blanco y libre, ¡qué abismo me separaba de la hija del fazendeiro! Era pobre. Era subalterno. No era nada.

Pero el corazón no razona ni el amor contempla las inconveniencias sociales. Y la pasión despreciando obstáculos, creció en mi pecho como crecen los ríos de lluvia.

Me aproximé a Liduina. El instinto me decía que aquel era el camino para conseguir mi objeto. Me capté la simpatía y la confianza de la mulata, y un día le confesé mi tortura.

—Liduina, tengo un secreto en el alma, que me mata; pero tú puedes salvarme. Sólo tú. Necesito tu ayuda... ¿Juras auxiliarme?

Liduina quedó espantada de mi confidencia, pero, después de insistir, de rogarle, de implorarle, prometió.

¡Pobre Liduina! Tenía un alma hermana a la mía, y sólo al comprenderla descubrí por primera vez todo el horror de la esclavitud.

Le abrí mi pecho y le revelé con frases ardientes el amor que me consumía.

Al principio se asustó. El caso era muy grave. Pero, ¿quién resiste a la dialéctica de los apasionados? Y Liduina, vencida al fin, prometió auxiliarme

V

La mulata procedió cautelosa-

Frases populares

¡ENTRE SCILA y CARIBDIS!

Según la versión homérica, Scila (la que desgarra) y Caribdis (la que devora) fueron en los tiempos imaginarios nombres de dos rocas situadas entre Italia y la Sicilia.

En lo más inmediato del país de Lacio existía una caverna habitada por Scila, monstruo espantoso de doce garras, seis cuellos e igual número de horribles cabezas, provistas de tres hileras de dientes. El escollo opuesto, llamado Calofaro por los modernos geógrafos, servía de vivienda al engendro Caribdis, cuya misión era engullir tres veces por día las aguas del mar y otras tantas devolverlas.

Posteriormente han fingido los poetas que Caribdis, hija, como Scila, de Orco y de Ceto, habiendo heredado las perversas inclinaciones de la raza titánica, hurtó a Hércules sus bueyes y Júpiter la castigó con un rayo, metamorfoseándola en el temido arrecife que todavía denuncia la vertiginosa circulación de las aguas.

De Scila se cuenta que prendado de sus gracias el dios marino Glauco sin conseguir interesarla, recurrió a los buenos oficios de la renombrada maga Circe; pero enamorada ésta a su vez del hijo de Neptuno y celosa de la hermosura de la ingrata, envenenó la fuente donde solía bañarse, quedando convertida en repugnante masa. Cuando la altiva Scila se vió tan desfigurada, túvose el horror de sí misma que se precipitó en el mar, y en su fondo permanece transformada en gigantesca roca frente a la sima de Caribdis; de cuyo difícil paso hicieron los marinos la frase "Entre Scila y Caribdis", dando así a entender el grave peligro que ofrecen para la navegación una y otra costa.

Lope BARRON

mente, haciendo despertar el amor en el corazón de su ama, sin que ésta se diese cuenta.

Al principio una vaga y discreta referencia a mi persona.

—Niña, ¿conoce a Fernando?

—¿Fernando?... ¿Quién es?

—Un mozo muy lindo que vino del reino a trabajar en el ingenio...

—Tal vez lo haya visto, pero no me acuerdo.

—Pues fíjese en él. Tiene unos ojos...

—¿Es tu novio?

—¡Ojalá!...

Esta fué la apertura del juego. Y así, en dósis hábiles, hoy una palabra, mañana otra, nació en el espíritu de Isabel la curiosidad, primer paso del amor.

Cierto día Isabel quiso conocerme.

—Tanto me hablas de Fernando de los ojos de Fernando, que estoy curiosa por verle.

Y me vió... Yo estaba en el ingenio, dirigiendo la molienda de la caña, cuando ellas entraron.

Liduina se acercó a mí y me dijo:

—Señor Fernando, un poco de caña para la señorita Isabel.

La hija del capitán miróme de frente, mas yo no pude sostener su mirada. Bajé los ojos, turbado. Temblaba, balbuceaba apenas, en esa embriaguez propia del primer encuentro.

Di algunas órdenes a los negros luego, tomando el vaso de manos de Liduina, lo llené de líquido espumoso y se lo ofrecí a la náyade. Ella lo recibió sonriendo, pagándome el servicio con un "gracias" gentil, mirándome nuevamente en los ojos. Por segunda vez bajé los míos, turbado. Salieron.

Más tarde, Liduina me contó el resto, un pequeño diálogo.

—Tenías razón — habíale dicho Isabel, — es un lindo muchacho. Pero no pude verle bien los ojos. ¡Qué timidez! Parecía como si tuviera miedo de mí... Dos veces lo miré de frente y dos veces bajó los ojos.

—Vergüenza — dijo Liduina.

—Vergüenza o...

—...¿O qué?

—...O amor.

—¡Amor! ¡Amor! — exclamó Isabel aspirando el aire embalsamado — ¡Qué hermosa palabra, Liduina! Es la palabra que viene a mi mente cuando veo el naranjal florido: ¡amor! ¿Amará él a alguien?

—Seguramente. ¿Quien no ama en este mundo? Los pajarillos las mariposas, las abejas...

—¿Pero a quién amará? A alguna negra de aquí, con certeza... —y rió

—¿A una negra? — dijo Liduina.—No, el señor Fernando no es de esos, niña. Mozo pobre, pero de condición. Juraría que es hijo de algún hidalgo del reino que anda por ahí escondido...

Isabel quedó pensativa

—¿A quién amará entonces, aquí, en este desierto de blancas?

—Pues a las blancas...

—¿Cómo?

—A doña Inesita, a doña Isabelita...

La mujer dejó paso por un momento a la hija del fazendeiro.

—¿A mí? ¡Estás loca! Era lo único que faltaba...

Liduina se calló. Dejó que la semilla sembrada tuviera el tiempo de germinar. Y, viendo a dos mariposas que se perseguían por el aire, cambió astutamente el giro de la conversación.

El pensamiento de Isabel estaba muy lejos de allí. La mulata lo comprendía sobradamente, pero juzgó conveniente hablar de otra cosa.

—Dicen que los periquitos se quieren tanto, que cuando uno muere el otro compañero se suicida. El negro Adán tuvo uno que se ahogó el mismo día que murió la hembra. Si entre los pájaros ocurren esas cosas...

Isabel continuaba absorta, pero de pronto quebró su mutismo:

—¿Por qué te acordaste de mí cuando hablábamos de Fernando?

—¿Por qué? — repitió Liduina con aire inocente. — Porque es tan natural!...

—¿Te ha dicho alguien alguna cosa?

—No. Pero si él ama, aquí en este desierto, ¿a quién ha de ser?... Póngase usted en su lugar Si la niña fuese él, y él doña Isabelita...

Calláronse ambas y el paseo terminó tranquilo, en el silencio de los que dialogan consigo mismo...

Isabel tardó en dormirse aquella noche. La idea de que su imagen ocupaba el corazón de un hombre revoloteaba en su imaginación como las abejas en el naranjal

"¡Es un subalterno!" — le gritaba su orgullo.

"¿Qué importa, si es un hombre rico en buenos sentimientos?" —argumentaba la naturaleza.

"¡Y bien puede ser un hidalgo!..." — agregaba, insinuamente, la fantasía.

Y la imaginación ocupó también la tribuna:

"Y puede llegar a ser un poderoso "fazendeiro". ¿Qué era el capitán Alejo a su edad? Un simple arreador..."

Era el Amor quien sugería tales argumentos...

Al otro día, antes que Liduina abordase su tema predilecto, díjole Isabel:

—Dime, Liduina, ¿qué es amor?

—¿Amor? — respondió la astuta muchacha, en quien el instinto substituía a la cultura. — Amor es algo...

—... que...

—Que viene poco a poco...

—...¡y que llega!

—... y llega a apoderarse de las personas. El negro Adán dice que el amor es una enfermedad. Que la gente tiene sarampión, catarro, tos, fiebre de amor, cada dolencia a su tiempo.

—Pues yo he pasado todo eso —replicó Isabel, — y no he tenido amor...

—Descuide, que no escapará ¿Tuvo las peores enfermedades y no ha de tener la mejor? Espere, que un día llegará...

Callaron. De pronto, Isabel agarrando el brazo de la doncella, la miró fijamente en los ojos.

—¿Eres mi amiga de corazón, Liduina?

—Un rayo que me parta en este momento si...

—¿Eres capaz de guardar un secreto, pero un secreto eterno, eterno, eterno?

—Un rayo me parta...

—Cállate.

Isabel vacilaba... Luego, en esa ansia de confidencia que nace al primer destello del amor, dijo:

Liduina, creo que me estoy enfermando... del mal que me faltaba...

—Pues ya es tiempo — exclamó la muchacha.—Diez y siete años... ¿Algún hidalgo de la corte?

Isabel vaciló nuevamente; por fin, dijo:

—En Río tengo un pretendiente, pero sólo es pretendiente. Amor amor, de ese que bulle dentro del corazón, de ese que viene poco a poco, y llega, ¡no! No está allí...

Y acercando su boca al oído de la mucama, exclamó:

—...sino aquí...

—¿Quién?— preguntó Liduina simulando espanto.

Isabel murmuró imperceptiblemente:

—¡El!

Sin embargo, corrigióse al momento.

—Pero es sólo el comienzo llegando poco a poco...

Serafín Apostol

Se había perdido de vista desde hacía varios meses, desde que, después de su fracaso como periodista había venido a darme un sablazo de un luis y a pedirme una recomendación para un empleo de hombre-anuncio. Y he aquí que el azar me puso de nuevo en una callejuela de Montmartre, en presencia de aquel bohemio distinguido, impenitente creador de proyectos geniales e irrealizables.

No pude disimular mi asombro. En lugar de mi amigo tan regocijado, tan exuberante, tan locuaz, tenía a mi frente a un Serafín Noisette de mirada humilde, severamente vestido de levita negra.

—¿Te has hecho clérigo — le pregunté, pasada la primera sorpresa.

—No te rías de mi humilde personalidad — me contestó con voz cavernosa —. Más vale que xamines la tuya a la luz de tu conciencia y te arrepientas.

—¡Arrepentirme! ¿De qué?

—De tus pasados excesos.

—Supongo que eso será una broma tuya. No te autorizo a...

—No necesito tu permiso para cumplir mi sagrada misión.

—¿Y en qué consiste tu misión?

—En regenerar a la humanidad suprimiendo totalmente los aperitivos, los licores, todas las bebidas alcohólicas. Soy el nuevo Mesías de la templanza. No temas. Sigue mis consejos y te convertiré a mi doctrina.

—¿Y como se ha revelado en ti tu nueva vocación?

—Viendo mi propio ejemplo y comprobando los estragos que el alcohol puede hacer en una inteligencia como la mía. Conoces mis vicisitudes, los fracasos de mis inventos. Es cierto que yo poseo una energía excepcional; pero la adversidad acabó por ser más fuerte que la voluntad y acabé por desalentarme. La bebida me ofrecía el momentáneo olvido y a ella me entregué. Usé y abusé.

Una mañana me desperté en una Comisaría, adonde me habían llevado los guardias la noche anterior en un lamentable estado de embriaguez. El comisario me puso en libertad, después de amonestarme, y juré no reincidir.

Todo inútil. Ocho días después desperté en la misma Comisaría. El comisario me perdonó de nuevo, pero me aseguró que la próxima vez me mandaba a la cárcel.

Resistí un mes y volví de nuevo a embriagarme y a ser detenido.

Una verguenza inmensa se apoderó de mí. Renuncié a Satanás, a sus pompas y sus tentaciones. Pensé en mis hermanos que se pierden también, y me juré predicar entre ellos la palabra salvadora. Y hoy, amigo mío, Serafín Noisette es un apóstol.

—¿Y haces muchos prosélitos

—La tarea es ardua — me contestó suspirando — No todos ven, ni quieren ver, ni comprender. Hace poco celebré un mitin de propaganda. La sala estaba llena. Hablé extensamente de los estragos del alcohol, y para ilustrar mi demostración puse un ejemplo.

Poned junto a un burro — dije a mi auditorio — dos cubos: uno lleno de agua y otro de vino. El burro desdeñará el alcohol y beberá el agua. ¿Sabéis por qué?

Y todos los oyentes contestaron a coro:

—¡Si! ¡Porque es un burro!

Y Serafín Noisette se alejó mirando al cielo con ojos de gran desconsuelo.

F. ESTEBE

VI

Fué llegando y llegó. Llegó y destruyó todas las barreras. Destruyó nuestra vidas y acabó "destruyendo la fazenda". Estas ruinas, estos murciélagos, son la florescencia de un gran amor...

El primer encuentro fué... casual. Mi protectora fué Liudina.

Sucedió así. Estaban las dos en el pomar, ante una pitanga cargada de frutos.

—¡Lindas manzanas! — exclamó Isabel. — Sube, Liduina, y arráncame un puñado.

—Imposible, niña. ¿Quiere que llame a alguien?

—Bueno.

Liduina partió corriendo, e Isabel tuvo la nítida intuición de quién vendría. Momentos después aparecí yo.

—Discúlpeme, señor Fernando — dijo la joven. — Pedí a esa locuela que llamara a algún negro para que me alcanzara unas manzanas, y ella fué a incomodarlo...

Turbado por su presencia, y con el corazón latiendo apresuradamen-te, pregunté, por decir algo:

—¿Quiere manzanass?

—Sí. Pero hace falta una cestita que ya fué a buscar Liduina.

Hubo una pausa. Isabel, siempre dueña de sí, estaba en aquel momento tan turbada como yo.

—¿Hoy se muele la caña?

Le respondí que sí, y se hizo un nuevo silencio. Para romperlo, Isabel gritó:

—¡Date prisa, muchacha!

Y luego, dirigiéndose a mí:

—¿No siente la nostalgia de su patria?

—Los primeros años los pasé llorando por la noche, recordando todo lo de mi tierra. Sólo quien emigró conoce el dolor del fruto arrancado del árbol. Pero llegué a consolarme. Y hoy... el mundo, para mí, está aquí, en estas montañas.

Isabel comprendió mi intención, y quiso preguntarme porqué. Pero no se atrevió. Cambió de conversación.

—¿Por qué será que sólo sirven las manzanas de este árbol? Las otras son tan amargas...

—Es porque este árbol es feliz y los otros no .Las frutas son como los hombres: la desventura los vuelve amargos...

—¿Y usted se siente amargado?

—Era dulce como el azúcar cuando vine aquí. Hoy... no puedo decir lo mismo...

—¿Se juzga desdichado?

—Más que nunca.

—¿Por qué?

Respondí intrépidamente:

—Usted que es rica, doña Isa- l, no imagina la situación des- aciada de quien es pobre. El re pertenece en este mundo a casta maldita, sin ningún de- . El pobre no puede nada... Puede una cosa... Enriquecer. ino que los ricos, antes de fueron pobres...

—No hablo de la riqueza que da el dinero. Esa es fácil de alcanzar, depende apenas de un poco de esfuerzo y de habilidad. Hablo de cosas más preciosas que el oro. Un pobre, aun cuando posea el mejor corazón, el alma más noble, no puede elevar sus ojos a ciertas alturas...

—¿Pero si la altura quisiera descender hasta él? — respondió audaz y vivamente, la joven.

Vacilé, loco de felicidad, pero aparentando incredulidad, le dije:

—Eso ocurre a veces en las novelas. En la vida real, ¡nunca!

Callamos de nuevo. En este intervalo, Liduina reapareció, sofocada, con la cestita tn la mano.

Tomé la cesta y me dispuse a trepar el árbol.

TRISTE RECUERDO

A causa de un vendaval
de los más duros y fuertes,
ocurrió en una andaluza
capital ha pocos meses,
que de la red telefónica
un alambre desprendiéndose,
fué a dar en los del tranvía
eléctrico, y al romperse,
sobre un infeliz transeunte
cayeron como serpientes.
La fuerza de la descarga
tumbó en tierra al inocente,
y aunque no le mató y pudo
horas después reponerse,
fué tan terrible el efecto
del desgraciado accidente,
que ,tras largas contracciones,
quedó el pobre sin moverse,
solo, en mitad de la calle,
pálido, rígido, inerte.
Acude la multitud
al lugar, sin atreverse
a socorrer a la víctima
por el temor consiguiente
a la transmisión del fluído,
exclamando al condolerse:
—¡Pobrecito! — ¡Desgraciado!
—¡Qué horrible trance!—¡Qué muerte!
Acercóse al corro un pobre
hombre del pueblo, vejete,
con el sombrero terciado
y los ojillos alegres,
y al enterarse del hecho
y ver la cara imponente
de la víctima, lanzando
un "¡Josú!" que fué un cohete,
como perdiendo el sentido
viéronle desvanecerse.
—¿Qué le pasa a usté, buen hombre?
le preguntan sosteniéndole:
—¿Conoce usté a ese infeliz?
—¿Es usté acaso pariente?
Soltando el trapo a llorar,
—¡Igual!... dice con voz débil.
—¿Igual? ¿Por qué?—le preguntan.
¿Por qué? Porque el moso ese
cadávere, me recuerda
a mi pobre hermano *el Tete*
que bueno, sano y robusto,
con su pelo y tóos sus dientes,
así en mitá del arroyo
y de pronto y de igual suerte
lo mató otra chispa...
—¿Eléctrica?
—No, señor, no; de aguardiente.

Javier de BURGOS

Pero fuí detenido por Isabel

—¡No! Ya no deseo las manzanas. Me reservaré para la caña de mediodía. Será otra vez...

Y luego, amablemente:

—Discúlpeme...

La saludé, ebrio de felicidad.

VII

El amor es siempre el mismo en todas partes y en todos los tiempos. Aquella turbación del primer encuentro es la eterna turbación de las primeros encuentros.

Nació en Isabel y en mí el sexto sentido maravilloso. Nos comprendíamos, nos adivinábamos y encontrábamos medios de inventar los más imprevistos encuentros — encuentros deliciosos, — en los que con una sola mirada cambiábamos un mundo de confidencias...

Isabel me amó. ¡Qué período de vida aquél! Sentíame alto como las montañas, grande como el océano. Créame un rey. La tierra, la naturaleza, el cielo, la luna, la luz, el calor, no existían sino para formar ambiente a mi amor.

Liduina seguía siendo el hada buena de nuestros destinos.

¡Sin embargo, el bien que nos hiciste fué tu perdición, Liduina!... ¡Qué horroroso fin el tuyo!...

Yo sabía que el mundo está gobernado por el monstruo Estupidez. Y que S. M. no perdona el crimen del Amor. Pero nunca supuse que este monstruo fuese la fiera ignominiosa que es tan sanguinaria, tan feroz. ¡Ni que hubiera arpía más bien servida que ella! ¡Qué comitiva tan numerosa tiene! ¡Qué siervos tan diligentes posee! La sociedad, las leyes, los gobiernos, las religiones, los jueces, la moral, todo lo que es fuerza social organizada, presta su mano poderosa a Su Majestad. Y ensáñanse en castigar, en torturar al ingenuo que, conducido por la naturaleza, arrostra los mandamientos de la furia. ¡Ay de él si comete el crimen de lesa Estupidez!

VIII

Una noche... La luna, en lo alto, hacía palidecer a las estrellas, y yo, triste, velaba, rememorando el último encuentro con Isabel.

Había sido una tarde, al volver de la ribera, a la sombra de una palmera doblada por el peso de los dátiles. Con las manos unidas, las cabezas muy juntas, en un ma, asistimos al espectáculo de los arrobamiento de comunión del algorriones disputándose las pequeñas frutas amarillas que, a veces, caían en el agua mansa del río.

Isabel, absorta, contemplaba las ariscas avecillas apiñadas en torno a la palmera.

—Me siento triste, Fernando. Temo por nuestra felicidad. Algo me dice que nuestro amor va a tener un fin, y un fin trágico...

Por toda respuesta, la estreché contra mi pecho.

Yo rememoraba, frase por frase,, ese último encuentro con mi amada, a la sombra de las palmeras de la ribera, cuando de pronto, oí ruido en mi puerta.

Alguien corría el cerrojo y entraba.

Me senté en la cama, sobresaltado. Era Liduina. Tenía los ojos agrandados por el terror y con voz temblorosa balbuceó:

—¡Huya! El capitán lo sabe todo. Huya, que estamos perdidos...

Y se fué como una sombra...

IX

El choque fué tan violento, que sentí que las ideas huían de mi cerebro. Dejé de pensar...

El capitán Alejo...

Lo recuerdo bien Era en aquellos parajes el plenipotenciario de Su Majestad la Estupidez.

Pues fué a ese hombre al que ví aquella noche penetrar súbitamente en mi habitación.

Como sombras, le acompañaban varios individuos.

Entró y cerró la puerta tras de sí. Se detuvo a cierta distancia.

—Voy a darte una linda novia —me dijo. Y con un gesto, ordenó a sus acompañantes: — ¡Atenlo!

Volví a la realidad. El instinto de conservación avivó todas mis energías, apenas los verdugos se acercaron a mí, me arrojé sobre ellos con el furor de una loba hambrienta a quien arrebataran sus cachorros.

No sé cuánto duró la terrible lucha; sólo recuerdo que, debido a los violentos golpes que me dieron en la cabeza, perdí los sentidos.

Cuando desperté, a la madrugada, me ví por tierra, atado a un tronco y con el cuerpo dolorido. Me llevé las manos a los ojos, sucios de tierra y sangre, y luego vi a mi lado un cuerpo desmayado de mujer.

Era Liduina...

Divisé más gente a mi alrededor. Miré. Dos hombres armados de piqueta abrían un largo hueco en la pared. Otro, un albañil, mezclaba cal y arena en el suelo, frente a un montón de ladrillos.

El fazendeiro también estaba allí, dirigiendo los trabajos. Viéndome despierto, aproximóse a mi oído y murmuró con gélido sarcasmo las últimas palabras que oí sobre la tierra:

—¡Mira hacia allí! Tu novia es aquella pared...

Lo comprendí todo: iban a emparedarme vivo... vivo...



La Semana Médica



EXPERIENCIAS CON LA CABEZA AISLADA DEL PERRO.

El objeto de las experiencias es mantener viva una cabeza de perro separada del cuerpo. El aparato de los autores, denominado Autoyector, está construído, según el plano del corazón de los animales, de sangre caliente. Hay dos circuitos de circulación: en el grande está enclavada la cabeza del perro y en el pequeño unos pulmones aislados, todo unido por tubos de goma. El aparato representa un sistema de bombas diafragmáticas puestas en movimiento por motores eléctricos.

La separación de la cabeza es eminentemente quirúrgica, al contrario de lo que ocurre con el método rápido de Hayem y Banier. De otro perro se extraen: 1ro. La sangre que se ha vuelto incoagulable merced a una inyección de germanina. 2do. Los pulmones, puesto que la oxigenación artificial de la sangre mediante el paso de una corriente gaseosa es insuficiente.

El reflejo corneano es el que primero aparece; después el pestaño. Una serie de irritaciones sucesivas disminuyen su intensidad. Una vez se observó reflejo pupilar a la luz, y en otra ocasión ésta provocó una reacción paradójica. Irritaciones de la mucosa de la boca y lengua provocaban reflejos, como la secreción salivar, etc. Reflejos de carácter defensivo se despiertan por la introducción de una sonda en la nariz, una vez con tal violencia que desprendieron la cánula. El movimiento espontáneo de la boca puede aceptarse como tipo de fenómeno motor automático.

En la mayor parte de los casos "la muerte" de la cabeza aislada sobrevenía a consecuencia de trastornos bruscos circulatorios causados por el aparato. Se podía observar toda una sucesión de fenómenos idénticos a los de la agonía.

Entre las observaciones de carácter farmacológico figura el aumento de presión por la adrenalina. Para este género de experiencias se presta muy bien la cabeza "separada", que se distingue de la "aislada" en que en aquélla se conservan las conexiones nerviosas con el resto del organismo.

Todos los hechos mencionados imponen la convicción de que el estado de la cabeza aislada se aproxima al de la cabeza de un perro normal. La misma agonía lo prueba: "Solo vive lo que puede morir" Aquélla no se presentaba, durante el tránsito de la circulación natural a la artificial, sino mucho tiempo después de establecida ésta. "La muerte de un organismo entero" es una concepción relativa desde el momento en que los tejidos y los órganos, aun los más *vitales*, no perecen simultáneamente y pueden ser sustituídos por medios artificiales. — *J. L. Ibor.*

PALUDISMO

La disentería y el paludismo son quizá las enfermedades tropicales más funestas, lo mismo desde el punto de vista económico que desde el social. Sus manifestaciones son tan diversas que las naciones europeas no podrán desarrollar plenamente los países tropicales hasta que hayan acabado con dichas enfermedades. Por lo que respecta al paludismo, el tratamiento por la quinina, sin dejar de constituir uno de los mayores triunfos de la terapéutica, presenta ciertas desventajas. La quinina es muy perjudicial para las personas a las que este medicamento causa perturbaciones en el corazón o en los órganos digestivos. Además, algunas formas de paludismo, como la terciana benigna, presentan tendencia a reproducirse a pesar de la absorción de grandes cantidades de quinina. En este caso también, la química sintética parece haber obtenido una vez más una victoria señalada. Una tentativa de síntesis de la molécula de quinina ha permitido a los laboratorios que preparan el Bayer 205 obtener un compuesto conocido con el nombre de Plasmoquina. Lo mismo que en el caso del Bayer 205, los efectos de la Plasmoquina han sido estudiados en el Hospital para el tratamiento de las enfermedades tropicales, de Londres. La experiencia ha demostrado que la dosis primitivamente prescripta era demasiado fuerte y que agregando pequeñas cantidades de quinina se intensificaba la acción del medicamento y se le hacía más apto para el empleo general. Los efectos de la Plasmoquina sobre el parásito del paludismo son inmediatos, y, en apariencia, permanentes. Es casi seguro que el descubrimiento de este medicamento permitirá realizar importantes progresos en el tratamiento y profilaxia del paludismo. — *Dr. F. A. Lyon.*

LOS MEDICOS EN EL CLUB DEL FAUBOURG

Sabidos son los interesantes debates organizados por el Club del Faubourg, bajo la presidencia de Leo Poldes, y que se han sucedido en velada cada martes en la Sala Wagram, los jueves en la Sala de las Sociedades Científicas y los sábados por la tarde en la Gaité Rochechouart.

En la orden del día de las próximas sesiones figuran los autores y trabajos científicos siguientes: Bunau Varilla sobre la "Verdunización de las aguas;" el doctor Pierre Vachet: "Remedio sobre la Vida moderna"; el doctor Chauvois: "Los desfajados de vientre;" el doctor Joseph Roy, de Dijon: "¿Puede curarse el cáncer?"; el doctor Maurice Boigey: "Los cincuenta años;" el doctor Charcot: "En busca de Guilbaud y d'Amundsen"; monseñor Herscher, arzobispo: "La iglesia contra el hipnotismo." Y debates con los doctores Félix Regnault, Foveau de Courmelles, Gilbert Robin, Voivenel, Bérillon, Achille Delmas, Vinchon, Frumusan, Gagey, Blum, etc. — (De *El Hospital de París*).

NOTICIAS VARIAS

En Boston rige actualmente el siguiente reglamento para el comercio de leche.

1. Toda leche cruda que se presente para su venta en la ciudad de Boston ha de provenir solamente de vacas probadas a la tuberculina, por el control de la comisión médica de la leche, y no deberá tener más de 10.000 bacterias por centímetro cúbico.

2. Toda leche que no responda a las condiciones mencionadas tendrá que ser pasteurizada; tendrá que ser natural y no deberá tener más de 72 horas en el momento de la pasteurización; no deberá contener más de 750.000 bacterias por centímetro cúbico; será sometida por lo menos durante 30 m[illegible] a una temperatura no i[illegible] 140° Fahrenheit (60 centígrados), e inmediatamente será enfriada a una temperatura de 50° Fahrenheit (10 centígrados) o por debajo.

3. Toda crema y toda leche descremada que se presente a la venta que no procedan de leche que responda a las condiciones del artículo 1, tendrán que ser pasteurizadas en conformidad con las instrucciones del artículo 2 o ser obtenidas de una leche pasteurizada.

4. Toda crema helada puesta a la venta tendrá que estar preparada con crema proviniendo de leche tratada como en el artículo 1 o pasteurizada como en el artículo 2.

5. La leche pasteurizada puesta a la venta no debe contener más de 50.000 bacterias por centímetro cúbico.

PAUL UNNA



Profesor PAUL UNNA

En la noche del 29 de enero de 1929 falleció el célebre dermatólogo Profesor Paul Unna, a la edad de 79 años.

Paul Unna nacido en Hamburgo el 8 de setiembre de 1850, era hijo de un médico y empezó la carrera de medicina en Heidelberg, trasladándose más adelante a Leipzig y por último a Estrasburgo donde alcanzó ante Waldeyer el doctorado con su disertación "Acerca del desarrollo de la piel", que tanto interés despertó en aquel entonces. Después de breve estancia en Viena y Dresden, en octubre de 1876 entró de asistente en el Krankenhaus St. Georg. Desde 1878 ayudó a su padre en la práctica, encontrando así suficiente ocasión de dedicarse a la dermatología. En 1884 instaló su clínica particular en Eimsbuttel. Aquí reunió en torno suyo numerosos colegas de su especialidad, de todos los países. En numerosos trabajos publicó, con sus discípulos, sobre todo Tanzer, Leistikow y Delbanco, *sus experiencias e investigaciones, v. gr. "Estudios sobre la lepra", "Histopatología de la piel", "Células plasmáticas", "Terapéutica general de las enfermedades de la piel", "Estudios sobre el eczema", "Bioquímica de la piel", etc. — En 1882 fundó Unna su revista "Monatshefte fur praktische Dermatologie", que aparece ahora bajo el nombre "Dermatologische Wochenschrift". En reconocimiento de sus merecimientos, el Senado de Hamburgo le concedió en 1907, como al primer médico práctico, el título de "profesor". En 1908 se encargó de dos pequeños pabellones, como médico primero del Hospital de Eppendorf.*

La bailarina del antifaz

Por Alfredo Arjò

Terriblemente lanzada al suelo por la fuerte explosión, Bébe Káyser después de media hora, comenzó a moverse. Abrió los ojos... Todo el mobilario de la habitación lo veía girar en rededor...

Embargada por una sensación espantosa, pasó las manos sobre su rostro, las miró y estaban negras... En ese momento, volvió a la realidad. Se levantó bruscamente y corrió al espejo... Horrorizada retrocedió, dejándose caer en la "chaisse-longue", presa de un ataque de lágrimas.

La explosión de un calentador a alcohol le había desfigurado completamente su rostro.

Era una famosa bailarina, aplaudida en las grandes ciudades, y con justicia, porque poseía todas las condiciones para triunfar en su género.

Bebé Káyser, era bella, de una simpatía encantadora; sus grandes ojos tenían una mirada fulgurante; su boca era pequeña; su cuerpo de líneas esbeltas. Poseía la virtud de cautivar a las multitudes.

Después de este malhadado accidente su rostro se había convertido en algo espantoso y eso equivalía para ella a la ruina, tanto física como materialmente.

Cuando su desesperación llegaba al paroxismo entró su hermana María Esther.

María Esther, era la dueña de la casa; su esposo, Alejandro Smacu, viajante de una importante casa comercial casi siempre se hallaba ausente, por requerirlo así su profesión.

Si Bebé, desde hacía cuatro meses, vivía con María Esther, era precisamente, porque su cuñado estaab ausente.

Bien sabía ella que su cuñado le prohibía toda hospitalidad en su casa, pero María Esther, estando sola, no podía negar nada a su hermana melliza.

María Esther y Bebé, eran de un parecido extraordinario: la ca- y [illegible] cuerpo, los modales, todo... Pero no su timbre de la voz era el [illegible] que las diferenciaban era en los cab[illegible] Las conversación. —[illegible]. Lo un[illegible] s[illegible]. Bebé, dada su norma de vida, era descocada, locuaz, frívola. María Esther, por lo contrario, era seria, circunspecta y no transigía con el carácter de su hermana.

María Esther, al ver a su hermana en estado tan deplorable, contuvo a su vez todo su horror, para animar a Bebé, que, al verla, se abrazó a ella, llorando amargamente.

No eran necesarias palabras, María Esther comprendió en seguida todo lo funesto que aquel accidente tenía para su hermana. Se apresuró a lavarle rostro y curarle las heridas.

—¡Qué será de mí, Esthercita! Sólo faltan quince días para presentarme al público de Buenos Aires, y tendré que abandonar la escena, a pesar del sueldo fabuloso con que estaba contratada.

—Te ayudaré querida, y mi marido no tendrá inconveniente ahora, en protegerte al comprobar que la desgracia se ha ensañado contigo.

—¡Gracias! ¡Gracias, hermana mía! Pero eso es terrible... ¡La famosa bailarina Bebé Káyser, reducida a la nada!

—No llores mujer... Con paciencia, tu rostro podrá volver a la hermosura de antes y, mientras tanto descansarás de tu vida disipada... — terminó alentando María Esther cariñosamente.

Al día siguiente, al despertarse, Bebé ordenó a la mucama que llamara a María Esther.

Cuando la vió entrar, Bebé sonrió, estaba intensamente pálida, aunque el achicharrado cutis no permitía apreciarlo María Esther, a su vez, la besó y le sonrió buenamente, disimulando toda la conmiseración que sentía.

—Esthercita, hermana mía, hoy no he podido dormir, pero en cambio he pensado la manera de poder seguir trabajando sin rescindir el contrato...

—Supongo lo que habrás pensado: anunciar tu accidente y presentarte así...

A Bebé se le humedecieron los ojos.

—No, Esthercita, así no es posible. El público quiere ver siempre a través de la bailarina, a la mujer, y esa mujer tiene que ser bella. He pensado trabajar con antifaz...

—¡Qué buena idea, Bebé! Será una cosa novedosa, no por eso dejarás de tener éxito.

—Sí, lo sé, la idea es muy buena, pero sin tu colaboración Esthercita, no vale nada...

María Esther no comprendió.

—¿Mi colaboración?

—Sí, Esthercita, el público es muy exigente...; aprobaría que yo bailara con antifaz, estoy segura, hasta lo celebraría, pero al finalizar mi número, me exigiría que me sacar el antifaz... Tu cara, es reflejo de la mía; si tu quisieras...

—Ahora comprendo lo que tu quieres Bebé, pero, piénsalo bien, yo no puedo acceder a eso. Bien sabes que no tolero tu profesión y antes que yo, está mi marido que no me lo perdonará jamás...

—Lo he pensado, Esthercita, pero también he pensado que Alejandro tardará aún tres meses en regresar y el favor que te pido es para cumplir ese contrato de dos meses; después... Dios dirá...

María Esther, ante todo amaba a su esposo y no quiso aceptar la proposición de su hermana. Bebé, no por eso se desanimó. Durante muchos días, mantuvieron la misma conversación. La bailarina, pertinaz, trataba de disuadir a su hermana, pero María Esther, después de fluctuar, también ofrecía sus poderosos razonamientos para convencerla que lo que le exigía era imposible.

Dos días antes del debut anunciado, de la eximia bailarina Bebé Káyser, el empresario del teatro en vista de no tener noticias de ella, fué a visitarla.

Cuando la mucama anunció la visita del empresario, María Esther y Bebé, estaban tomando el te. Bebé, rogó a su hermana que no se hiciera ver, que ella l[illegible]cibiría.

Se colocó inmediatamente un antifaz y ordenó a la mucama que hiciera pasar al empresario.

Cuando el empresario entró en la sala, Bebé Káyser, estaba bailando; al verlo, con la misma gentileza de siempre fué a su encuentro y le ofreció asiento al lado suyo.

Bebé, después de prometerle que no faltaría el día del debut, y que por encontrarse indispuesta no le había avisado antes, se levantó pretextando que iba a sacarse el anifaz.

María Esther, én la habitación contigua, esperaba que el empresario re retirara, pero Bebé le rogó al menos esa vez, que se presentara como si fuera ella. María

LA ENVIADA

Sentado en la cervecería, Lefort maldecía a su amigo Blondeau, que le había dado allí cita y no acudía a pesar de haber transcurrido con mucho la hora convenida.

Cansado de aguardar iba a pagar al camarero, cuando vió entrar a una joven deliciosa, que, después de lanzar una rápida mirada a las pocas mesas que habían ocupadas, se fijó en Lefort. Este sintió una impresión extraña. Aunque se tengan sesenta años, un hombre no puede permanecer indiferente a los encantos del bello sexo.

La joven se acercó a su mesa:

—Perdone si me equivoco. ¿Es usted el señor Lefort?

—Soy yo, en efecto — respondió Lefort, levantándose galantemente.

Y añadió:

—Permítame que, a mi vez, le pregunte a qué debo el honor de que usted me reconozca, cuando no recuerdo que nos hayamos visto nunca.

—Es muy sencillo —dijo con linda sonrisa la joven—. Me envía su amigo, mejor dicho, nuestro amigo Blondeau. Esta- [illegible] con usted, y como un asunto urgente [illegible] le obliga a retrasarse un poco, me ha [illegible] dado las señas de usted y me ha encargado que viniera para decirle que perdone y hacerle menos penosa la espera.

La invitó a sentarse, y ella accedió gustosa.

—¡Vaya un punto! — pensó Lefort—. Nunca me dijo que tuviera relaciones con una muchacha tan linda.

Insistió para que la joven tomase algo. Pidió un licor caro para que viera que él estaba en mejor situación económica que Blondeau, cuyos asuntos no iban, ciertamente, viento en popo. Hay que añadir que si Lefort aguardaba con tanta impaciencia a Blondeau, era porque éste debía devolverle aquel día diez mil francos. Lefort tiene el recibo preparado en su cartera. Tuvo la delicadeza de no interrogar a la muchacha acerca de sus relaciones con Blondeau. Se limitó a hacer alusiones a la posición económica de su amigo y a la suya, comparación que resultaba muy a su favor. Por poco inteligente que fuera la muchacha tenía que comprender que Lefort vivía de la renta segura de tres magníficos inmuebles, mientras que Blondeau estaba a merced del buen o mal éxito de sus negocios, y éstos no eran generalmente muy brillantes.

La joven parecía escuchar con atención y de vez en cuando aprobaba discretamente. El tiempo iba acreciendo la intimidad. Lefort estaba encantado; la muchacha se animaba y mostraba el encanto de su risa juvenil.

Entró Blondeau y se excusó por haber llegado tarde.

—¡No te preocupes por tan poca cosa! — contestó Lefort, que hubiera dado cualquier cosa por que su amigo hubiese faltado a la cita — [illegible] ¿Qué vas a tomar? ¡Mozo!

La conversación continuó animadamente. Lefort preguntó a Blondeau, con aire protector.:

—¿Y esos negocios? ¿Van mejorando?

—¿Mejorando? Nunca he tenido tanta suerte como ahora. Me llueven los asuntos. Ahora tengo tantos entre manos, que se me ha olvidado traerte los diez mil francos.

Y en aquel momento la muchacha estaba tan cerca de él, que Lefort, para darse importancia exclamó:

—No te preocupes por eso. ¿Quién se acuerda de esa pequeñez?

Henri BACHELIN

Esther ante la insistencia de Bebé, salió al encuentro del visitante no sin antes cambiarse el vestido que llevaba por el de su hermana.

El empresario no notó el cambio. Charló largamente con María Esther, y, hubiera estado en la creencia que lo hacía con Bebé, si ésta no aparece y con mucho desconsuelo le comunicó la verdad.

El empresario después de lamentar el accidente celebró la confusión y no opuso ningún reparo en que Bebé se presentase a bailar con antifaz, y que luego María Esther saliera a agradecer los aplausos; en ese sentido la instó para que accediera diciéndole:

—Si ante una persona no se ha notado el cambio, ¿cómo es posible notarlo ante un público que tan fácilmente se le engaña a través de las candilejas?

Cuando el empresario se retiró, Bebé, terminó por convencer a su hermana, agregando que nada perdía porque, al fin y al cabo, era ella la que bailaba.

El éxito fué rotundo, como era de esperarse, dada la fama de que venía precedida Bebé Káyser. El público celebró entusiastamente sus excentricidades, y al finalizar la función obligaba a la bailarina a quitarse el antifaz. Esta iba hasta su camarín y volvía ya sin la careta. Nadie pudo notar que la mujer del antifaz y la que agradecía los aplausos, eran dos.

El esposo de María Esther, que se encontraba en México, ante la imposibilidad de poder trabajar en aquella plaza por haber estallado una revolución, decidió regresar a Buenos Aires, dos meses antes. La noche que llegó a su casa, se enteró por la mucama, que durante más de un mes, su señora y su cuñada salían todas las noches y volvían a altas horas. Le enteró también de la desgracia de que fué víctima Bebé.

Alejandro lo comprendió todo: su esposa servía de instrumento a su cuñada y encargó a la sirvienta que nada dijera de su arribo.

Esa noche, María Esther y Bebé, no llegaron solas. Las acompañó hasta la casa un antiguo conocido de Bebé.

Las dos hermanas, dejaron un momento solo al hombre, apareciendo poco después, Bebé, esplendorosamente bella, a través del antifaz. Bailó un poco para volver a la realidad a su amigo y terminó por sentarse junto a él. Este, ante la desenvoltura de la bailarina, le estampó un beso, al mismo tiempo que con un ademán brusco le arrancó la careta sin que Bebé, pudiera evitarlo.

Bebé, lanzó un grito desgarrador.

El hombre retrocedió espantado, pero viendo aparecer a María Esther, que acudió en socorro de su hermana, se avalanzó sobre ella e intentó abrazarla.

María Esther, antes de ser alcanzada, dió una fuerte bofetada al hombre, que lo hizo trastabillar.

El amigo de Bebé, quedó confuso y mirando indistintamente a las dos hermanas como idiotizado.

Alejandro Smacu, que había presenciado la escena tras de una cortina, apareció tranquilamente, con una expresión en su rostro, entre amenazante e irónica, haciendo reaccionar al individuo que desapareció en el acto.

Bebé, al ver a su cuñado se arrodilló ante él.

—¡Perdón, Alejandro! Mira en que condición me encuentras... Yo soy la culpable de todo...

María Esther, se echó en sus brazos.

—¡Qué alegría, esposo mío! ¡Qué grata sorpresa!

Alejandro después de besar cariñosamente a su esposa, levantó a Bebé.

—Bebé, tu eres muy dueña de hacer lo que te plazca, ya sabes que yo no concuerdo con tu medio de vida, pero no tienes derecho a arrastrar a tu hermana en ese desenfreno.

María Esther quería hablar, pero Alejandro, comprendiéndolo, no se lo permitió y continuó:

—Sé, querida, que tú no tienes la culpa. Si llegastes a acceder ha sido por el mucho cariño a tu hermana. Ya he tenido pruebas de comprobar de que me quieres y me sigues siendo fiel; pero espero que renunciarás a acompañar más a Bebé en su trabajo.

—Alejandro — prorrumpió Bebé, llorisqueando, — juro que yo también he de renunciar a mi vida disipada. Considero que el accidente que he sufrido ha sido un merecido castigo, y te pido por favor, bajo esa condición, que me permitas vivir en tu casa...

—¡Sí, esposo mío, haz que Bebé, renunciando al teatro, sea mi compañera!... — pidió amorosamente, María Esther, a su marido.

Alejandro conmovido, aceptó.

Bebé, con su rostro bañado de lágrimas, dió un beso de agradecimiento a Alejandro, y otro de todo corazón a su querida hermana...



Esta noche no volverá para ti

¡Cuán hermosa noche!... Florecen las estrellas en la bóveda celeste, y la una, la enamorada de la juventud, se ha puesto otra vez romántica... ¡Cuánta paz en la tierra!... Un silencio sonoro baja de los árboles, como si en el pentagrama de sus ramas hubiesen quedado vibrando las últimas notas del arpegio de las aves...

¡Y cómo se expande el ánima, en esta hora, con esa paz y este silencio!...

Ea, no pierdas esta noche. Vé; llama a tu compañera... No importa; ¿no puede apagar la lámpara y guardar la costura para mañana?... Pronto... No debe perder en su tocador las acostumbradas dos o tres horas. La cuestión es no quedarse adentro... Tómala del brazo, y llévala a caminar por calles solas y apartados sitios. Sí; como antes.

Atúrdanse con palabras y silencios, embriáguense con miradas y besos. Pero sean cuerdos. Ni le hagas jurar tú amor eterno, ni tú tampoco se lo jures. La Eternidad solo escucha a las almas. En esta hora de la ternura, ¿se quieren? ¡Basta!...

Esta noche tan bella no volverá para ti. No la pierdas.

Celso TINDARO

La calefacción a través de los tiempos

Cómo se defendían nuestros antepasados contra el frío?... Mal, muy mal.

Hasta el siglo XI no se quemó otra cosa que madera; ya en aquella época se comenzó a emplear la turba. En la región carbonífera de Lieja no se utilizó el carbón de piedra hasta muy adelantado el siglo XIV.

En el reinado del monarca francés Luis XIII se vendían en París una especie de bolas de combustibles, en cuya fabricación se empleaban a la vez trozos de turba, aserraduras de madera y hulla reducida a polvo.

Con el extraño combustible se obtenía "un hermoso fuego, claro, sin humo y sin olor".

Tanto los ricos como los pobres, e incluso el mismo rey, sufrían no poco cuando la temperatura era un poco baja. "Si permanezco todavía por mucho tiempo en el Palacio Real — escribía madame de Maintenon al duque de Novilles— sufriré un ataque de parálisis. Aun dentro de las habitaciones está uno expuesto a un viento tan fuerte, que hace recordar los huracanes de América.

Desde el siglo XVIII la calefacción por medio de la hulla se extendió fuera de las regiones productoras de carbón; pero ello costó no poco trabajo.

En París existía por entonces una leyenda, según la cual, el carbón de piedra perjudicaba mucho a la belleza de las mujeres y a la salud pública.

Fué necesario una declaración formal de la Academia de Ciencias para tranquilizar a la supersticiosa población.

Hace unos treinta años, los ingenieros volvieron a resucitar el procedimiento de la Roma antigua de hacer distribuir y circular, por medio del agua caliente o de vapor de agua, un calor constante por todos los pisos de una misma casa.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas; CERRITO 607 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.—	Trimestre	$ oro 2.—
Semestre	„ 5.—	Semestre	„ 6.—	Semestre	„ oro 4.—
Año	„ 9.—	Año	„ 11.—	Año	„ oro 8.—
No. suelto	„ 0.20	No. suelto	„ 0.25		
No. atrasado	„ 0.40	No. atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

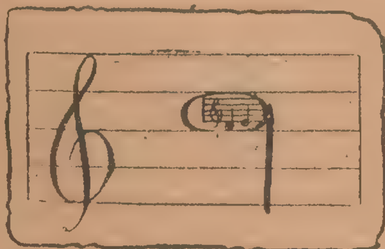
Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

No. 30 — CHARADA

El martes de Carnaval
a mi amiga *tercia cuatro*
se le perdió una *tres prima*,
por lo que pasó un mal rato.
No se apure señorita,
le dijo su *cuarta cuarta*
que tengo una *dos primera*
que ahora no me hace falta.
Se la trajo y la limpió
con *prima cuarta* y con *todo*
y en menos de dos minutos
se la colocó a su modo.

No. 31 — JEROGLIFICO



No. 32 — COMPRIMIDO

SOPA

No. 33 — CHARADA

Por hacer el amor a *dos segunda*
se hizo *todo* un *tercera*,
y dando las excusas a su tiempo
logró salir de la mejor manera.

No. 34 — PROBLEMA

Dos trenes que han salido a las 15 de la tarde, de dos puntos opuestos que distan 686 kilómetros y llevan respectivamente la velocidad de 45 y 53 kilómetros por hora, han tenido un choque. ¿A qué hora se verificó?

No. 35 — COMPRIMIDO

KMA

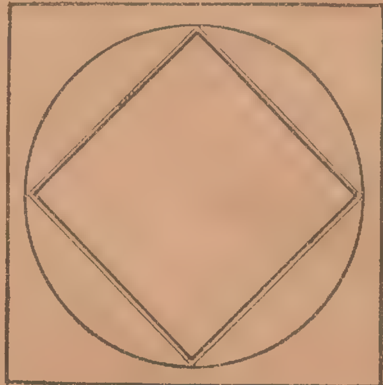
No. 36 — COMPRIMIDO

E 1000 io

No. 37 — JEROGLIFICO



ILUSION OPTICA



El círculo parece achatado en los puntos que toca con los ángulos del cuadrado, siendo perfecto.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

No. 20 Quien mal anda mal acaba
„ 21 — Andalucía
„ 22 — Cetaceo
„ 23 — Parientes
„ 24 — Carilla
„ 25 — Aparente
„ 26 — Colmillo
„ 27 — Novela
„ 28 — Acero
„ 29 — La Aproximación

La encerrona

Por Claudio Orval.

Carlos Tiennot volvió la cabeza y vió con inquietud que lo seguía el mismo individuo. Para cerciorarse de si era una persecución o simple coincidencia, entró en un bar.

El hombre paró su volver de cabeza, y Carlos respiró. Se sentó y abrió el periódico. Unos títulares grandes llamaron su atención: "El asesinato de la calle de Baco. El asesino no ha sido capturado."

—Tiennot se dijo:

—Esto va bien. Paciencia, mucha prudencia, y podré marchar tranquilamente a Niza.

Con profunda satisfacción acarició el gran fajo de billetes que llevaba en su bolsillo. Se abrió la puerta y entró un hombre, que, después de encargar un ajenjo en el mostrador, se acercó al teléfono.

Carlos Tiennot observó que iba elegantemente vestido y que llevaba una perla de valor en la corbata; y le oyó decir en el aparato:

—Central, Carnot 3207.

Instintivamente Tiennot apuntó el número al margen del periódico.

¿Carnot 3207? ¿Es usted, señora Galland? Aquí, Claudio Bernier. ¿Cuándo tendré el gusto de verla, querida amiga? ¿Esta tarde? Muy bien; a las cinco. ¿Que estará usted sola? Mucho mejor. Hasta luego, querida amiga.

Tiennot vió salir al elegante sujeto, y pensó:

—Dos horas. Tengo tiempo. Está visto que estoy de suerte. La vida en Niza es muy cara, y no hay que desaprovechar un negocio que se me viene a las manos.

Pidió la guía de teléfonos, apuntó una dirección y salió.

Un cuarto de hora después estaba frente a un lujoso inmueble.

—¿La señora Gallaud? — preguntó a la portera.

—En el segundo.

Llamó y salió a abrir una joven muy hermosa.

—¿Qué desea usted?

—Vengo de parte del señor Bernier, que le ha telefoneado hace un momento.

—Pase usted.

Tiennot apreció en seguida el magnífico collar de perlas que adornaba el cuello de la joven.

—Usted dirá, caballero.

—El señor Bernier, después de hablar con usted, ha encontrado a una persona con la que está en tratos para un negocio...

Mientras hablaba lentamente, de espaldas al teléfono, cogió el cordón del aparato, y con una cuchillita lo cortó.

La joven lanzó un grito. Un espejo colocado detrás del teléfono le había descubierto la maniobra. Tiennot sacó un puñal y dió dos pasos hacia la joven, que retrocedió hasta una cortina que cubría una puerta. Carlos llegó hasta la joven y alzó el puñal para dar el golpe.

De pronto dió un grito de espanto. Dos manos salieron de la cortina y lo cogieron por el cuello, al mismo tiempo que la joven se arrojaba sobre Tiennot y paralizaba sus movimientos. Al cabo de una corta lucha soltó el puñal y cayó al suelo, el rostro violáceo y los ojos fuera de sus órbitas.

El estrangulador murmuró:

—¿Quién ha podido mandar aquí a este hombre?

—El teléfono, sin duda — respondió la mujer. — Ha debido sorprender las palabras de Claudio Bernier.

Registró el cadáver y lanzó un grito de alegría al descubrir el fajo de billetes.

El hombre se los arrebató.

—¡Qué suerte! Ya no tenemos necesidad de esperar al otro. Huyamos. Los dos tipos que vigilaban en la calle no están ya. Temo que hayan ido a buscar refuerzos.

Contempló el cadáver de Tiennot.

—No has tenido suerte, amigo. Estas son las quiebras del oficio.

* * *

A las cinco menos cuarto llegaba Claudio Bernier. En el portal un grupo de gente discutía animadamente.

—¿La señora Gallaud? — preguntó a la portera.

—¿Pero usted no sabe? De buena se ha librado, caballero. Era una aventurera a quien buscaba la Policía. Hace un mes tenía escondido en su casa a un fugado de presidio, y cuando hace una hora han venido a detenerlos sólo han encontrado en la casa a un hombre estrangulado, al que por lo visto habían hecho venir aquí para asesinarlo y robarle.

La portera, viendo la palidez de Claudio Bernier, añadió:

!Ya puede usted decir que es hombre de suerte!

Las trabajadoras y batalladoras hormigas

Ni el castor ni la abeja se pueden comparar a la hormiga en su organización cooperativa. Son los animales que en esto más se parecen al hombre, y como éstos, son los más guerreros del mundo inferior.

Las hormigas son grandes batalladoras, y si estudiamos las causas que les impulsan a librar esas batallas campales, en las que un bando queda por completo deshecho, encontramos que es la misma que impulsa a los hombres a declararse la guerra: la avaricia, el terrible deseo de apoderarse de lo que tienen los otros, sobre todo si los otros son más débiles.

Los hombres han demostrado esto con harta frecuencia, y no vamos a exigir a los insectos sentimientos más altruístas que a los humanos.

Entre las hormigas sólo las reinas son las que fundan nuevas colonias. Las trabajadoras u obreras, desprovistas de alas, por mucho que se alejen del hormiguero, regresan siempre al hogar donde nacieron. Su misión es construir un lugar habitable, servir a sus múltiples reinas y princesas, cuidar de las nuevas generaciones y trabajar constantemente por el bienestar de la tribu.

En los hormigueros, contra lo que sucede con las abejas y avispas, hay muchas reinas o hembras que viven amistosamente, pero al cabo de algún tiempo nacen otras princesas aladas y acaban por reconocer que son demasiadas,que la autoridad está muy dividida y que no hay bastantes hormigas obreras para servir a tanta reina.

Entonces las nuevas princesas emprenden el vuelo seguidas de sus adoradores, también alados, pero éstos no son más que amantes; necesita de obreros y entonces se decide a fundar una colonia y busca lugar a propósito para ello, pero no siempre acierta, pues puede dar en el nido de un pico carpintero, encontrar con un pájaro que la devore, o perecer entre los múltiples enemigos que la acechan y persiguen.

Si se libra de todos esos peligros y encuentra un lugar a propósito donde establecer su colonia se mete allí seguida del elegido de su corazón, el príncipe consorte. En aquel agujero es la reina, pero sin súbditos.

Entonces empieza por limpiar el local, que puede ser el nido de un ratón de los campos; se prepara su cámara, pone varios huevos, nacen nuevas hormigas, y ella las cuida con ternura. En menos de dos semanas estas crías son ya seres adultos.

En el momento en que pueden utilizar sus patas, sus mandíbulas y sus antenas se ponen a trabajar, imponiéndose cada una un deber, sin que nadie se lo ordene.

De algunos de los huevos nacen princesas, que luego serán otras tantas reinas, que no tienen más misión sino poner huevos, de manera que antes de mediado el verano, la colonia ha llegado a tener miles de habitantes, si algún enemigo no ha acabado con todos o una epidemia en forma de hongo que aparece en sus cuerpos no los ahoga.

Dos colonias de hormigas de la misma especie no pelean entre sí. Pueden no fraternizar, pero tampoco se atacan; pero si son de diferente variedad y está cerca una colonia de otra, la guerra será inevitable.

Las hormigas no ven al enemigo, le sienten y le huelen por las antenas, y con ellas olfatean y llegan a localizarlo.

Todas las colonias tienen larvas sin desarrollar y huevos que sirven de alimento a las jóvenes de la colonia.

Aunque dotadas de un finísimo instinto, para la guerra no se organizan como para su trabajo; lo único que hacen es que cuando la mayoría sale al campo a librar batalla, siempre quedan en el hormiguero fuerzas para defender a las crías en caso de que el enemigo llegue a atacar su hogar.

Las fuerzas combatientes las componen solamente las trabajadoras.

Las hormigas no tienen lengua con que comunicarse, pero se entienden perfectamente por el sentido del olfato, que lo tienen finísimo, y con él también descubren la presencia del enemigo. Entonces, el que ha hecho el descubrimiento se lo avisa a los suyos y toda la colonia se lanza sobre el hormiguero rival para destrozar a los adultos y apoderarse de los jóvenes.

Estas batallas, que se han presenciado con frecuencia, son terribles, sin cuartel, de un encarnizamiento bárbaro.

Hay dos especies que se odian, se aborrecen y se atacan sin piedad: las hormigas negras de gran tamaño y las rojas, así llamadas éstas por su color castaño y las patas rojizas.

Las hormigas que luchan por la defensa de su hormiguero pronto se convierten también en agresoras.

Al principio, la batalla se libra a la entrada del domicilio de una de las colonias, y los sitiadores atacan en masa para poder penetrar y hacer terrible destrozo en el interior. Los atacados acuden también por miles, y entonces ya el campo de batalla no se limita a las cercanías de la entrada del hormiguero, sino que se extiende por todos los alrededores.

En estas batallas, contra lo que se ha dicho, no hay nada de movimientos militares, ni plan estratégico alguno. Cada guerrero se lanza sobre el que tiene más cerca y no le importa a uno solo arrojarse sobre un grupo de seis o siete. Estos encuentros sólo acaban con la muerte de uno de los combatientes. La victoria es del bando que sobrevive.

Cuando todos los individuos de un ejército han quedado decapitados o partidos por la mitad en el campo de batalla, los victoriosos, si han sido los atacantes, penetran en el hormiguero y pronto acaban con la guardia de las reinas, cuyos cuerpos sacan al exterior, y entonces empieza el saqueo del hormiguero, del que sacan huevos y larvas para llevárselas al domicilio de los vencedores y almacenarlos para que en los momentos de escasez sirvan de alimento a la colonia.

Los combates entre dos hormigas suelen durar mucho tiempo; se muerden y hacen presa en las patas o antenas y la lucha se reduce a tirar de ella con fuerza para arrancarla, dando vueltas sin soltar presa y tratando de librarse de las mandíbulas del contrincante. La muerte de uno de ellos suele ocurrir casi siempre por la llegada de alguna o algunas otras hormigas que destrozan al combatiente de la raza rival. A veces, una de las hormigas ha estado acertada en el primer bocado, o en el curso de la lucha tiene ocasión de decapitar a su enemiga o cortarle de un bocado el abdomen.

* * *

Al naturalista Wheeler se le deben descubrimientos admirables respecto a las costumbres de las hormigas. Investigando en un nido de hormigas "myrcas" encontró una especie pequeña, a la que llamó *Leptothorax emersoni.*

Cogió todo el nido y lo vació en otro preparado al efecto que le permitiera observar los hábitos de las nuevas moradoras. Poco después de la instalación, las "myrcas" se pusieron a labrar galerías en la tierra entre las placas de cristal. Las "leptothorax" se instalaron al momento en estas galerías con el consentimiento de las "myreas".

Cerca de este nido se puso una pequeña provisión de jarabe y de agua. Varias obreras "myreas", diligentemente se hartaron de estos líquidos y fueron a darles a probar a sus compañeras las hormigas de la otra especie. Curiosísimo era el procedimiento empleado por ambas esepecies para probar los líquidos. Las "myreas" se lo arropaban a las otras a la boca desde la suya, en actitudes curiosísimas ambas.

Pero no es éste el único procedimiento empleado por estas diligentes transportadoras para dar a gustar el líquido que guardan Al mismo tiempo que arrojaba parte del líquido a las "leptothorax" próximas, varias de éstas se subieron sobre la "myrca" y empezaron a lamerle por todo el cuerpo. A cuya operación la "myrca" no sólo parecía estar propicia, sino que demostraba ser para ella un placer.

TEATROS

"LA ULTIMA AVENTURA DE UN TRIFON", en el NUEVO

El señor Nicolás de las Llanderas nos había demostrado hace tiempo que era un discreto actor y más tarde puso su empeño en demostrar que podía pasar de la categoría de intérprete a la de autor sin perder el buen nombre adquirido. Empezó, según el testimonio de nuestra flaca memoria, escribiendo con Lopez Silva una ligera obra reidera, a la que siguieron otras del mismo carácter, que pasaron la prueba del estreno con regular fortuna.

La última producción, cuyo título encabeza esta nota, participa de la condición de varias categorías o géneros teatrales que predomina en ella la nota bufa y sería un vodevil si se hubiesen llevado a escena las incidencias que se comentan en el diálogo.

Da base y argumento a la pieza, la situación creada en un pueblo tranquilo y de costumbres patriarcales, la llegada de una troupe de artistas teatrales jóvenes y bonitas, que sacan de sus casas y de sus casillas a los señores de la localidad, con la consiguiente alarma de las respectivas señoras, que por diversos procedimientos tratan de resolver el conflicto.

Emeterio, tipo standard de Trifón, es uno de los esposos más comprometidos, porque es uno de los más entusiasmados. Las damas consiguen que la compañía se aleje del pueblo, pero el infatigable y obstinado Emeterio, fingiendo negocios en una localidad próxima, consigue entrevistarse con una de las artistas. Al cabo, se descubre todo y, como es de rigor, las cosas vuelven a la antigua paz para bien de todos.

Abunda la pieza en chistes y ocurrencias de toda especie, con abundancia de las felices y aún de las que, sin serlo, divierten al público, acaso por contraste o tal vez por contagio. Lo cierto es que al final hubo aplausos calurosos para el autor y los intérpretes, con palabras de agradecimiento al uso nuestro y repetidas levantadas del telón.

Cicarelli, Viviana Díaz de Mendoza, Susana Vargas, Carmen Otero, María Vitaliani, Morales y algún otro que no recordamos, jugaron la pieza con cariño y eficacia.

LA DECADENCIA DE LA REVISTA

Si alguien tuviese duda del lamentabue estado de postración en que se encuentra actualmente la revista, después del auge que llegó a cobrar entre nosotros en anteriores temporadas, no tendría más que trasladarse al Porteño y presenciar el último estreno, "Mamá, yo quiero un novio", para darnos la razón en el pronóstico que formulamos en esta misma página a principio de año. Es un espectáculo pobre, en todos los sentidos de la palabra. Pobre de inventiva, pobre de gracia, pobre de decorados, pobre de vestuario, pobre de artistas y pobre de público. No se puede pedir más pobreza. A todas luces insuficiente, sigue esta revista la pendiente iniciada hace ya rato hacia el abismo del olvido, del descanso o de la renovación. Todos estamos ya agotados, secos. El espectáculo no da para más y es inútil seguir exprimiendo ese ladrillo.

Se nos olvidaba dejar constancia de que entre el cuadro de pobreza que presentaba el Porteño, fueron también pobres, miserables y anémicos, los aplausos.

DEL SAINETE CRIOLLO

Acaso, la salud de Olinda Bozán haya permitido a estas horas el estreno de "El entrevero del 17", la pieza de Manuel Romero que ha venido postergándose de una semana a otra por no poder trabajar aquella actriz. Es notorio que la Bozán ha debido interrumpir varias veces sus actividades escénicas en la Comedia, por motivos de salud, motivo muy sensible, ya que sin ella los espectáculos han perdido gran parte de su atractivo y la sala bastante público.

PARA ABOGADOS

La bonita sala del Ateneo, desde que se representa "El proceso de Mary Dugan", ha tenido la virtud de atraer a todos los jueces y abogados de la Capital y sus alrededores. La audiencia en tres actos, como se ha clasificado a la obra, interesa sobremanera a los letrados, que la presencian con mucha atención y la comentan en sus estudios con colegas y amigos.

Nada más lógico, en tratándose de un proceso, que vayan los "doctores" en derecho a enterarse de lo que en el Ateneo pasa.

IL BEL CANTO

Continúan arrojando sus gorgoritos los cantores de la compañía lírica italiana que actúa en el Marconi. Y hay que reconocer que por el barrio del Oeste el público se siente en magníficas condiciones para oir todas las noches las operas que pone en escena el aludido elenco, las cuales, si no se cantan como en el Colón, "salen" discretamente. Y por dos pesos la platea no se puede pedir un Gigli o una Muzzio...

POR EL AVENIDA

En función dedicada al actor cómico Enrique Esquefa, la compañía española se zarzuela que dirige don Luis Gimeno estrenó la pieza intitulada "El divino Calvo", que sin ser nada del otro mundo fué amablemente acogida y donde el beneficiado tuvo a su cargo un gracioso papel que hizo las delicias del público.

Este elenco puso término a su temporada el miércoles, dando su último espectáculo en honor de la primera figura del conjunto, la tiple Julieta Ferré, quien fué muy agasajada por sus admiradores, que son legión al cantar "Marina" en catalán.

El jueves, desocupada la sala, el Avenida empezó a exhibir películas extraordinarias, iniciando sus espectáculos de cine con "Bajo las nieblas de Asturias", que da motivo a brindar bellos paisajes de regiones españolas y a escuchar una bonita música adaptada a la película, así, como un cuadro asturiano.

Ahora actúa en esta sala una troupe denominada Mosaicos españoles, que ya trabajó en el Casino.

Para el 2 de agosto, la empresa espera presentar la comedia popular, "La copla andaluza", que en el teatro Pavón, de Madrid, obtuvo un éxito sostenido.

ISRAEL

Por lo común, las compañías israelitas que visitan nuestra capital actúan en teatros excéntricos y, generalmente, por breves funciones. Nada vulgar por ello resulta, la buena acogida del elenco que hace muchas semanas, desde que se fué Parravicini, se ha posesionado del escenario del Argentino y con una fortuna creciente, ya que noche a noche la sala está casi llena. Israel, después de probar su capacidad en otros órdenes de la actividad porteña, parece que se ha afirmado en el teatro. Hay que tener cuidado...

PRESENTACION DE UN CONJUNTO EN EL COMICO

El viernes último debió debutar en el Cómico una compañía de sainetes encabezada por Elías Alippi y Segundo Pomar.

Se anunciaba que la presentación tendría lugar con dos piezas: "El candombe federal", en prosa y verso, de Carlos Schaeffer Gallo y "Sos bueno vos también", sainete de Elías Alippi y Folco Testena.

Forman parte de la compañía, elementos conocidos en el género chico nacional, de suerte que bajo la dirección de Alippi es de esperar que el éxito corone la empresa a que nos referimos. Alippi es hombre que conoce la escena y el público, los dos factores indispensables para orientar con éxito una temporada. Si los autores no le fallan, todo lo demás está de su parte.

En el número próximo dedicaremos un extenso comentario a las dos obras del debuto y a la labor de los intérpretes.

AMALIA EN EL LICEO

Sucesivas representaciones han venido confirmando el éxito que en su primera representación tuvo "La rosa de sangre", teatralización de la novela de "Amalia" de Mármol, realizada en verso por Eduardo Rossi y Luis Rodríguez Acasuso.

La labor de Evita Franco en esta obra, está a la altura de los prestigios de la eminente actriz, muy bien secundada por los demás artistas del elenco.

RUGGERO, TORERO Y MARTIR

El público se divierte en grande con Marcelo Ruggero en las trapisondas y desventuras que la suerte le depara a través de los hilarantes episodios de "Argentinos en Sevilla", que sigue dándose en el Smart todas las noches con creciente éxito. Se completan los espectáculos con "El convento de San Antonio", que igualmente es muy celebrada por el público.

Entre los estrenos en proyecto figura una pieza de Alberto Vacarezza, que aún no tiene título.

GRAND SPLENDID

Prosigue la empresa Max Glückmann ofreciendo en esta sala films sonoros, que son muy celebrados por el sinnúmero de familias distinguidas habitúes de este cine. Es un espectáculo novedoso y brillante, que según dicen en Norte América ha desalojado a la película tradicionalmente muda. Aquí no creemos que lo desaloje, pero sí creemos que atrae mucho público. Por lo menos, la prueba la tenemos en este cine.

CAPITOL

Bonitos films continúa ofreciendo esta sala, cuyos prestigios se remontan a diez años atrás.

Películas que se pasan aquí, son todas aquellas que mayor éxito lograron en momento de su estreno, lo cual asegura su excelencia.

GLORIA

Este acreditado salón de la Avenida ofrece diariamente un cartel de películas de todo punto atrayente, tanto es así que la concurrencia queda siempre satisfecha de los espectáculos.

"EN NOMBRE DE LA PATRIA"

La empresa Ernemann Film ha estrenado en las principales salas porteñas esta bellísima película, cuyo argumento está basado en la novela de Sudermann, "El camino de las gatas". Ha gustado mucho en todas partes.

SOCIALES



Señorita Celia Monnerau y señor Alberto Soulés después de la bendición de su enlace, ceremonia que se efectuó en la residencia de la novia



Señorita María Isabel Domínguez Randle, que contrajo matrimonio con el señor Eduardo H. Pinasco. El acto religioso se llevó a efecto, con misa de esponsales, en la iglesia del Salvador



Los desposados señorita Lola María Parada y señor Enrique B. Roveda, después de la bendición de su enlace realizado en la iglesia de San Miguel. Acompaña a los contrayentes el cortejo nupcial que actuó en la ceremonia.

Fots. Pérez.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



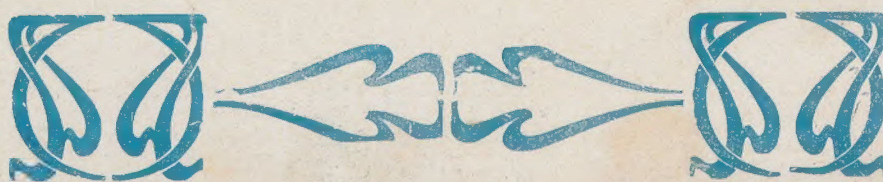


1 - Lindo traje ejecutado con "ratine" fantasía, azul marino y roja. - Cinturón de metal oro. Este traje debe ir acompañado de un abrigo de "ratine" azul ultramar.

2 - Traje para la tarde confeccionado en crespón marocaín color ladrillo claro, guarnecido con una franjita de oruga de seda del mismo tono del vestido.







Talleres gráficos de DAVID GURFINKEL — Montevideo 421 — Buenos Aires